

LEONIDAS BERNEDO MALAGA

La CULTURA PUQUINA



MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA & LIMA

50/1210014 / 14023



ENVIO DE LA
DIRECCION DE EDUCACION ARTISTICA
Y EXTENSION CULTURAL
MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA
LIMA-PERU

LA CULTURA PUQUINA

PREHISTORIA DE LA PROVINCIA DE AREQUIPA
LA CULTURA PUQUINA



PREHISTORIA DE LA PROVINCIA DE AREQUIPA



INSTITUCIÓN DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE AREQUIPA
FACULTAD DE EDUCACIÓN
CARRERA DE PEDAGOGÍA
EDUCACIÓN BÁSICA
1970

LEONIDAS BERNEDO MALAGA

LA CULTURA PUQUINA

○

PREHISTORIA DE LA PROVINCIA DE AREQUIPA



EDICIONES DE LA DIRECCION DE EDUCACION ARTISTICA
Y EXTENSION CULTURAL

DEDICATORIA

Al Señor General Don Manuel A. Odría, Presidente de la Junta Militar de Gobierno, como sincero homenaje de admiración y gratitud, por los grandes servicios que presta a la Nación Peruana.

El Autor.

El Jurado de los Premios de Fomento de la Cultura, correspondientes a 1945, determinó —en uso de la facultad que le concede el artículo 8º de la Ley 9614— aplicar el monto de los Premios “Ignacio Merino”, “Baltasar Gavilán” y “Daniel A. Carrión”, declarados desiertos, a la publicación, entre otras, de la obra intitulada La Cultura Puquina o Prehistoria de la Provincia de Arequipa —valioso trabajo de investigación en el campo de la Arqueología Prehistórica—, inscrita en el Premio “Inca Garcilaso”, cuyo autor es el Canónigo Leonidas Bernedo Málaga.

Tan acertada disposición del Jurado, como es fácil colegir, ratifica los objetivos culturales y nacionalistas que, con su expedición, se propuso obtener el Estado, esto es: estimular la actividad creadora y la investigación científica, mediante concursos anuales, premiándose los mejores trabajos inscritos en cada agrupamiento, o aplicándose el monto de los declarados desiertos a la publicación de las obras dignas de este estímulo.

Luego de las breves consideraciones que preceden y cuya finalidad es explicar las razones que han determinado la edición de este libro y no obstante que en otro lugar se incide en la crítica de su contenido, a la vez que, en apretada síntesis, se bosqueja una semblanza del autor, no está demás insistir sobre los méritos de la referida obra.

En La Cultura Puquina o Prehistoria de la Provincia de Arequipa, ofrece el autor una relación detallada de los descubrimientos arqueológico que efectuara en dicha zona, así lo demuestra la descripción de las andenerías, tumbas y demás construcciones con que se ilustra profusamente.

Mediante el presente libro, cuya importancia científica huelga relieves, la Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural del Ministerio de Educación Pública deja cumplido el honroso encargo del Jurado Nacional que, en 1945, discerniera los Premios de Fomento de la Cultura, y se congratu-

la de contribuir, en esta forma, a la difusión de nuestros valores culturales, estimula la actividad intelectual y el amor a la investigación, sirviendo, asimismo, de nexo entre los estudiosos de los problemas relacionados con los orígenes y el desenvolvimiento histórico del Perú.



MONSEÑOR DON LEONIDAS BERNEDO MALAGA

Monseñor Leonidas Bernedo Málaga, ha enriquecido la bibliografía nacional con la presente obra, mostrándonos una etapa del desenvolvimiento prehistórico de la región arequipeña. Su espíritu observador y dinámico, después de pacientes años de laboriosa búsqueda, ha dado uno de sus mejores frutos no sin haber producido antes una conceptuosa obra didáctica acerca de la cultura helénica, de especial mención.

La prehistoria del pueblo arequipeño que tenía antes de ahora, un minucioso compilamiento de estudios sobre el Incanato, el Coloniaje y la República, se complementa con los estudios de su pasado remoto, que renace, para nuestra Historia, en Quequeña, pueblecito andino, por obra y gracia de Monseñor Leonidas Bernedo Málaga, quien ampliando su radio de descubrimientos en Churajón, Huactaclacta, Sechi y Chillata, nos presenta una descripción de los seres humanos que vivieron en esa zona, hace muchos siglos antes de la Era Cristiana y antes también, de que Huayna Capac diera su beneplácito a la fundación incaica con frases etimológicas de su nombre, Arequipa.

Añadiremos —para ser exactos— que con la misma inquietud que le anima a hurgar el pasado con el fin de darnos noticias de la remota cultura de los arums en la campiña de Chuquibamba, descubre los petroglifos de Illo-mas, en la quebrada de Pacchana, recordando la labor emprendida en la vecina República de Colombia, de la que fuera huésped como seminarista, por otro eclesiástico Monseñor Federico Lunardi, investigador de la Cultura de San Agustín, o los peruanos Monseñores Augusto Soriano Infante, en la región de Ancash y Pedro E. Villar Córdova, en el Departamento de Lima como otrora lo hicieran, a su vez, sacerdotes cronistas como Arriaga, Cobo o Calancha.

Bien dice el autor, en la introducción de la presente obra, que han sido

muchos los años que ha tenido que emplear para dar término a "CULTURA PUQUINA", y muchas las ciencias que acompañan a sus investigaciones; en efecto: "CULTURA PUQUINA" es un libro escrito por el historiador que conoce la Ciencia de la Socio-arqueología. Como sociólogo ubica a los primeros pobladores del Valle de Arequipa, en su época y los hace girar, por deducción del estudio del medio ambiente, en torno a su desarrollo histórico, sin descuidar el valor de los datos etnológicos, para llegar a felices conclusiones.

La vida pre-colombina de los Puquínas, en sus costumbres, ideas religiosas, en su manera de vivir y actuar, se nos presenta en los capítulos pertinentes de este Libro, acentuando algunas veces, discrepando otras, de los antiguos cronistas, y en algún caso hasta de hombres de ciencia de la talla de Max Uhle, quien señaló los límites del "Habitat" de los antiguos uros, demostrando así amplios conocimientos de Arqueología Americana. Para el lector despreocupado, que no se adentra en el prolongado lapso que requiere la gestación de una obra de esta embergadura, así como los muchos años que necesita para entrar en la bibliografía mundial, las descripciones de "CULTURA PUQUINA" le interesan más la forma que el fondo. Y es que el hombre de ciencia triunfa cuando ha sabido describir con nitidez la personalidad, en su aspecto moral y material, como lo hace el autor, en el nacimiento y desarrollo de los puquínas. Retroceder hacia el pasado para hacernos desfilar, ante nuestras pupilas los hombres que poblaron un pedazo de tierra peruana es obra que esté íntimamente ligada a nuestro futuro. La Historia marcha conociendo el pasado, pues el pasado se niega en sus cosas negativas y se afirma en lo que de valioso tiene el porvenir. Y esta continuidad histórica se observa con claridad en el desarrollo humano de la región arequipeña al recorrer las líneas de la obra que nos ocupa. En su búsqueda afanosa de afirmación en la tierra, en sus costumbres del hombre y en sus luchas por la existencia marchamos con los puquínas por las páginas de este Libro, en que el autor nos hace coparticipes de su deambular por la vía del éxodo hasta el momento en que, no pudiendo dominar la naturaleza, son arrojados por ésta a otros mundos y mejores destinos. En este éxodo de los puquínas, tan bien descrito por Monseñor Bernedo Málaga, no faltan las apreciaciones históricas de las invasiones, de las conquistas de unos a otros pueblos. Y así tenemos el enjuiciamiento de la última invasión de los uros o puquínas hacia las costas del Pacífico, donde instalaron monumentales sistemas de irrigación artificial en el páramo arequipeño.

Esta nota quedaría incompleta si faltasen los datos biográficos del autor que damos seguidamente, no sin antes manifestar nuestra sincera admiración al autor y a su obra.

Monseñor Leonidas Bernedo Málaga, descende de una familia española, cuyos antepasados se acercaron en Arequipa a mediados del siglo XVII, procedentes de Ansola, Guipuzcoa. Nació en Quequeña, el 15 de julio de 1891. Es de notar que uno de sus ascendientes, el presbítero don Juan Bautista de Bernedo y Bello, descubrió el año 1746, en la Libería de su finado tío, el señor Dean doctor Bernedo, los originales referentes a la erección de la Catedral-Basilica de Arequipa; los mismos que entregados en Madrid, por el ilustrísimo señor Moscoso y Peralta a un Canónigo que retornaba a los lares arequipeños, figura en los archivos del Episcopado.

Cursó la instrucción Primaria en la Escuela Municipal de la localidad de su nacimiento e inició la Secundaria en el Colegio del Padre Duhamel, habiendo dado término a sus estudios en el Seminario de San Jerónimo de Arequipa. Durante el año 1909, es mandado a Chile, por los padres Lazaristas, a fin de que inicie sus estudios eclesiásticos, los que continuó, en el Colegio Internacional de la citada Congregación en París, a partir de 1910, y donde, seguramente, hubiera dado término a su carrera, a no ser por la circunstancia de la Guerra Mundial, que lo obliga a abandonar Francia, y pasar a Colombia, en donde se ordena de sacerdote el año 1916.

Profesor de Filosofía y Literatura en el Seminario Conciliar de La Paz, de 1916 a 1919, es nombrado Rector y encargado de la reforma del Seminario Mayor de Cochabamba, retorna, después de 12 años de ausencia de su Patria, a esta Capital, el año 1922, en que es nombrado Director del Colegio de San Vicente de Paul. Por razones de salud, se vió obligado a abandonar Lima para radicarse en Arequipa, su lugar natal, en donde desempeñó las parroquias de Pócsi (1923), Quequeña 1926 siendo nombrado párroco y Vicario Foráneo de Chuquibamba en 1934.

Los frecuentes y riesgosos viajes que realizó, en el desempeño de su sagrado ministerio, lo pusieron en contacto con la realidad terrígena y las numerosas ruinas arqueológicas que se hallan diseminadas en esta importante zona, despertando el afán de descubrir los misterios del pasado.

Manuel G. Suárez Polar, al prologar "La Cultura Helénica", obra de su pluma, de que hemos hablado y que editó en 1933, dice de él lo siguiente: "nuestros nombres se unieron de nuevo, al presentar al mundo científico la extraña cultura milenaria de Churajón que tú sorprendiste en las áridas colinas de Polobaya, después de haber seguido pacientemente sus trazas en viejos infolios polvorientos y en carcomidos documentos notariados de la Colonia. Tu descubrimiento es una bella conquista de la reflexión y del estudio, que nada debe al azar o a la casualidad". Nada mejor que el párrafo que precede para comprender la obra de Bernedo Málaga.

A. D. P.

PALABRAS LIMINARES

TIENE para mí un libro inédito la virtud de lo que es sólo dado a conocer cuando se deposita plena confianza en quien goza de ese privilegio. Porque las páginas, ocultas todavía a la curiosidad editorial, nos hablan en secreto aún, de la emoción creadora del autor. Y con él, del ambiente donde se han gestado ideas capaces de torcer el destino de más de un concepto, hace tiempo admitido entre las verdades incommovibles y por consiguiente susceptible de modificar, no sólo la manera de pensar, sino también el modo de vivir.

Me encuentro así abocado, con las cuartillas, apenas surgidas de la forja material de la copia, a un compromiso que admito, no como autoridad en la materia, sino en el estricto sentido geográfico de mi nacimiento, esto es, como el apasionado investigador del norte que admira al colega meridional en el terreno donde ambos incidimos para consagrar a nuestros compatriotas, y por ellos al mundo todo de la cultura, el fruto de nuestras mutuas vigiliás en aras de estudios cuyas proyecciones tienen que arrojar luz acerca de problemas que interesan, por igual, a todos, ya que de ellos se derivan experiencias milenarias que la vida, individual y colectiva, debe tomar en cuenta si quiere ahondar en la esencia misma del progreso que no es, únicamente, tiempo de ahora y de mañana, sino ritmo de ayer.

Despojado de pretensiones que jamás me sedujeron, hállome frente al libro de Monseñor Bernedo Málaga, dueño del mismo sentimiento que experimentara al conocer la bella ciudad del sur, y no puedo, por eso, referirme al hombre sin evocar al paisaje, convencido como estoy, de que entre Arequipa y el arequipeño hay, acaso más que en ninguna otra región del país, un nexo tan profundo que a la tierra se le puede identificar por el hombre y viceversa.

En cada arequipeño yo encuentro todo el panorama mistiano. Como en el campo y la Ciudad Blanca hallo siempre vestigios del espíritu andariego de sus hijos. Ocurre allí la paradoja más desconcertante de cuantas pueda ofrecerse a la observación del forastero. Que Arequipa es la ciudad que mayor porcentaje migratorio de sus hijos registra y sin embargo no hay arequipeño, por alejado en el tiempo y en el espacio de su nativo lar, que no se sienta más cerca de Arequipa.

Al viajero que, por vez primera, vence los horizontes de la legendaria e histórica ciudad, se le antoja un bello oasis en medio de las arenas del desierto costanero y los páramos que amuralla la Cordillera de los Andes.

Se piensa, de inmediato, que Arequipa fue, y lo sugiere su misma ahincada fe religiosa, fundada por Dios al crear el mundo, porque la naturaleza, efectivamente, ha dispuesto montañas y planos, con una magnificencia asombrosa. Los tres volcanes, forman un anfiteatro natural sin paralelo, mirando sus cumbres, en lontananza, la línea difuminada del mar. La ciudad, digna de su calificativo, es una sinfonía en blanco engastada sobre el verde de su campiña, rica en matices donde se vuelca, a raudales, la luz de un sol siempre limpio sobre el milagro azul de su cielo, en una atmósfera de maravillosa diafanidad.

Ya dentro del perímetro urbano la ciudad acusa el sello de su fisonomía propia acentuada aún más si cabe, por el progreso que uniformándola a cualesquiera poblaciones grandes, no le resta, sin embargo, ese aire inconfundible de su estilo. Hay tanta belleza en sus calle tiradas a cordel como en su campiña. La arquitectura de sus fachadas coloniales — algunas parecen emotivos poemas de piedra — se dibuja al conjuro del sol o en las noches lunadas, con relieves que extasían al menos contemplativo.

Todo lo que surge al paso del viandante le susurra de una intensa vida del espíritu y de una historia que no se duerme sobre sus laureles conquistados. Y es que, en Arequipa, vibra la vida animando el destino de su pueblo con una fuerza expresiva que confirma sus blasones tradicionales.

Arequipa es, para el que la conoce por vez primera, aunque no sepa de su fecunda actividad, una ciudad de poetas y de guerreros, una ciudad de filósofos y de maestros, una ciudad de románticos y de realizadores. En cuanto se va descubriendo, se advierte la garra del espíritu dinámico de ese pueblo que ha llenado muchos de los mejores capítulos de la vida republicana del Perú y ahora almácigo de grandes pensamientos sobre la acción que nada vale si ella no echó silenciosas y profundas raíces en el campo de las ideas.

Es innato, pues, en los arequipeños, su devoción por los valores eternos de la cultura y su sensibilidad poética, que unidos a su reciedumbre para el trabajo, en todos los órdenes de la vida, hace de ellos hombres necesarios en la historia del país. Tienen, para mí, una cualidad suprema: la de amar su terruño con un sano orgullo de haber nacido en un suelo tan fecundo para la belleza. Su espíritu regionalista no participa de aquella equivocada concepción que se

tiene del regionalismo. Hay tanta distancia entre uno y otro como la hay entre el patriotismo y el chauvinismo. El arequipeño no es un chauvinista de su arequipeñismo.

En los contados e inolvidables días que he vivido al calor de su hospitalidad, Arequipa me ha dado nuevas fuerzas para creer en la grandeza de nuestro destino nacional. Y he sentido el anhelo irresistible de confundir mi espíritu con el de los hombres de Arequipa, para elogiarla y admirar sus humanos símbolos y su espíritu vertical, en el que alienta, como bajo la serenidad y la albura de la cumbre de su Misti, un oculto fuego que mantiene ardiendo la energía de vivir para los nobles ideales de una existencia superior.

Siento que, en la órbita de espacio y de tiempo, donde he de expresarme, no debo excederme, y por ello, hago mutis por el foro de mi propia emoción, para dejarme, en espera de oportunidad, mucho de lo que me ha sugerido la tierra del sur, ante cuya hermosura me inclino. Y entrar ya en los atrios del motivo esencial de estas líneas sobre el autor que lo estimaba inseparable del paisaje espiritual y físico de su nativo ambiente.

Es que Monseñor Leonidas Bernedo Málaga, como tantos otros grandes sacerdotes arequipeños, ha mantenido encendida la lámpara de su saber, frente a problemas que no magnetizaron la atención de sus coterráneos, extasiados, muy legítimamente, con la gracia del momento y la seducción varonil de su historia.

Monseñor Bernedo Málaga ha querido que sea yo quien diga la palabra de invitación a la lectura de su obra primigenia. Y lo hago porque no puedo sustraerme al requerimiento que procede de un espíritu de excepción y de un hombre de nutrida y clara cultura.

En su sencillez, adviértese desde el primer encuentro a la persona dueña de un sólido saber que implica, asimismo, ambición de llegar a mayores altitudes del pensamiento. Y en su trato, de cerca, se descubre al corazón de profundos y delicados sentimientos amicales.

Ofrece, Monseñor Bernedo Málaga, un testimonio de su amor por Arequipa al abrir ruta, calando hondo, en el estudio de las culturas prehistóricas de su departamento, para acentuar su relieve ubicándolas en el plano que les corresponde dentro de la arqueología nacional.

Y vamos, de una vez, a su libro. Como todo investigador que se ha quemado las pestañas inquiriendo por lo que escapa a las coordenadas de la Historia, sin embargo, traza un sugestivo estudio geográfico de la provincia de Arequipa y de las regiones circundantes, en donde ha descubierto los vestigios de la cultura puquina. Formula un estudio etnológico y antropológico de los Uros o Puquinas.

De su cultura, dan fe sus citas en las que recopila los datos suministrados por los cronistas, escritores y viajeros, elementos todos que auxilian en el esclarecimiento de la propia búsqueda.

En donde se capta emotivamente al estudioso de verdad es en la narración

que nos hace de sus valiosos descubrimientos arqueológicos a precio de muchos años de laboriosa e infatigable andanza en pos de la verificación que diese toda la luz de la verdad a sus afirmaciones.

Hace un estudio de las relaciones entre Puquina y Tiahuanaco, concluyendo por transmitirnos el relato de la destrucción del gran señorío de los puquinas por la incontenible ola invasora de los aymaras del Collao.

Una vez degustada la lectura de "La Cultura Puquina" por Monseñor Leonidas Bernedo Málaga, puedo aseverar que se trata, evidentemente, de un estudio llevado a feliz término con arraigado cariño y que encierra datos nuevos e interesantes para los que nos consagremos a las disciplinas arqueológicas.

Hasta ayer, poco o nada sabíamos de la arqueología arequipense. Los descubrimientos de Monseñor Bernedo Málaga han conseguido hacerlo, proyectando nueva luz y contribuyendo al conocimiento de las culturas prehispánicas de la región arequipeña.

Sensiblemente recién empieza a alborear el estudio de este nuevo escenario de la arqueología peruana. Se impone, por lo tanto, profundizarlo mucho más, para arribar a conclusiones concretas. Solamente cuando se haga estudios integrales y completos, se llegará a conocer la verdadera situación cronológica de la cultura puquina y su contribución a la cultura de los antiguos pueblos que configuraron los agregados sociales de nuestro vasto país.

Quienes nos dedicamos, de todas veras, a esta clase de estudios, abrigamos absoluta fe en Monseñor Bernedo Málaga porque sabemos de su entrega, sin reservas, a disciplinas que exigen realmente un esfuerzo sobrehumano y una santa continuación, para llegar a deducciones que, como el oro de buena ley, se obtiene al cabo de un largo proceso de depuración. Su inquietud, que podríamos decir romántica por el pasado y sus grandes cualidades como hombre de estudio, convencen de la seriedad de su empeño que, estamos seguros, ha de ampliar el horizonte ya abierto por este primer documento de su versación en problemas que cada día ganan más terreno en la cultura de todos los pueblos avanzados.

Dos motivos de gratitud contrae su tierra natal con Monseñor Bernedo Málaga. A su esfuerzo y a su generosidad le debe la fundación del Museo de la Universidad, magnífica fuente de estudio, y hoy tiene que reconocerle el aporte que significa dar al mundo científico el primer libro arqueológico de Arequipa, que representa la primera piedra angular de una obra mayor para el futuro.

RAFAEL LARCO HOYLE

INTRODUCCION

ES el antiguo Perú un inmenso museo de restos prehistóricos, museo cubierto en su mayor parte con el polvo denso de los pasados siglos y que hoy la arqueología con sus ciencias auxiliares se esfuerza en ponerlo a flote, a faz de tierra para estudio y admiración del mundo científico.

Este tesoro milenario de inapreciable valor para la ciencia fue desconocido de todos hasta fines del siglo pasado, época para siempre memorable en la que Max. Uhle, padre de la arqueología nacional, al recorrer en viajes de estudio, de investigación, diversas zonas del país comprobó con argumentos convincentes, incontestables, que el Perú es la nación americana más rica en restos arqueológicos, verdad confirmada por el 25º Congreso de Americanistas celebrado en Buenos Aires el año 1932.

Las enseñanzas del nunca bien ponderado sabio alemán tuvieron gratísima aprobación en los principales centros culturales de Europa y de Estados Unidos de Norte América donde saben apreciar, en su justo valor, la importancia que hay en conocer las culturas remotas que irradiaron por todos los ámbitos del mundo nuevo descubierto por Colón.

Notables hombres de ciencia han visitado, en estos últimos años, las regiones más ricas en yacimientos prehistóricos del Perú y los estudios que hicieron, publicados en obras magistrales de erudición y de cultura, han servido de fuentes de ilustración a generaciones de estudiantes, entusiasmados por conocer las civilizaciones pretéritas que fueron un día gloria y legítimo orgullo de razas inteligentes y poderosas.

De esa juventud selecta, que años atrás sintió verdadera vocación por conocer a fondo las maravillas que encierra el glorioso pasado de nuestra Prehistoria, han surgido las cultísimas personalidades de Carlos A. Romero, Horacio H. Urteaga, Julio C. Tello, Luis E. Valcárcel, Rafael Larco Hoyle,

Pedro Villar Córdova, J. Uriel García, Manuel E. Suárez Polar, Rebeca Carrión Cachot, Jorge C. Muelle, Toribio Mejía Xesspe, Juan José Delgado, Augusto Soriano Infante, José María Franco Hinojosa, Javier Pulgar Vidal, Luis A. Pardo y Ricardo Mariátegui Oliva, quienes convertidos en maestros desde las cátedras de las Universidades de Lima y Arequipa, Cuzco y Trujillo han abierto espléndidos horizontes y marcado rumbos seguros y triunfales a la arqueología, ciencia clasificada entre las más prestigiosas e importantes de la humanidad.

Guiado por las luces y el fervor de estos esclarecidos maestros, escogí por campo de mis investigaciones arqueológicas la rica zona del departamento de Arequipa donde florecieron sucesivamente las clásicas culturas de los indios puquinas, aymaras y quechuas.

Después de algunos años de dura y constante labor etnológica y etnográfica, antropológica y lingüística tengo la grata satisfacción de presentar a la consideración del mundo científico la obra titulada "La Cultura Puquina", raza que en épocas remotas forjó la notable cultura del Primer Período de Tiahuanaco y que habiendo dilatado sus fronteras hasta las playas del Pacífico culminó con la grandiosa obra de irrigación artificial en el desolado páramo arequipeño.

Relievo, en esta obra, la personalidad física, intelectual y moral de los indios uros o puquinas, sus misteriosos orígenes y tradiciones, sus costumbres y religión, su cultura milenaria y la transformación que ésta sufrió en el decurso de los siglos. Por fin, manifiesto que esta nación antiquísima en lo mejor de su auge, esplendor y poderío, en el fértil valle arequipeño, fue conquistada y destruída por la invasión de los indios aymaras o collas.

Abrigo la firme esperanza de que este ensayo que presento sobre la Prehistoria de la provincia de Arequipa, escrito especialmente para despertar la afición y el amor, en la juventud de mi patria, por el estudio de nuestro glorioso y remoto pasado tenga grata aceptación en el público y que el benévolo lector sepa disculpar las grandes deficiencias de que adolece.

CAPITULO I

CONSTITUCION GEOLOGICA, MEDIO GEOGRAFICO Y DIVISION POLITICA DE LA PROVINCIA DE AREQUIPA

CONFIGURACION FISICA

LA provincia de Arequipa es esencialmente montañosa en razón de los contrafuertes que la circundan. Por un lado, la Cordillera de los Andes con sus grandes picos nevados del Chachani, el Misti y el Pichu-Pichu, de donde descienden los ríos que fertilizan sus diversas y dilatadas llanuras, siendo el principal de ellos el Chili, y por otro, montañas de poca elevación, que se presentan en forma de numerosos y extensos macizos, los que separan, en gran parte, el valle de Arequipa de la provincia de Islay.

La topografía de su suelo ofrece, pues, un plano inclinado con la Cordillera de los Andes por la parte del Este y con extensas planicies que descienden paulatinamente, por el Oeste, al Océano Pacífico. Estos contrafuertes al unirse o al alejarse de las pequeñas colinas forman grandes pampas arenosas, cerca de la costa, y planicies pedregosas, cubiertas de una vegetación muy pobre, en las alturas de la Zona de Páramo.

SITUACION Y LIMITES

La provincia de Arequipa, comprendida entre los meridianos $70^{\circ} 52'$ y $72^{\circ} 18'$ de longitud Oeste y entre los $15^{\circ} 40'$ y $16^{\circ} 50'$ de latitud Sur, del Meridiano de Greenwich, limita: por el Norte, con las provincias de Caylloma y Lampa; por el Este, con las de San Román y General Sánchez Cerro (esta última más conocida como Omate, circunscripción de la exprovincia litoral de Moquegua, hoy departamento, con las provincias de General Sánchez Cerro, su capital Omate, y Mariscal Nieto, su capital Moquegua); por el Sur, con la de Islay; y por el Oeste, con las de Camaná y Caylloma. (Lámina II).

EXTENSION Y POBLACION

Su extensión territorial es de 9,140 kilómetros cuadrados, siendo su población de 128,809 habitantes, de los cuales 78,406 corresponden a la Capital

DIVISION POLITICA

Creada por la administración dictatorial de Bolívar, la provincia de Arequipa tiene por Capital la ciudad del mismo nombre, que lo es también del Departamento. Comprende 19 distritos, a saber: Arequipa, Cayma, Characato, Chihuata, Paucarpata, Pócsi, Quequeña, Sabandía, Sachaca, Socabaya, Tiabaya, Uchumayo, Vitor, Yanahuara y Yura, creados, igualmente, por la administración bolivariana; el de San Juan de Sigüas que, según Ley de 1886, se le segregó a la provincia de Camaná, para incluirlo a la de Arequipa; Santa Isabel de Sigüas, agregado, también, a esta provincia por la misma Ley y que pertenecía a la de Caylloma; y los de Yarabamba y Santa Rita, creados últimamente.

Por Ley de 2 de enero de 1857 se ratificó la creación del distrito de Arequipa que, de todos, es el de mayor importancia. Los 19 distritos tiene por capitales los pueblos del mismo nombre.

SITUACION Y LIMITES

La provincia de Arequipa, comprendida entre los meridianos 70° 32' y 72° 18' de longitud Oeste y entre los 15° 40' y 16° 50' de latitud Sur, del Meridiano de Greenwich, limita por el Norte con las provincias de Caylloma y Lima; por el Este con las de San Román y General Sánchez Cerro (esta última más conocida como Huancavelica); por el Sur con las provincias de General Sánchez Cerro, su departamento, y Mariscal Nieto, su capital (Moquegua); por el Sur, con la de Ica; y por el Oeste, con las de Camaná y Caylloma. (Lámina II).

CAPITULO II

EL FACTOR GEOGRAFICO

INFLUENCIA DEL AMBIENTE

ANTES de describir la prehistoria de los indios uros o puquinas, primeros pobladores del valle de Arequipa, es necesario dar a conocer los factores que han intervenido en el proceso histórico, en el desarrollo de las tres grandes culturas que, en épocas remotas, irradiaron por la extensa y ubérrima región que comprende la provincia de Arequipa.

Estos factores, que tienen poderosa influencia en los hechos sociales e históricos, son dos: el físico o geográfico y el étnico o racial, que conocidos por la geografía, la antropología y la psicología facilitan, en gran parte, la comprensión del carácter ingénito de las razas y de sus acciones notables.

El clima y el suelo son tan necesarios para conocer la importancia de los acontecimientos humanos que hubo un tiempo en que se creyó, firmemente, que estos dos factores intervenían de una manera decisiva, terminante, en el curso caprichoso de los hechos históricos anulando por completo la personalidad del hombre, lo que hoy no puede admitirse.

El hombre, a pesar de todo, domina el ambiente, recibe la influencia de la naturaleza, pero su inteligencia la transforma y la utiliza en provecho suyo. De suerte que la vida, ocupación y costumbres de los hombres se explican perfectamente por el medio geográfico donde han actuado durante el curso de los pasados siglos.

No se puede, pues, escribir historia si no se tiene conocimiento del estrecho vínculo que ha tenido el hombre con el suelo, con la tierra donde ha nacido, donde ha actuado, donde ha dejado la huella de su paso, donde su inteligencia creó culturas singulares, las cuales son, actualmente, objeto principal de estudio por parte de arqueólogos, etnólogos y lingüistas en el dilatado campo de la ciencia.

En efecto, el hombre será cazador o agricultor si los determinantes geo-

gráficos le han facilitado estos géneros de vida en relación con sus apremiantes necesidades, pues la lucha por la existencia, por el bienestar personal y colectivo fue la ley suprema de los primitivos grupos humanos.

Ahora, para conocer bien las condiciones geográficas de la provincia de Arequipa, donde florecieron también las culturas uro-puquina, aymara y quechua, civilizaciones de gran valía arqueológica, me parece conveniente y oportuno seguir, en cuanto sea necesario, los estudios especiales que ha realizado con éxito plausible el ilustre geógrafo alemán Carlos Troll sobre la región andina peruana.

El sabio citado, con una intuición verdaderamente genial, descubre, en las tres regiones en que se divide el Perú: Costa, Sierra y Selva, un matiz, un aspecto geográfico importantísimo, de gran trascendencia para el estudio completo de las diversas civilizaciones que se han sucedido en las regiones andinas. En este estudio divide la región andina en Andes de Puna y en Andes de Páramo.

ANDES DE PUNA

Enseña Troll, que por Andes de Puna debe entenderse las regiones altas de los Andes Centrales desde el norte de Chile y noroeste de la Argentina, por Bolivia hasta el Perú central o sea la región por encima de las tierras cultivables, es decir, que se hallan a más de 4,000 metros de altitud sobre el nivel del mar.

En toda esta región, que se prolonga de sur a norte hasta el paralelo ocho, descubre el gran geógrafo la zona más rica de los Andes, porque dichas tierras cuentan con grandes planicies regadas con las aguas que descienden de las cordilleras durante el año, llanuras fértiles donde crecen ricos pastos forrajeros. Esta región, por las múltiples facilidades agrícolas que continuamente ofrece, convirtiéndose, desde los primeros albores de la civilización andina, en el principal centro de crianza de llamas y de alpacas y, especialmente, en el granero inagotable de productos alimenticios para el hombre, como las papas y demás solanáceas, propias de la región; y en cereales como la quinua y la cañigua, de climas fríos, y el maíz, en regiones de clima más templado.

La riqueza ingente de productos alimenticios en la Zona de Puna hizo que se escogieran, con predilección, estos lugares paradisíacos como emporio y centro principal de la cultura del Perú precolombino. "Los Andes de Puna —afirma el citado sabio— constituyen el centro de la cultura más antigua del Perú".

ANDES DE PARAMO

"La Zona de Páramo —prosigue Troll— es como la estepa de "Ichu",

una formación de pastos duros en forma de penachos, pero que se diferencian sustancialmente de aquellos por la ausencia de medio año de sequía y por lo cerrado de la capa de pastos, bajo la cual abunda también rico pasto blando forrajero”.

Los Andes de Páramo —según las conclusiones científicas a que ha llegado el notable geógrafo— carecen de los pastos forrajeros que son indispensables para el sustento de los rebaños de auquénidos. Esta Zona comprende grandes regiones no sólo del Perú sino también del Ecuador, Colombia, Chile y Argentina porque empieza esta faja de terreno en el grado ocho de latitud sur y se extiende al sur en línea paralela a la Zona de Puna. De ahí que sólo la región de Páramo pertenece tanto a la Costa como a la Selva.

Siguiendo estos importantes estudios geográficos, se llega a la conclusión de que los suelos de páramo son húmedos, perfectamente definidos, muy parecidos a los constantemente húmedos de las zonas templadas. “La fertilidad del suelo de páramo —agrega el mismo autor— explica la densidad de población en espacios reducidos de los Andes. Ejemplo de ello son el valle de Cochabamba en Bolivia, y la campiña de Arequipa, las quebradas del Cuzco y el valle de Santa, en el Perú. La riqueza del suelo de estos valles es tan grande que apenas se dispone de un poco de irrigación artificial, se puede cultivar maíz por tiempo indefinido sin que haya necesidad de recurrir al arado” (1).

REGION DE LA PROVINCIA DE AREQUIPA

Como se acaba de ver, el sabio alemán coloca en esta Zona de Páramo a la región de la actual provincia de Arequipa, zona importante que el doctor Luis E. Valcárcel divide en dos secciones: en Zona de Tola y Zona de Misti. (Lámina III). Esta última que abarca el valle propiamente dicho de Arequipa y el que se distingue por la presencia de oasis o sus campiñas pequeñas, valles en donde se cultiva hoy en gran escala el maíz, el trigo, la caña de azúcar y otros productos, y la Zona de Tola que está caracterizada por su sequedad creciente hasta el extremo sur en que se presenta las tierras saladas (2).

ZONA DE TOLA

La Zona de Tola, denominada así por Valcárcel, abarca todos los pueblos

(1).—Troll, Karl, “Los fundamentos geográficos de las Civilizaciones Andinas y del Imperio Incaico”, trad. de Carlos Nicholson. En “Revista de la Universidad de Arequipa”, Año VIII, N° 9, Arequipa, 1935, p. 129.

(2).—Valcárcel, Luis E., “Historia del Perú”. Primer Curso. Dictado en la Universidad de San Marcos de Lima, 1936, p. 17.

de la provincia de Arequipa que se hallan ubicados en la parte alta de los distritos de Chiguata, Pocsi y parte del de Quequeña, es decir, lugares que se hallan a cerca de 3,000 metros sobre el nivel del mar. A esta altura están, pues, las poblaciones actuales de Pocsi, capital del distrito del mismo nombre, lo mismo que Chiguata, Piaca, Uzuña, Polobaya Grande, Polobaya Chico y los caseríos de Tarucani, Tuctumpaya, Aguaguëna, Totorani y Paranay.

Esta región altiplánica del páramo arequipeño, desierta y bravía, enraecida de oxígeno por la anoxemia de la puna, ofrece grandes llanuras entre-cortadas por pequeñas montañas de rocas volcánicas, porfídicas y pizarrosas por cuyas profundas quebradas corren los ríos Muto, Tablones, Poroto, Totorani y Jalán. Su aspecto topográfico es triste, monótono y sombrío.

El viajero que visita por vez primera estos lugares no descubre en su recorrido más que estepas desoladas, cubiertas de pajonales amarillentos tales como los que ofrecen a la vista las pampas de Pocsi y de Piaca, y llanuras pantanosas sembradas de raquícos pastos forrajeros donde pacen numerosos rebaños de llamas y de alpacas como las de Uzuña y de Polobaya; los desiertos arenosos de Candabaya, Adrián y Tumbambaya circundados de pequeños bosques de tola, lloque y queñua, con pequeños y numerosos cerros poblados, en gran parte, por el arbusto denominado ccapo y de muchas clases de cactáceas que sirven de sustento a los ganados y proveen de combustible la cocina del indio.

En este sector de Tola, al parecer inhóspito y completamente desierto, hay bajas planicies y pequeños valles formados por las quebradas y ríos que bajan de la Cordillera Andina. Estos pintorescos oasis son las fértiles y encantadoras vegas de Piaca y Muto, Polobaya y Chapi, donde se cultivan, con solícito cuidado, la papa, la oca, el olluco, la cebada, el trigo y el maíz y algunos pastos forrajeros, vegetales que se desarrollan con exuberancia extraordinaria y rinden pingües cosechas.

El clima de esta región elevada de la cordillera arequipeña es frígido en invierno, dificultad que impide el crecimiento de las plantas forrajeras necesarias para la mantención de los numerosos ganados lanar y vacuno que abundan en esos lugares. Los fríos rigurosos de la citada estación del año convierten a estas comarcas lejanas en un verdadero páramo desolado donde los pobres indígenas sufren mil calamidades en la búsqueda de productos alimenticios, necesarios para asegurar su mísera existencia. Dedicánse casi todos a confeccionar carbón de lloque, de queñua y a labrar vasijas de barro que, después de cocidas al fuego, llevan a vender o a cambiar con cereales en los centros más poblados, cercanos a la ciudad de Arequipa.

El verano se caracteriza por un clima templado y benigno que se presta para el cultivo de la papa y demás solanáceas y diversos cereales. En los meses de enero, febrero y marzo caen lluvias torrenciales, especialmente en las planicies cercanas al Pichu-Pichu, lluvias interrumpidas por furiosas tormentas eléctricas.

ZONA DE MISTI

En la Zona de Misti se halla el valle de Arequipa que se dilata desde las vistosas colinas de Cayma y de Pampasnuevas hasta las esbeltas andenerías de Yarabamba, Sogay y Quequeña donde se unen los contrafuertes de rocas volcánicas que circundan en gran parte el citado valle, abarcando una extensión de más de 50 kilómetros de largo.

El sabio Raimondi describe fielmente esta región arequipeña, poniendo de relieve sus matices característicos. "La gran pampa —dice el citado escritor— forma la hermosa y verde campiña de Arequipa, después de las horribles convulsiones y trastornos de su antiguo volcán; parece haber sido el fondo de un tranquilo lago que dió origen al inmenso depósito de aluvión de origen volcánico que cubre esta gran llanura. Actualmente se puede considerar todavía como un gran lago en el que el agua está reemplazada por el terreno de aluvión, y los numerosos cerrillos que se hallan diseminados en este llano y sobre los que se hallan fundados los pueblos de Sachaca, Alata, Socabaya, etc; son los islotes del antiguo lago, los que en el día representan los islotes que salen a la superficie de este lago de tierra. Las faldas de estos cerros se continúan debajo de esta espesa capa de aluvión y reuniéndose unas con otras forman pequeñas cadenas, que son otras tantas barreras subterráneas que impiden el libre curso del agua" (3).

En realidad, a la formación de este fértil valle, que constituye el oasis más bello y cautivante del gran desierto de la costa peruana, contribuyeron en mucho las horribles convulsiones geológicas que ha sufrido la Cordillera Volcánica en las primeras edades del mundo, montaña de donde se alzan magníficos e imponentes el Chachani, el Misti y el Pichu-Pichu; después de la acción constante y constructiva de los ríos que lo riegan y fertilizan en su ancha extensión como el Chili, el Sabandía, el Mollebaya y el Yarabamba que, naciendo en las lagunas y estribaciones orientales y occidentales de la Cordillera Marítima, se deslizan impetuosos y rugientes por entre la pintoresca campiña arequipeña hasta formar un solo río en el caserío de Tingo Grande, sitio donde pierde un tanto su velocidad y aprisionado entre cerros escarpados desciende en suave pendiente hasta el mar, abriéndose, antes de tributar sus aguas al Pacífico, para regar los valles de Uchumayo, Quishuarani, Vitor y Quilca.

A la vera de estos ríos, que aumentan su caudal en tiempo de lluvias, se hallan asentadas las poblaciones de Sogay, Yarabamba, Sabandía, Tingo Grande y Tiabaya. En la zona dominante y estratégica, las de Quequeña, Paucarpata, Cayma, Yanahuara, Sachaca y Bellavista, y en la región más bella y

(3).—Raimondi, Antonio, "Análisis de las aguas termales de Yura, aguas minerales de Jesús y aguas potables de Arequipa", Arequipa, 1864.

riente de la verde campiña se alza la ciudad de Arequipa, capital de la provincia y del departamento del mismo nombre.

El clima suave y benigno de esta extensa y ubérrima zona mistiana; su cielo azul y sus lluvias periódicas; los desiertos y montañas que la circundan; los vientos alisios que constantemente refrigeran y purifican su ambiente y el grandioso espectáculo que ofrece la Cordillera Andina con sus esbeltos volcanes coronados de nieve, fueron causas poderosas para que se estableciera y formara, en estos lugares privilegiados, un tipo de hombre sano, vigoroso y perfectamente organizado que ejerció poderosa influencia en el desarrollo de las culturas que florecieron y dejaron sus huellas no sólo en el vasto altiplano interandino sino también en el fértil valle arequipeño.

ZONA DE VALLE

En la provincia de Arequipa existe la Zona de Valle, calurosa, típica de los páramos andinos. Forman esta región, de ardiente clima tropical, los pequeños valles de Uchumayo, Quishuarani, Vitor y Siguas, regados los tres primeros por el río Chili y el último por el río del mismo nombre que viene desde la Cordillera de Ambato en Caylloma. También forma parte de esta región la cuenca baja del valle de Yura, quedando los balnearios y pueblos del mismo nombre en la Zona de Misti ya descrita.

En los sitios más descollantes y ventilados de estas profundas planicies se hallan las poblaciones que han dado su nombre a estos lugares: Uchumayo, Quishuarani, Vitor, San Juan de Siguas y Santa Isabel de Siguas. La producción agrícola de estas regiones es la misma que la de los valles de la costa. La caña de azúcar, el algodón, la papa, el maíz y el trigo se desarrollan con exuberancia extraordinaria hasta producir más de dos cosechas al año.

La atmósfera de fuego y la ausencia completa de lluvias en estas regiones fueron causas más que suficientes para que las culturas citadas, que invadieron estos lugares, no hayan dejado obras dignas de particular mención.

EL PICHU-PICHU

La región que acabo de describir fue en tiempos remotos el escenario geográfico de tres razas singulares que se han hecho famosas por sus hazañas en la prehistoria sudamericana, en especial la de los puquinas, primeros pobladores del valle de Arequipa.

Como el gran macizo del Pichu-Pichu sirvió de guía, de faro orientador a estas importantes agrupaciones étnicas en su avance del Collao hacia las playas del Pacífico, es menester ocuparme de él detalladamente.

Uno de los panoramas más grandiosos e importantes que brinda genero-

samente la gran Cordillera de los Andes, a su paso por nuestro territorio, es el que ostenta la esbelta montaña culminante del Pichu-Pichu, contemplada desde las alturas de Polobaya, comprensión del distrito de Pocsi.

En mis viajes por las naciones occidentales de Europa y por las regiones más privilegiadas de América del Sur jamás admiré un paisaje tan sugestivo como el que ofrecía el Pichu-Pichu en una tarde del mes de febrero de 1923.

El sol acababa de ocultarse detrás de los montes más elevados de las sierras lejanas haciendo resaltar en la parte opuesta, sobre un fondo de púrpura y de oro, la majestad y hermosura del coloso cuyos rotos obeliscos de su cumbre, cubiertos de nieve, ostentaban la vistosa policromía del Arco-Iris, bajo el pálido resplandor del astro moribundo. La atmósfera se presentaba tan diáfana y tan sutil que se podía ver con admirable nitidez los numerosos riachuelos que se desprendían de los flancos del gigante hacia los acantilados de su base. A poca distancia de la cordillera formaban bellísimo contraste las amenas planicies de Piaca, Tablones y Muto, cubiertas de exuberante vegetación. La naturaleza tan pródiga en estos paisajes del Ande arequipeño, se mostraba, en esas circunstancias, con todo el esplendor de sus galas y magnificencias.

El Pichu-Pichu se halla cubierto de nieve casi todo el curso del año, nieve que va aumentando de volumen en invierno, y por el frío glacial que reina en esas alturas se cristaliza hasta formar grandes montículos caprichosos de hielo, los que carcomidos en su base por los ardientes rayos del sol de verano, pierden su equilibrio y se derrumban estrepitosamente hacia las profundas quebradas cercanas. Los roncós bramidos que acompañan la caída de los ventisqueros causan inquietud y zozobra el viajero que por primera vez visita esas regiones inhospitalarias.

Ahora bien, en las espaldas de ese gigante de los Andes peruanos, nacen multitud de vertientes que aumentan su caudal a medida que ganan la llanura de la base hasta formar verdaderos ríos que se deslizan veloces por entre cerros, quebradas y barrancos de ambas estribaciones de la cordillera. Las que descienden por la parte occidental, después de haber recorrido cortas distancias, se precipitan en las entrañas de la tierra para viajar por el subsuelo muchos kilómetros hasta salir a la superficie formando las caudalosas fuentes de agua de Chiguata, Yumina, Characato, Piaca, Pocsi, Muto, Totorani, Uzuña y Puquina, líquido que, por canales de irrigación, es llevado a largas distancias para fertilizar muchas hectáreas de terreno. Los ríos que descienden por la parte oriental, de la citada montaña, forman las primeras vertientes del río Sabandía que riega y fertiliza gran parte de la campiña arequipeña.

En esta región del Pichu-Pichu, llamada por Valcárcel Zona de Tola, se encuentran las ruinas arqueológicas más importantes de los Andes de Puna y de Páramo, restos que revelan la existencia de tres grandes culturas que se sucedieron en el decurso de los pasados siglos y que irradiaron por casi todos los lugares que forman actualmente la provincia de Arequipa: los puquinas, los aymaras y los quechuas.

... la gran cordillera de los Andes a su paso por nuestro territorio es el que ostenta la especie montana culminante del Pichu Pichu, comprendida desde las alturas de Potosí, comprendiendo del distrito de Laca...

En mis viajes por las naciones cordilleras de Europa y por las regiones más privilegiadas de América del Sur he podido adquirir un conocimiento como el que afecta al Pichu Pichu es una parte del mes de febrero de 1857...

El sol se cubre de ocultarse detrás de las montañas más elevadas de las cordilleras haciendo resaltar en la parte opuesta, sobre un fondo de neblinas y de oro, la majestad y hermosura del coloso cuyo trazo oblicuo de su línea cubierta de nieve resalta en la distancia. La altura del Pichu Pichu el público responder del estar montando. La naturaleza se presentaba tan alta y tan alta que se podía ver con admirable nitidez los numerosos rios que se despendian de las laderas del gigante hacia los cerros de su base. A poca distancia de la cordillera tomaban bellísimo contraste las montañas planicies de Laca, Taboara y Mata, cubiertas de exuberante vegetación. La naturaleza tan prodigiosa en estas partes del Ande acompaña se mostraba en esas circunstancias, con todo el esplendor de sus galas y magnificencias.

El Pichu Pichu se halla cubierto de nieve casi todo el curso del año, nieva que va aumentando de volumen en invierno y por el frío gradual que reina en esas alturas se cristaliza hasta formar grandes copulaciones caprichosas de hielo, los que cubren en su base por los arroyos, rios y del sol de verano pierden su equilibrio y se destruyeron estrepitosamente hacia las profundidades de las cordilleras. Los rios de las cordilleras que se originan en la cordillera de los ventos que causan inmundicia y desolación al campo que por primera vez visita este territorio inhospitalario.

Ahora bien, en las espaldas de este gigante de los Andes permanece una multitud de vertientes que manan en abundancia y media que forman la gran cordillera de la base hasta formar vertientes que se desfilan velozes por entre cordilleras, quebradas y barrancos de otras estradas de la cordillera. Las montañas descendidas por la parte occidental, después de haber recorrido cordilleras distantes, se precipitan en las entrañas de la tierra para volver por el lado de las cordilleras hasta salir a la superficie formando las cascadas fuertes de agua de Chiguala, Yumina, Chacaca, Laca, Potosí, Muro, Toroma, Uruza y Laca. Agua líquida que, por canales de irrigación, es llevada a largas distancias para fertilizar muchas hectáreas de terreno. Los rios que descienden por la parte oriental de la cordillera forman las grandes vertientes del río Sabana...

En esta región del Pichu Pichu he observado por el lado de Laca, se encuentran las ruinas arqueológicas más importantes de los Andes de Laca, de Barato, restos que revelan la existencia de tres grandes culturas que se sucedieron en el curso de los pasados siglos y que irradiaron por casi todos los lugares que forman actualmente la provincia de Arequipa: los paginas, los sistemas y los quechuas...

CAPITULO III

EL FACTOR ETNICO O RACIAL

DE LAS RAZAS EN GENERAL

SI el factor geográfico es sumamente importante en el proceso histórico, no lo es menos el factor étnico o el relativo a la raza, toda vez que, como reafirmaremos más adelante, constituye el subsuelo antropológico de su propio desenvolvimiento y proyecciones.

No ha sido bien definido aún el concepto de raza, bajo el punto de vista sociológico; los estudios hechos en esta ciencia, aunque han progresado en estos últimos años, no han llegado a un resultado satisfactorio. El problema de la raza es, pues, grandemente complejo y difícil de resolverlo. Unos, como el doctor Luis E. Valcárcel, lo definen como "un resultado de las relaciones entre el hombre y la naturaleza" (4), es decir, que no hay esencial diferencia en la especie, que no hay fundamento que pueda establecer una separación radical entre los grupos humanos.

Siendo difícil definir la raza en su aspecto sociológico, ahora se la estudia desde el punto de vista físico, esto es, observando sus características diferenciales, como el tamaño y forma del cráneo, las dimensiones del ángulo facial, el color de la piel, la forma de los cabellos, etc. Merced a estos estudios sobre las mediciones del cráneo y demás miembros del cuerpo humano, que son científicamente deficientes, logra el antropólogo y el etnólogo clasificar y fijar las razas, los grupos humanos.

Y a la verdad, la antropología, la etnografía y la lingüística han demostrado que tres razas aborígenes fueron las que crearon en el altiplano o sierra del Perú precolombino, tres clases de culturas distintas, imprimiendo en ellas el sello de su propia originalidad; que estas razas que se apoderaron sucesivamente de la vasta altiplanicie interandina fueron los arahuacques, los aymarás

(4).—Valcárcel, Luis E., o. c., p. 20.

y los quechuas; que sus monumentos desafían la acción destructora de los siglos y cuyos directos descendientes viven hoy confinados en los ríos, lagos, llanuras y montañas del Perú y de Bolivia.

Para comprender bien la prehistoria del grupo racial uro-puquina, que me propongo esbozar en este libro, es necesario conocer las características más notables de los arahuques y caribes, aymaras y quechuas.

LOS ARAHUAQUES Y LOS CARIBES

La raza arahuac constituye "el verdadero subsuelo antropológico y lingüístico de gran parte de los pobladores de las dos Américas".

Con el nobilísimo fin de conocer a fondo los caracteres principales de esta raza primigenia que pobló gran parte de la América ha sido menester llevar a feliz realización profundas investigaciones no sólo en su idioma, difícil de descifrar, sino también en el terreno antropológico y etnográfico, por medio de mediciones directas de compás, tablas dermatológicas y demás instrumental indispensable para la plausible y penosa labor de lograr levantar el denso velo que cubre sus orígenes y el parentesco o afinidad con otras razas de la región andina.

"Los pueblos arahuques —dice Arturo Posnansky— pertenecían al famoso tronco Caribe-Arahuac que en tiempos de la conquista española se extendía desde mucho más al norte del Trópico de Cáncer hasta más allá del Trópico de Capricornio y que en el decurso de los siglos se han formado de ella nuevas sub-razas, tribus y lenguas, por el clima, constitución química del suelo, el nuevo alimento, las nuevas emociones telúricas, el ambiente nuevo y quizá también por la mezcla con el elemento autóctono que encontraron, al que lo absorbieron o por el cual fueron absorbidos en razón del mayor número" (5).

Según ilustres americanistas, el gran macizo Guayano-Brasileño fue la cuna de la familia Arahuac que, en el decurso de los siglos, se dividió en tres ramas principales:

La primera de los Aínos que por la isla Marajó se dirigió al norte formando gran parte de las Guayanas, las Antillas Menores y la península de Florida. Vivieron éstos en continuas y encarnizadas luchas con las tribus de las razas misteriosas de los indios caribes. Los conquistadores hispanos debieron importantísimos servicios a los arahuques, pues gracias a las luces y orientaciones que recibieron de ellos, pudieron seguir adelante en sus notables descubrimientos. Por esta razón Cristóbal Colón en carta a los Reyes Católicos sobre su tercer viaje se expresa de ellos en términos harto encomiásticos, di-

(5).—Posnansky, Arthur, "Antropología y Sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes", La Paz (Bolivia), 1937, p. 27.

ciendo: "que amaban al prójimo como así mismos" (6), no teniendo tuyo ni mío.

Todo lo contrario aconteció con los indios caribes, por naturaleza feroces e indomables, que se opusieron tenazmente a los invasores hispanos y nunca quisieron tener con éstos amistad, alianza ni confederaciones. El Gobernador Rodrigo de Figueroa en 1520 califica a estos aborígenes con epítetos denigrantes: "gentes bárbaras, enemigos de los cristianos, repugnante la conversación de ellos é tales que comen carne humana". Desde entonces el vocablo "Caribe" identificó su significado con el de antropófago y con él duró hasta el siglo XIX en que caníbal reapareció para desplazarlo como lo hace notar el distinguido escritor argentino Pedro Enríquez Ureña. En la época del descubrimiento, los caribes ocupaban parte de los territorios ahora pertenecientes al Brasil, Guayanas, Venezuela, Colombia y las Antillas Mayores.

La segunda rama de los arahuacques es, sin duda, la que remontó el río Amazonas hasta la cuenca del Marañón y desde allí pasaron al Océano Pacífico. En sus largas y milenarias peregrinaciones por la costa peruana acabaron por establecerse en las caletas, ricas en pesca, del norte de Chile.

El gran historiógrafo José de la Riva Agüero, parece confirmar esta hipótesis cuando al hablar de los uros se expresa así: "Los Uros, en gran manera, dolicocefalos, meros cazadores y pescadores, son por la lengua los mismos puquinas, hermanos de los arahuacos del Brasil, que se extendieron desde la Guayana y las Antillas hasta la Florida. Rivet sostiene, y a mi parecer prueba, que provienen del este Amazónico. Avanzaron por la depresión de la Cordillera, en la cuenca del Marañón, luego ocuparon con el nombre de Changos las costas de Tarapacá y las del norte de Chile" (7).

Esta familia de arahuacques, de que habla Riva Agüero, al establecerse al norte de Chile se subdividió en numerosas tribus, conocidas con los nombres de Camanchacos, Huanchacos, Tácames, Cunzas, Atacameños, etc., etc., cuyos dialectos ofrecen semejanza entre sí.

La tercera rama, la más frondosa del robusto tronco arahuac, fue la de los uro-puquinas, la que remontando la corriente del río Madeira logró franquear las montañas del oriente boliviano y se estableció en el extenso altiplano interandino peruano-boliviano.

Paul Rivet, el más grande americanista actual, en sus infatigables investigaciones sobre el origen e historia de este grupo arahuac dice lo siguiente: "Nuestro estudio muestra que una fracción importante de este gran pueblo Arahuac invadió, en épocas remotas, la altiplanicie peruano-boliviana y, atravesando la doble cordillera, llegó hasta las playas del Pacífico. Este es un hecho completamente nuevo para la etnología americana que permite coordinar

(6).—Colón, Cristóbal "Los Cuatro viajes del Almirante y su testamento" Edición y prólogo de Ignacio B. Anzátegui.—Buenos Aires, 1946.

(7).—Riva Agüero, José de la, "Civilización Tradicional Peruana". Curso dictado en la Universidad Católica del Perú. Lección Segunda. En "Revista de la Universidad Católica del Perú", T. V, Año VI, N° 33, Lima, 1937, p. 292.

y explicar gran número de datos de orden etnográfico, antropológico y arqueológico". Y más adelante agrega: "estos pescadores fluviales del Amazonas al radicarse en la planicie andina escogieron por mansión, por habitat las islas y las riberas de las grandes lagunas" (8).

DIFERENCIAS ETNICAS ENTRE ARAHUAQUES, AYMARAS Y QUECHUAS

Para conocer la diferencia étnica que existe entre la familia arahuac con la aymara y la quechua, pobladoras sucesivas del extenso territorio interandino del antiguo Perú, se han hecho estudios antropológicos en tribus completamente puras de los tres grupos, "verdaderos conservatorios antropogenéticos", donde por las condiciones especiales del lugar se han librado del mestizaje.

Declara Posnansky, arqueólogo polaco, radicado más de 30 años en La Paz (Bolivia), "que hay lugares en esa nación donde esos grupos raciales conservaron sus vetustos idiomas casi tan puros como lo fueron hace miles de años y mantienen también, sin alteración alguna, su conformación somática y su especial carácter" (9).

Después de esmerados estudios antropológicos se ha podido obtener la verdadera configuración física que distingue al arahuac del colla y del quechua.

El indio arahuaque es, por naturaleza, dolicocefalo, es decir, tiene la cabeza alargada y baja, cara ancha con zigomas sobresalientes, paladar angosto y por ello prognato, ojos rasgados —ojo mongol—, de color más oscuro que el del indio colla y de cabellos rígidos. (Lámina IV). El colla es braquicefalo, esto es, tiene la cabeza corta y alta, cara alargada, nariz larga y perfilada, cavidad ocular alta y de hoyo palatino ancho, color oscuro, cabello poco rígido y ligeramente ondulado. El quechua es mesocefalo, pues, según Posnansky, la raza quechua no es sino "una verdadera amalgama colla-arahuac, con la cual el componente colla es relativamente insignificante, empero lo suficientemente poderoso para poder cambiar sustancialmente la constitución antropológica y lingüística de los arahuques" (10).

En cuanto a las cualidades intelectuales y morales propias de estas razas, se ha comprobado que el arahuac es ingenioso y artista, pero de carácter flemático e indolente, de vida sensual y apático, de pocas ambiciones, astuto en sus negocios, buen servidor, gran cazador, experto y hábil navegante, de costumbres morales, tímido y poco constante en sus empresas guerreras. El colla es de carácter dominador y guerrero por excelencia, gran agricultor, esforzado y constante en sus empresas por difíciles que éstas sean; sobrio y moral en

(8).—Rivet, Paul, La "Langue Uru ou Pukina", p. 242.

(9).—Posnansky, Arthur, o. c., p. 30.

(10).—Posnansky, Arthur, o. c., p. 18.

su vida, acertado metalurgista, eterno ambicioso y revolucionario. El quechua es inteligente y de costumbres morales, pero es poco dinámico, suave de carácter, falto de energía e inconstante en sus empresas. Predomina más en esta raza el elemento arahuac como lo hace notar el autor Posnansky en su conceptuoso estudio sobre estas tres clases de aborígenes.

Después de difíciles estudios etnográficos y antropológicos hechos por hombres de ciencia, en numerosas excursiones y excavaciones arqueológicas en varias regiones del altiplano peruano-boliviano se ha conseguido identificar estas tres razas con los antiguos forjadores de las culturas del Collao y del valle del Cuzco; a la luz de la ciencia prehistórica contemporánea, estos tres grupos étnicos: arahuques, aymaras y quechuas son las tres razas que desde tiempos remotos lucharon tenazmente por el predominio de las regiones más privilegiadas del Perú precolombino. (Lámina V).

Los esqueletos, especialmente los cráneos, la forma y figura de los personajes representados en sus estatuas y en los huaco-retratos de su cerámica encontrados en los estratos culturales más profundos de Tiahuanaco son perfectamente idénticos a los aymaras que pueblan aún hoy gran parte del altiplano boliviano; a los uros que, en número muy reducido, se conservan, como una isla antropológica, en un remanso misterioso de los siglos, en el pueblo de Iru-Itu a orillas del río Desaguadero; a los quechuas que viven en algunos pueblos del Cuzco, Puno y Cochabamba. (Láminas VI y VII).

“De que los Uros son autóctonos —dice el citado arqueólogo polaco— no cabe la menor duda, porque en los estratos o capas del Primer Período de Tiahuanaco, se encuentran principalmente cráneos de conformación semejante a los de ellos; todo demuestra que una raza con las características de los arahuques existía siempre en el altiplano y adyacentes” (11).

Riva Agüero nota, también, esta marcada diferencia entre arahuques y aymaras cuando dice: “Los collas o aymaras no se vestían con las túnicas de las estatuas de Tiahuanaco, ni éstos presentan la deformación craneana Say-tauma, propia de la raza colla; se entierran en chullpas, colocando a los difuntos en cuclillas, mientras que la necrópolis de Tiahuanaco pertenece a otra manera de enterramiento, la horizontal” (12).

El signo sagrado característico de la raza arahuac era el escalonado en voluta curva o rectangular. (Lámina VIII). Esta marca distintiva de los arahuques se halla impresa en los objetos propios de su industria y de su arte. Los restos humanos de esta raza se les reconoce, también, por la costumbre que tenían de deformar sus cráneos en forma circular por medio de ligaduras especiales para el éxito de la operación. Los collas no deformaban sus cráneos con tanta frecuencia, y esta operación consistía en un achatamiento del fron-

(11).—Posnansky, Arthur, o. c., p. 87.

(12).—Riva Agüero, José de la, o. c., p. 304.

tal, acompañado en ocasiones con el aplastamiento del occipital; a veces sólo se deformaba el occipital.

Estos son pues los rasgos característicos de las tres razas llamadas a desempeñar un papel importantísimo en los fastos gloriosos de la prehistoria del Perú.

Dicho esto, a manera de introducción al estudio sobre los uro-puquinas, voy ahora a ocuparme de su factor psicológico, como razas forjadoras de culturas originales, de gran valía en el vasto campo sociológico e histórico.

El insigne Carlos Troll, de quien ya se ha hecho mención en las primeras páginas de este libro, en el conceptuoso estudio de las razas andinas, descubre tres olas civilizadoras en la región interandina del Perú y de Bolivia. Veamos lo que dice a este respecto: "Los resultados de las exploraciones arqueológicas están, aparentemente, de acuerdo en que, sobre el altiplano y sierra de Bolivia y del Perú, han pasado tres olas de pueblos que, sucesivamente, se apoderaron de la tierra y le imprimieron su civilización. Estas razas, autoras de tres grandes olas culturales son: los arahuques, los aymaras y los quechuas"... "Los uros después de crear una civilización original fueron presionados y progresivamente desalojados por la segunda ola constituida por los aymaras y ésta a su vez por los quechuas" (13).

Sin más preámbulos doy principio al estudio sobre los uros o puquinas dejando para después los dedicados a los aymaras y los quechuas.

CAPITULO IV

HISTORIA DE LOS PUQUINAS

UNA de las fracciones más importantes en que se dividió la raza de los arahuauques amazónicos fue la de los uros o puquinas, creadores de una cultura original cuyas huellas acusan su presencia en un extenso escenario geográfico en las regiones interandina y cisandina, mucho antes de que se desarrollaran, en estos mismos lugares, culturas superiores, llevando una vida estable y organizada.

Los conquistadores hispanos bautizaron a estos indios arahuauques establecidos en el altiplano peruano-boliviano con el nombre despectivo de uros, que son los mismos puquinas por el idioma. Desde épocas remotas vivieron en la región de Umasuyo, es decir, la región acuática del Perú precolombino.

Durante centenares de años recorrieron los lagos y ríos del extenso altiplano interandino dedicados en un principio a la caza y a la pesca de aves acuáticas siendo expertos y hábiles navegantes, pues manejaban con singular destreza sus balsas, sus embarcaciones rudimentarias que ellos mismos construían con la paja de totora, material que abunda en tupidos bosques a orillas del río Desaguadero y en los lagos Titicaca y Aullagas.

Hoy, los uros se mantienen tan puros en su sangre, en sus costumbres y tradiciones milenarias como en los días en que los aventureros blancos los descubrieron en las islas y playas de los lagos y ríos del altiplano boliviano. Por más esfuerzos que hicieron los misioneros católicos para comprenderlos y ganar su confianza y simpatía jamás la consiguieron en los primeros días de la colonia, porque esos hijos de las aguas se mantuvieron firmes e inquebrantables en la fiel observancia de la norma de vida de sus antepasados, viviendo en un forzoso aislamiento; en un hermetismo misterioso y absoluto, imposible de romper, para reducirlo al conocimiento de la religión cristiana. Fueron siempre perseguidos por los aguerridos y feroces collas de uno y otro con-

fin de la zona interandina durante millares de años sin lograr sojuzgarlos completamente. Y esta raza siempre maldita y combatida de los uros soportó, con ánimo audaz y con resignación estoica, los indecibles infortunios y amarguras de su prolongado y eterno cautiverio.

Es que esta dolorosa e insufrible esclavitud consistía en que los aymaras vencedores obligaron a los pacíficos pescadores y cazadores a trabajos forzados durante muchísimos años; con estos pobres parias hacían trasladar, durante siglos, enormes bloques de piedra, gigantescos monolitos, algunos de 15 a 20 toneladas, en sus balsas de gran desplazamiento, desde el pie del volcán Cayppia, que está a más de 60 kilómetros en la península de Copacabana, hasta el lugar en donde se construía la inmensa y ciclópea urbe de Tiahuanaco, cuyos templos, palacios, jardines y murallas rivalizaron, dignamente, con los más notables monumentos de Egipto, Nínive y Babilonia, en los días gloriosos de su mayor exaltación y grandeza.

Bajo una tiranía despótica y sangrienta, superior a la que ejercieron los faraones de Egipto con sus tristes vasallos obligándolos a levantar las enormes pirámides, los míseros ilotas del Altiplano obedeciendo ciegamente a sus feroces caudillos vencedores murieron a millares, ya enterrados vivos en los cimientos de esos soberbios edificios, ya aplastados bajo el peso de tan ingentes peñascos en la obra titánica de su construcción.

Los quechuas, como agrupación más culta e inteligente, fueron después más compasivos, más humanitarios en el trato con estos míseros vencidos del Collao, pues comprendiendo bien la suma pobreza en que vivían, a orillas de los ríos y lagos, sólo les exigieron por tributo, en señal de sumisión, que cada uno diese al mes un cañuto de piojos de tasa. "Mandó (Sinchí Roca) a los inútiles como eran los Uros, que es gente zafia y inútil, en que cada uno de ellos diese al mes un cañuto de piojos de tasa en orden a que nadie estuviera ocioso" (14).

Los incas conocedores del ingenio y habilidad de estos humildes vasallos, les confiaron la dirección de sus embarcaciones en los ríos y lagos de sus extensos dominios.

Los castellanos no ejercieron sobre estos mismos indios, el rigor y crueldad que caracterizó al despótico gobierno de los aymaras, pero les exigieron que pagaran un tributo de pescado en sus respectivas pertenencias, quedando las autoridades encargadas de hacer efectiva esta gabela imperdonable a todo pueblo conquistado. Como prueba de nuestra aserción está el siguiente documento: "Durante la visita general que el Virrey Toledo hizo del Virreynato, tasó el repartimiento de Betanzos en 1958 pesos anuales. Constaba este de 1660 personas, de las cuales 353 eran indios tributarios; 307 aymaras y 46 uros. Aquellos debían pagar al encomendero 6 pesos anuales de tributo; par-

(14).—Oliva, Juan Anello, "Historia del reino y provincias del Perú . . .", Libro Primero, editado por J. Pazos V. y L. Varela y O., Lima, 1895.

te en oro y plata, parte en ganados, chuño, maíz, aves, etc, etc. Los uros sólo pagaban 3 pesos en pescado y otras especies" (15).

PERSONALIDAD DE LOS PUQUINAS

Los uros actuales, cuyo verdadero nombre es Kjotsuñi, conservan las mismas características de la noble raza a que pertenecen. Su tipo es esencialmente mongoloide, de estatura mediana, ancho de pecho por el aire enrarecido de la puna; ojos rasgados, pómulos salientes, nariz chata, labios delgados, cráneo inclinado hacia el occipital (Láminas IX y X) como si fuera deprimido con artificio; cabellos rígidos, color renegrado por el frío glacial de las elevadas mesetas, de constitución fornida y admirablemente bien proporcionada.

A estas cualidades físicas reúne las intelectuales y morales: entendimiento claro, nobles sentimientos, gusto artístico, costumbres sobrias y constancia hasta el sacrificio en sus trabajos favoritos. Viste indumentarias originales llamadas *yrs*, *manktsi*, *tschkeri*, *urku* y la singular camisa talar con mangas cortas, que usan ambos sexos, llamada *kutsi*. Goza de alimentación sana y abundante, y de salud y vitalidad asombrosas. Estos son, en lacónico compendio, los rasgos característicos de los actuales puquinas que viven a orillas del río Desaguadero, en Bolivia.

RELIGION DE LOS PUQUINAS

Los uros o puquinas han conservado en gran parte las costumbres religiosas de sus hermanos los arahuaques de las selvas amazónicas. En un principio rendían culto al puma, al cóndor, a la serpiente y al Huarihuilca, dioses que adoptaron por suyos los collas dominadores; pero el dios principal de los puquinas fue la luna, como se ha podido comprobar en los dibujos y decoraciones de su cerámica hallada en los estratos culturales más profundos de Tiahuanaco.

Y había mucha razón para que estos hijos de las aguas adoptaran por dios principal al radiante astro de la noche porque la luna les sirvió siempre de lámpara maravillosa para poder conseguir la caza y la pesca abundantes, principales aspiraciones de su existencia.

(15).—Romero, Carlos A., "Biografía del Inca Tito Cusi Yupanqui", que precede la "Relación de la Conquista del Perú y hechos del Inca Manco II", por D. Diego de Castro Tito Cussi Yupanqui Inca. Colección de Libros y Doc. referentes a la Historia del Perú, T. II, Lima, 1916, p. XXXII.

Tenían también por dios al sol, a las estrellas y a las divinidades protectoras de los ríos, lagos, tierras, cosechas y ganados cuando dejaban su vida de pescadores y cazadores para dedicarse al cultivo de la tierra y a la domesticación de animales.

Lor uros actuales son cristianos, pues en el mismo pueblo de Iru-Itu, que no cuenta sino 40 casas, se levanta una iglesia, que es el mejor adorno de la población, donde oyen devotamente la misa y se confiesan. Después de tantos años de repugnante idolatría y de penosas excursiones y apostolados de los meritorios sacerdotes bolivianos, quienes aprendieron su difícil idioma para comprenderlos, se consiguió que estos indios, firmes y constantes en sus viejas creencias y costumbres religiosas, en su lengua y tradiciones milenarias, se convirtieran a la Santa Religión del Crucificado.

VIVIENDA DE LOS PUQUINAS

Las moradas o mansiones de los uros han sufrido una evolución bien marcada en el decurso de los siglos. Las primitivas habitaciones que construyeron los arahuques amazónicos fueron subterráneas, y ellos mismos las excavaron en el suelo para ponerse a salvo del frío glacial de la puna; después se levantaron en forma de círculo, como se admira actualmente en los kullpis y chulpas del Altiplano, de Churajón y Polobaya. (Láminas XI, XII, XIII, XIV, XV y XVI).

Las viviendas de los actuales uros de Iru-Itu son hechas en forma rectangular, sin calles delineadas, todas las casas agrupadas en un sólo lugar, con pequeñas avenidas hacia la ribera del río, donde se levantan sus astilleros.

VIDA Y OCUPACION DE LOS PUQUINAS

Después de prolijos estudios arqueológicos y etnográficos se ha podido comprobar que los arahuques, en su milenaria residencia en el altiplano peruano-boliviano, llegaron a un progreso cultural harto importante. Estos fueron, sin duda alguna, los autores del Primer Período de Tiahuanaco, y las obras que construyeron en esa remota edad nos hablan, con lenguaje mudo pero elocuente, del estado asombroso de adelanto a que llegaron sus ciencias y sus artes. Trajeron de la región amazónica a la andina, la práctica de las deformaciones craneanas, no por motivo de distinción de raza, de culto y de estética como lo usaron los pueblos primitivos en varios lugares del mundo, sino por fines frenológicos, esto es, que las deformaciones hechas por los antiguos arahuques del altiplano interandino tenía efecto de gran trascendencia en el desarrollo o atrofia de las circunvoluciones cerebrales para los fines que

destinaban a los operados. Con el desarrollo o atrofia de ciertas localizaciones cerebrales se facilitaba a unos el rápido despertar de las facultades intelectuales y a otros —anulando o restringiendo la vida intelectual— se les facilitaba el bienestar y florecimiento físico, el desarrollo y vigor de los músculos para cumplir con éxito satisfactorio, la misión de esfuerzo y de trabajo corporal a que se les condenaba al nacer. Después los aymaras y los quechuas imitaron, fielmente, esta costumbre singular en la deformación de los cráneos. Así a los amautas o sabios y a los sacerdotes se les deformaba la cabeza en forma vertical o levantada como una torre y a los destinados a la estrategia militar les aplastaban la región frontal dejando libre la occipital.

La textilera llegó entre los uros a un alto grado de perfección. Los tejidos de plumas multicolores urdidos con hilos finísimos de lana constituyeron el arte simbólico decorativo por excelencia de esta raza. Prueba ello el descubrimiento de cuarentitres mantos de estas maravillas del arte plumario de los antiguos peruanos, que efectúe el 15 de enero de 1943, en una huaca de la Hacienda "Hispana", distrito de Andaray, provincia de Condesuyos, departamento de Arequipa, los que se hallan en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología de la Magdalena, en Lima. También el Museo Etnológico de Berlín ostenta entre sus tesoros uno de estos objetos artísticos. Los dibujos y decoraciones de su tosca cerámica nos hablan del concepto puro y delicado que tenían del arte. (Lámina XVII).

Para darse cuenta de la capacidad intelectual de los uros y de sus costumbres favoritas ha sido menester estudiarlos en su propio pueblo de Iru- Itu como lo han hecho con éxito satisfactorio los sabios Alfredo Metraux, Paul Rivet y, especialmente, Arturo Posnansky, quienes en sus investigaciones etnológicas y etnográficas han podido descorrer el velo que ocultaba el genio y habilidad que siempre caracterizó a este pueblo víctima de sus poderosos conquistadores.

La ocupación predilecta del uro, es la construcción de balsas de totora para navegar y vivir sobre las aguas. En la construcción de estas elegantes y esbeltas embarcaciones han manifestado una destreza y habilidad extraordinarias. No se puede pedir mayor perfección en este arte singular. Por más esfuerzos que han desplegado los aymaras y los quechuas por conseguir sobrepujar a los uros en esta industria no lo han podido.

Cuando el viajero visita esos apartados lugares del Desaguadero, ávido de conocer los restos vivientes de una raza milenaria, que está en vías de su completa desaparición, lo primero que observa es el número de astilleros donde se construye infinidad de balsas. En realidad de verdad, esta es la industria principal de toda la población, industria que les enriquece en el comercio que tienen con todos los demás indios del Altiplano, quienes hacen largos y penosos viajes por conseguir dichos transportes a precios subidos o en cambio de lanas o de comestibles. (Lámina XVIII).

Los uros, en esas confortables embarcaciones, recorren velozmente todas las regiones, aun las más difíciles de transitar del río Desaguadero, cuyas cié-

nagas y pantanos, canales y bosques de totora conocen a la perfección; en sus largas excursiones llegan hasta el lago Titicaca que lo exploran en gran parte.

Durante ciertas épocas del año, propicias para la pesca, casi todas las familias del mencionado pueblo, instaladas en estas cómodas embarcaciones, abandonan por algún tiempo sus hogares para recorrer en todas direcciones el río legendario, último baluarte de sus tiempos y de sus glorias pasadas, en busca de los codiciados y sabrosos peces como el suche, la boga, el kjarachi y el mauri que abundan en ciertas regiones bien conocidas por ellos. También dedican gran parte de su actividad a la caza de aves acuáticas que, en grandes bandadas de gallinetas, patos, huallatas, gaviota y flamencos, pueblan las numerosas islas y riberas de las aguadas y lagunas de toda esa región húmeda del Desaguadero.

Estas gentes lacustres conocen, además, los vientos de cada estación y la hora precisa en que empiezan a soplar en sentido favorable para desplegar las velas trapezoidales de totora que los llevarán a largas distancias. Las mallas, redes, cortinas y cercados en forma angular que emplean para la caza y la pesca son tan perfeccionadas e ingeniosas que llaman vivamente la atención de quienes los visitan para estudiar sus costumbres y tradiciones. Y en los días que les dan tregua sus rudas labores de explorar las aguas, dedicanse, hombres y mujeres, a la manufactura de esteras o alfombras de totora y de paja brava, objetos que por lo bien confeccionados y mejor presentados son buscados por los cholos e indios de los pueblos distantes para el adorno de sus casas.

Como se ve, la ocupación favorita del indio uro es la de navegar, vivir en continuo contacto con el agua, bañarse, zambullirse en ella con frecuencia como verdaderos batracios en busca del exquisito pescado que les da la vida y así estar satisfechos de su mísera existencia, que ellos la consideran como la más feliz y venturosa de este mundo.

El continuo contacto que tuvo este pueblo de navegantes con las aguas de sus ríos y lagunas de sus extensos dominios fue causa poderosa para que fuera amigo de la higiene, de la limpieza, como ningún otro en la América precolombina. El baño diario y continuo no les permite acumular, sobre sus personas y vestidos, la mugre repugnante y olor nauseabundo de que hacen tristísima ostentación los demás indios quechuas y aymaras de la extensa meseta andina.

EXTENSION GEOGRAFICA DEL ANTIGUO IMPERIO DE LOS UROS

Quando los españoles tomaron posesión del Collao, los uros o puquinas se hallaban diseminados por la extensa planicie boliviana formada por los lagos Titicaca, Poopó, Coipasa y el Salar de Uyuni, abarcando desde el grado

15 hasta el grado 22 de latitud sur; pero esta relativa extensión que ocupaban los uros, mezclados con los aymaras, no era sino una parte del dilatado imperio que formaron en la antigüedad, cuyos límites eran: por el norte, el lago Titicaca, comprendiendo toda la extensa meseta interandina peruano-boliviana hasta la frontera argentina, y por la costa, desde el norte de Arequipa hasta el puerto de Cobija, lugar que marcaba la frontera con los changos, dueños del litoral chileno. La extensión geográfica ocupada por esta raza primitiva era casi tan grande como la del imperio aymara que le sucedió en esos mismos dominios después de constantes y encarnizadas luchas entre ambos pueblos en el decurso de muchos siglos. (Lámina XIX).

De esta misma región que ocupaban en la antigüedad los uros no les queda ahora sino una lengua de tierra, sobre la margen del río Desaguadero, que mide cerca de 1500 metros de largo por 800 de fondo. Llanan a este lugar Hanco-Hake; y en idioma uro Iru-Itu. También hay indios uros en la ribera opuesta al mencionado río, pero ya se han asimilado a los aymaras, de suerte que difícilmente se les puede reconocer como tales porque usan ya el vestido y el habla de sus dominadores.

“Los indios de Iru-Itu —dice Posnansky— son los únicos que, con valor y orgullo, con persistencia digna de sus remotos antepasados, han conseguido evitar la intromisión de los por ellos odiados elementos aymaras, y aún son dueños exclusivos del enorme totoral que principia a extenderse desde cerca de la desembocadura del Desaguadero hasta el sitio donde tienen su actual residencia terrestre” (16).

En efecto, toda esa considerable extensión de tierras denominada Hanta-Palayani, es considerada por los mismos aymaras de propiedad de los uros, pues cuando aquellos desean cortar totora para sus balsas tienen que pagar tributo a las autoridades respectivas del mencionado pueblo.

Como se ve, a este estado de miserable confinamiento han quedado reducidos los restos vivientes de aquella noble raza de arahuques lacustres que, con titánico y valeroso esfuerzo, empezaron a poner los cimientos de aquel grandioso edificio de la civilización tiahuanacuense y que, si el Gobierno boliviano no presta las facilidades necesarias para su conservación, pronto, muy pronto, llegarán a su completo ocaso.

CAPITULO V

LOS UROS O PUQUINAS JUZGADOS POR LOS VIEJOS
CRONISTAS, ESCRITORES Y VIAJEROS

CON lo que acabo de exponer sobre el origen, personalidad y cultura de los indios uros me creo suficientemente autorizado para declarar que la mayor parte de los conceptos vertidos, en muchos libros, por los antiguos cronistas españoles concernientes a estos aborígenes son falsos por los errores que encierran. Voy a probarlo:

Los conquistadores hispanos, al recorrer detenidamente todos los parajes del altiplano boliviano en busca del oro que tanto codiciaban, tuvieron palabras de elogio, de aplauso clamoroso para los pueblos que les rindieron pleito homenaje de sumisión y vasallaje. Y esta bondad y simpatía que dispensaron los barbados para con los vencidos eran más francas, más generosas cuando los vasallos les presentaban ricas ofrendas de metales preciosos.

Por eso, los indios sumisos con el fin de gozar de la confianza y el aprecio del despótico y orgulloso vencedor hacían largos y penosos viajes a lugares ricos en yacimientos auríferos y argentíferos para traerles todo el oro y la plata que podían cargar sobre sus espaldas.

Los aymaras les ofrecieron desde los primeros días del coloniaje el estaño y la plata de sus numerosas minas, inagotables en estos metales; los quechuas les brindaron, con generosidad nunca vista, todo el oro acumulado en los templos y palacios del Imperio del Sol, que constituía el valioso patrimonio de los Incas, tesoro avaluado en miles de millones de soles de nuestra moneda. Infinidad de buques surcaron los mares del Pacífico y del Atlántico, durante cerca de tres siglos, llevando tan preciosa carga para locupletar las arcas del tesoro de la corona de los Reyes de España.

Y esta riqueza inmensa de la que no existe parangón en la historia, por una aberración inexplicable en los destinos de la raza, labró paulatinamente la mayor desgracia del Imperio de Carlos V y de Felipe II; imperio que por

lo extenso, rico y poderoso llegó a ser el más grande que registran los anales de la historia de la humanidad. El oro del Cuzco y la plata de Potosí, y el éxodo de toda clase de gente hacia las promisoras tierras americanas, paralizaron las maquinarias y los hornos de las industrias españolas y las fomentaron y multiplicaron en los demás países europeos con el pedido constante de mercancías que hacían todos los pueblos hispano-americanos, estados que nacían, crecían y florecían desplegando todas sus actividades para su mayor progreso y engrandecimiento en el mundo nuevo descubierto por Colón. La riqueza cuando no es bien empleada y aprovechada por las naciones o imperios poderosos les sirve de vehículo nefasto para precipitarse en el abismo de su decadencia. La historia comprueba esta verdad con argumentos convincentes e incontestables.

Volviendo al asunto que trato de dilucidar en estas páginas, los indios uros no eran metalurgistas, es decir, no tuvieron jamás atractivo alguno por los metales, especialmente por los preciosos, objetos de tanta codicia de parte de los extranjeros victoriosos. Sus industrias de caza y de pesca no les permitía dedicarse a la extracción de minerales porque no les reportaba casi ninguna utilidad para los intereses que ellos perseguían con tanta abnegación y sacrificio. Y prueba de ello es que en el subsuelo habitado por estos aborígenes desde épocas remotas no se ha podido encontrar sino algunos *tupus* o alfileres de cobre cuya parte superior tenía la forma de media luna y que los usaban para sostener ciertas prendas de sus vestidos. (Lámina XX). También se han descubierto algunos objetos del mismo metal que destinaban al mejor éxito de sus ocupaciones predilectas; pero, hasta el presente, no se ha conseguido en dicha vasta zona arqueológica ninguna lámina o pieza de oro o de plata que delate el amor o afición de estos míseros pescadores al resplandor de las gemas y metales preciosos.

Ahora bien, esta suma pobreza de los uros en materia aurífera, unida a su ingénita indiferencia por todo aquello que no les reportaba ninguna utilidad positiva en su vida de batracios y lobos de ríos y lagos, les concitó el desprecio por parte de los conquistadores hispanos. Estos ensoberbecidos por sus fáciles triunfos, manifestaron, desde un principio, profunda repugnancia y animadversión por esta tribu de indios tan estrafalarios en sus costumbres, en su religión y maneras de pensar y de vivir. Es esta razón principal por la que hablan siempre de ellos en términos hartos injuriosos, despectivos y denigrantes. "Y este mal juicio —agrega Posnansky— era copiado de unos a otros hasta hoy. Por supuesto que un pueblo conquistado, en pleno martirio y persecución; un pueblo sin patria no puede conservar mucho de su antigua nobleza, y con ellos pasó lo que ha acontecido siempre, que los asimilados eran luego los peores enemigos de su propia raza" (17).

Este concepto, erróneo, falso y absurdo que injustamente se formaron,

(17).—Posnansky, Arthur, o. c., p. 61.

los primeros exploradores del Collao, de la vida y personalidad de los uros, reprodujeron y exageraron en demasía los cronistas, los historiadores y viajeros de los siglos XVI y XVII, quienes nunca se dieron el trabajo de conocer, personalmente, las estratégicas regiones ureñas, ni tampoco pudieron hablar con los indígenas para comprenderlos. Todos los laudabilísimos esfuerzos que desplegaron los infatigables misioneros católicos —como ya dejé dicho— en los primeros años del Coloniaje para conquistarlos y convertirlos a la fe cristiana fueron completamente inútiles.

Es necesario recordar lo que dice el Padre Antonio de la Calancha en su “Corónica Moralizada” sobre la personalidad física, intelectual y moral de los uros y de sus antiguos habitantes:

“A la Provincia de Paria —dice el citado religioso—, que nos dió el ilustre bienhechor Lorenzo de Aldana, vecino encomendero de este repartimiento que cae en Potosí y la ciudad de Chuquiago, y se extiende hasta la villa de Cochabamba con riquísimas administraciones de ganados mayores y menores, dispuestos para santos efectos y los más indios que la habitan son indios *uros*, gente la más bárbara del Perú, obscena y renegrida; come la carne cruda, habitan en los lagos, y sólo se inclina a las lagunas”. . . Y en otra página del mismo libro agrega lo siguiente: “Son aquellos pescadores de la laguna y los isleños de aquel archipiélago, gente beligerá, guerreadora, soberbia, inconstante, vil, temática, temeraria en lo que intenta y sin miedo de la justicia en lo que acometen, o porque tienen fácil la huída o porque es a propósito la emboscada, o porque es dificultoso el prenderlos, o porque los más aborrecen de muerte a los españoles, y les enamora poco la luz evangélica” (18).

José Toribio Polo, en su magistral trabajo titulado “Indios Uros del Perú y Bolivia” (19) ha transcrito importantísimas notas bibliográficas de los primeros cronistas que han tratado sobre la vida y costumbres de los uros, datos valiosos que he aprovechado para conocer a fondo el juicio y común sentir de los primeros escritores del Coloniaje sobre estos indios tan aborrecidos.

El Padre Acosta, dice: “Cría el Titicaca gran copia de un género de junco que llaman los indios *tотора* de la cual se sirven para mil usos, porque es comida para puercos y para caballos y para los mismos hombres; y de ella hacen casa, fuego y barco y cuanto es menester, tanto hallan los uros en su *tотора*. Son éstos *Uros tan brutales* que ellos mismos no se tienen por hombres sino por Uros como si fuera otro género de animales. Halláronse pueblos enteros de uros que moraban la laguna en sus balsas de *tотора* trabadas entre sí y atadas a algún peñasco, y acaéciales llevarse de allí, y mudarse todo un pue-

(18).—Calancha, Antonio de la, “Corónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú. . .”, Barcelona, 1638, p. 80.

(19).—Polo, José Toribio, “Indios Uros del Perú y Bolivia”. En “Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima”, Lima, 1901, T. X, p. 445-482.

blo a otro sitio y así buscando hoy a donde estaban ayer, no hallarse rastro de ellos ni de su pueblo" (20).

Ahora bien, para comprobar que otros escritores no hacían otra cosa que copiar fielmente lo que otros cronistas escribieran sobre los uros, reproducimos los juicios que vierte Antonio Herrera en su "Historia General de las Indias": "Tiene, dice este cronista, la laguna de Chucuito, de largo 35 leguas y 15 de ancho: cría gran copia de ese junco que llaman *tatora* que es comida para *caballos* y *puercos*, y los indios uros hacen de ella casa, comida y barcos y cuanto han menester. Estos uros son tan salvajes que preguntándoles quienes eran, respondían que no eran hombres sino uros, como si fueran otra especie de animales. En la laguna se hallaron pueblos enteros de éstos que moraban en ella en balsas de *tatora* atadas a un peñasco y cuando querían se mandaba todo un pueblo a otra parte" (21).

Garcilaso de la Vega los califica a dichos indios de "rudos y torpes" (22).

El cosmógrafo Juan López de Velasco los tilda de "gente inútil y ociosa" (23).

El Padre Bernardo de Torres, los señala con el apelativo de "*rudísimos* y sobre todo encarecimiento *bárbaros*" (24).

El respetable religioso Ludovico Bertonio en su "Vocabulario de la Lengua Aymara" dedica a los uros estas frases despectivas: "Uro, una nación de indios despreciables entre todos, que de ordinario son pescadores y de menos entendimiento" (25).

El doctor Víctor M. Maurtua, gran internacionalista, en el juicio de límites entre el Perú y Bolivia en 1906, presentó como prueba peruana al Gobierno de la República Argentina, que sirvió de mediadora, un texto importantísimo de Baltasar Ramírez del año 1597 en el que se hace mención de los uros. "Los indios uros —apunta dicho autor— es gente que vive en las lagunas, como en la laguna de Chucuito y en la de Paria y en otras partes. Estos hacen sus casas en el agua sobre unas balsas de heno o enea que en el Perú llaman *tatora*. Visten mal y comen, fuera del pescado, lo que pueden hurtar de los comarcanos de la tierra; es gente ruda y tosca y casi hostil. No sabían pagar tributo ni sirven, y en la visita general que hizo don Francisco de Tole-

(20).—Acosta, José de, "Historia Natural y Moral de las Indias", Sevilla, 1590, p. 95.

(21).—Herrera, Antonio de, "Historia General de las Indias" (Décadas), Madrid, 1601, Cap. XIII.

(22).—Garcilaso de la Vega, el Inca, "Comentarios Reales..." Lisboa, 1609, T. I, p. 225.

(23).—López de Velasco, Juan, "Geografía y Descripción Universal de las Indias, recopilada desde el año de 1571 al 1574". Publ. por Justo Zaragoza, Madrid, 1894, p. 505.

(24).—Torres, Bernardo de, "Crónica Moralizada de la Provincia del Perú del Orden de San Agustín...", Lima, 1653, L. 1º, p. 125.

(25).—Bertonio, Ludovico, "Vocabulario de la lengua aymara", Juli, 1612. (Publicado de nuevo por Julio Platzmann, Leipzig, 1879), p. 380.

do los hizo empadronar y poblar fuera del agua, y así ahora tributan y sirven en doctrina y algún concierto" (26).

Militan de igual manera en la falange de los enemigos de los pobres parias del Collao otros cronistas y escritores notables como Lizárraga, Matienzo, Ramos Gavilán, Salmerón, Cobo, Cosme Bueno, Squier, Billenghurst, etc., etc. Y el mismo José Toribio Polo, quien escribió páginas importantes sobre la historia de los uros, no pudo sustraerse del falso concepto que se habían formado de ellos los cronistas y escritores que acabo de mencionar, pues declara con notoria injusticia "que son hoy tan torpes y agrestes como entonces, viviendo cual trogloditas en las cavidades de algunos cerros que orillan el lago... , de suerte que apena el contemplarlos, y que nos recuerdan, aun sin quererlo, al lapón o al esquimal" (27).

El doctor José de la Riva Agüero dedicales, también, epítetos harto denigrantes: "Los Uros, en gran manera dolicocefalos, *bestiales sobre toda ponderación*, menos cazadores y pescadores son por la lengua los mismos puquinas" (28).

Pero lo que llama grandemente la atención es que Cieza de León, el príncipe de los cronistas españoles, no haya dicho nada sobre la vida y costumbres de los uros. Probablemente no quiso, este distinguido escritor, hacer constar en sus crónicas tan respetables las sinrazones y patrañas que se inventaron en su tiempo contra estos pobres indios porque él no los conoció ni trató personalmente.

De todo lo dicho se deduce, como conclusión lógica, que la mayor parte de los cronistas al hablar de la vida y costumbres de los uros yerran miserablemente. Los conquistadores hispanos nunca pudieron comprender la idiosincrasia de estos arahuques del Altiplano y por este delito les dedicaron los epítetos más despectivos y denigrantes que acabamos de ver.

Sin embargo, esta raza milenaria salvó del naufragio seguro de siglos de sangrienta persecución por el genio extraordinario que desplegaron en su defensa. Como eran eximios navegantes conocieron muy bien los lagos, islotes, pantanos, ciénagas, canales y bosques de totora de la extensa región fluvial interandina, y el conocimiento de esos lugares estratégicos les sirvió de táctica invencible contra los constantes y sangrientos ataques de que fueron objeto de parte de los indomables collas.

El hecho de vencer, de humillar a un pueblo, privarle del derecho de hombres, reduciéndolos a la más ignominiosa servidumbre, como lo fueron los inteligentes y valerosos habitantes de la ciudad de Yllos, por los espartanos victoriosos o los parias de la India, por motivos ancestrales de raza, no

(26).—Ramírez, Baltazar, "Descripción del Reino del Perú...", México, 1597. En "Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia; prueba peruana presentada por V. A. Maurtua", T. I, Madrid, 1906.

(27).—Polo, José Toribio, o. c., p. 5.

(28).—Riva Agüero, José de la, o. c., p. 292.

da derecho para que el escritor los trate como gente bárbara e inculta y bestial sobre toda ponderación. Proceder así en contra de una raza siempre perseguida, vencida y humillada es la mayor injusticia que puede cometer un historiador culto y erudito que investiga los acontecimientos históricos con un criterio amplio, imparcial y justiciero a fin de dar autoridad científica a su relato.

Decir que los uros fueron y son gente zafia e idiota, bárbara y despreciable porque viven en miserables *chujllas* a orillas del río Desaguadero, o por que se alimentan de raíces de totora, de pececitos y de aves en las lagunas, como lo dice y afirma Alfonso Ramos Gavilán, es juzgar las cosas con un criterio estrecho y pueril, indigno de una persona ecuánime y sensata. Juzgar a una agrupación étnica únicamente por meras apariencias accidentales sin tener conocimiento de su capacidad intelectual ni de su valor moral es un error incalificable, un defecto imperdonable. Y este error, digno de todo vituperio, comentieron la mayor parte de los cronistas, escritores y viajeros que han tratado de los indios uros desde el siglo XVI hasta nuestros días.

Sólo después que estos pobres indígenas han sido estudiados por grandes hombres de ciencia bajo el punto de vista antropológico, etnográfico y lingüístico se empieza a hacerles justicia; se les trata con criterio más humano y comprensivo; se les compara con los demás indios del altiplano boliviano en capacidad intelectual, en sus costumbres y prácticas religiosas. Ha sido menester llevar a feliz realización abnegados y prolijos estudios para que la crítica científica levante el enorme peso de la infamia que los oprimía, que los asfixiaba durante cuatro siglos.

Esto nos prueba, paladinamente, que hay errores históricos que perduran de generación en generación durante siglos como verdades incontestables, difíciles de rectificar y corregir. Si no se hubieran descubierto, casualmente, las hermosas ruinas de Pompeya y de Herculado, ciudades enterradas por las lavas y cenizas del Vesubio el año 79 de Jesucristo, ruinas en las que el arqueólogo ha constatado a la luz radiante de los restos encontrados, la religión, moralidad y tradiciones originales, nunca se hubiera podido enmendar y corregir errores garrafales que se enseñaban con visos científicos sobre la vida y costumbres del pueblo romano; pueblo que llegó a ser dueño de los destinos del mundo antiguo.

Casi idéntica cosa ha pasado con la historia de los indios uros, con la única diferencia que éstos no fueron enterrados por lavas de volcanes en erupciones atronadoras, sino que durante siglos fueron azotados por un diluvio de difamaciones y calumnias grotescas, y sólo hoy, merced al estudio detenido, prolijo, que se ha hecho de ellos, se ha logrado conocer que estos uros tan odiados y perseguidos no son tan cretinos y bestiales como los pintan los cronistas hispanos y muchos escritores y viajeros, sino que son antropológicamente de capacidad intelectual superior a los demás indios de la región altiplánica y que conservan actualmente, aunque en escasa población, con orgullo y altivez, su anhelada independencia, contestando al viajero que los interroga: "Nosotros

somos los más antiguos de esta tierra; antes que el sol se escondiera por largo tiempo ya estuvimos aquí”.

Doy término a este estudio dedicado a los cronistas con estas sabias palabras del doctor Manuel G. Suárez Polar, ilustre catedrático de Historia de América y de Arqueología de la Universidad de San Agustín de Arequipa: “Si al estudiar —escribe el prestigioso maestro— las culturas altiplánicas encontramos que existe disconformidad entre lo que dicen las ciencias arqueológicas, geológicas, etnológicas, etc., etc. y lo que relatan los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII, no debe llamarnos la atención, ya que cuando éstos llegaron florecía la civilización del incanato, y mejor dicho era la última, y como tal, había dejado mayores huellas y aún podía recogerse de fuentes vivas su historia, y por eso que todos estudiaban prescindiendo de las civilizaciones anteriores que ya habían declinado como la civilización de Tiahuanaco” (29).

(29).—Suárez Polar, Manuel G., “Lecciones de Arqueología”, Universidad del G. Padre San Agustín, Arequipa, 1936.

CAPITULO VI

LOS UROS O PUQUINAS EN LA REGION AREQUIPEÑA

YA he tratado ampliamente en los capítulos anteriores de la verdadera personalidad de los indios uros y de la extensa región que ocuparon en la antigüedad, formando un dilatado imperio tan grande y poderoso como el de los aymaras y los quechuas que les sucedieron en esos mismos dominios. Se sabe también, por la relación que hacen los cronistas y viajeros, que en tiempos del descubrimiento de la América por Colón los uros se hallaban en plena decadencia y que después de haber sostenido una lucha milenaria con los aguerridos collas fueron confinados a vivir por el despótico vencedor en las regiones lacustres de la altiplanicie boliviana en toda la extensa cuenca formada por los lagos Poopó, Coipasa y el solár de Uyuni, pequeño territorio si se compara con el que ocupaba esta raza singular en los días de su mayor auge y poderío. Asimismo he señalado el actual hábito de estos míseros ilotas en las márgenes del río Desaguadero, en la isla Panza, en el lado norte del lago Coipasa donde forman pequeños grupos o familias en número reducido, dedicados a la pesca y a la caza, vida y ocupación que llevaron sus primitivos antepasados.

Ahora me propongo demostrar, con argumentos convincentes, que estos uros de raza y cultura arahuques, sempiternos moradores de las regiones acuáticas de la gran altiplanicie peruano-boliviana, invadieron en épocas remotas toda la extensa región del alto y bajo Arequipa dejando huellas inequívocas de sus costumbres, de su cultura y de su idioma en su larga permanencia en estos paradisíacos lugares que dominan y protegen los tres grandes colosos de la Cordillera Occidental Marítima: el Chachani, el Misti y el Pichu-Pichu.

Para poner de realce esta verdad que durante muchos siglos estaba bajo el caliginoso manto del mito, de la leyenda histórica, me apoyo en sólidas ra-

zones, de gran valía en el terreno científico, que darán mucha luz en la materia, objeto de mis caras investigaciones. Estas pruebas, que son de índole histórica, antropológica, etnográfica y lingüística, las expondré sucesivamente para mayor facilidad y comprensión.

TESTIMONIOS HISTORICOS Y ARQUEOLOGICOS

Ante todo, séame permitido rendir los sinceros homenajes de gratitud y admiración a la memoria del infatigable y culto americanista español D. Marcos Jiménez de la Espada, quien con su obra monumental: "Relaciones Geográficas de Indias", publicada por el Ministerio de Fomento Español de 1881 a 1897 (30), ha hecho conocer preciosos manuscritos que tratan sobre la geografía e historia de varios países de la América hispana, datos importantísimos, de inapreciable valor para el historiador imparcial y veraz que busca anheloso documentos auténticos en los viejos archivos para dar prestigio y autoridad científica a sus narraciones históricas.

En esta obra magistral, venero inagotable de informaciones geográficas e históricas, en las páginas 25 y 27 de los apéndices, se hallan consignadas valiosas indicaciones dadas por Juan Lorenzo Machuca, siendo la principal la carta escrita en Potosí el 8 de noviembre de 1581, en la que hace mención especial de los indios uros en estas frases que las trascibo fielmente: "En la Ensenada de Atacama, que es donde está el puerto (Cobija) hay cuatrocientos indios pescadores uros. Asimismo en el término y contorno de Tarapacá que es del puerto de Pisagua é Hique-Hique donde hay indios uros pescadores, hasta el puerto de Loa, hay muchas ruinas. . .".

"El repartimiento de los herederos de Lucas Martínez Begazo es jurisdicción de la ciudad de Arequipa y tendrá como 2000 indios aymaras y más de 1000 indios uros pescadores en el dicho distrito".

El notable etnólogo Paul Rivet, varias veces citado en este libro, al comentar el texto del factor de Potosí, Juan Lorenzo Machuca, dice: "Es necesario fijarse en el mapa que hemos esbozado del antiguo territorio ocupado por los uros para ver que se ofrecieron a estos hijos de las aguas vías naturales y fáciles para descender desde las altas planicies andinas a los valles y bajas llanuras de costa. Los uros que moraban en las comarcas del lago Titicaca llegaron fácilmente a la región de Arequipa por la cuenca del río Vitor o Chili o por la vía que sigue el tren de Puno a Mollendo y por las vertientes del río Tambo. Los que vivían en las regiones del lago Coipasa ganaron la costa

(30).—Jiménez de la Espada, Marcos, "Relaciones Geográficas de Indias". Publ. por el Ministerio de Fomento. Recopilación, introducción y notas de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1881-1897.

de Pisagua por la quebrada de Camiña, y los vecinos de la provincia de Lipes llegaron al puerto de Cobija por el río Loa" (31).

Resta saber hasta donde abarcaba la jurisdicción de Arequipa, en cuyos dominios, según se ha dicho, habían más de dos mil indios uros. Esta incógnita la resuelve el cronista Antonio de Herrera en su "Historia General de las Indias" (Décadas), editada en Madrid en 1601, en el capítulo 20, página 56, dice lo siguiente: "La jurisdicción de Arequipa comprendía en realidad la provincia de Condesuyos al noroeste de Arequipa; los pueblos de los Hubinas en las primeras vertientes del río Tambo; Collaguas sobre el río Colca al norte de Arequipa y Quinistacas sobre uno de los afluentes del río Tambo".

Pero por los informes que dan los cronistas Ramos Gavilán, Calancha, Balboa, Matienzo y López de Velasco sabemos que los uros habitaban cerca de Arequipa al manifestar que mientras los conquistadores no aspiraban sino a repartirse el rico botín de todos los pueblos que sojuzgaban, los padres mercedarios Sebastián de Castañeda, Francisco Jiménez, Juan Pérez, Antonio de Avila se encargaron de predicar a los indios uros el Evangelio y de convertirlos a la fe en los pueblos de Characato, Capachica y Huarina.

Por la relación que hacen los cronistas citados y por la acertada explicación que da el más sabio americanista actual, Paul Rivet, no dudamos en afirmar que "el poderoso estado puquina, fundado en la vasta altiplanicie interandina, dilató sus dominios hasta el Océano Pacífico para unirse con sus hermano los Changos, quienes durante millares de años recorrieron toda la costa del Perú para establecerse definitivamente en el norte de Chile y formar allí un reyno estable en lucha constante con los araucanos del sur" (32).

El padre de la arqueología nacional, Max Uhle, fundamentando sus argumentaciones en hechos históricos, arqueológicos y toponímicos da por límites del antiguo imperio de los uros los siguientes: "Por el norte, la ribera septentrional del lago Titicaca y el valle de Arequipa; al oeste, el Pacífico; al este, el río Cotagaita; y al sur, la parte superior del río Loa" (33).

Carlos Troll, en su conceptuoso estudio sobre las civilizaciones andinas, declara lo siguiente: "Los Uros han tenido que desplazarse desde los alrededores de Arequipa y de la costa del Pacífico hacia el sur, hasta Lipes y Chichas" (34).

Pedro Villar Córdova, prestigioso sacerdote e ilustre arqueólogo nacional confirma las anteriores declaraciones de tan notables hombres de ciencia, diciendo: "Los Uros y Puquinas se extendieron desde el lago Titicaca, en cu-

(31).—Rivet, Paul, o. c., p. 219.

(32).—Santa Cruz, Joaquín, "Los indígenas del norte de Chile antes de la conquista española". en "Revista Chilena de Historia y Geografía", Año III, Santiago de Chile, 1913, p. 38.

(33).—Uhle, Max, "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna". En "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos", II, Quito, 1919, p. 11.

(34).—Troll, Karl, o. c., p. 177.

yas islas tenían sus moradas a orillas del río Desaguadero desde épocas muy remotas hasta la Cordillera Volcánica de Tacna, Moquegua y Arequipa, en cuyas vertientes se establecieron casi hasta el litoral marítimo" (35).

En realidad, los uros o puquinas lacustres invadieron las zonas alta y baja de Arequipa por tres vías bastante accesibles como explica Rivet: por la garganta del río Chili que después de recorrer hacia el Pacífico algunos kilómetros toma el nombre de río Vitor, y también por la actual ruta que sigue el ferrocarril de Arequipa a Puno; y por las primeras vertientes del río Tambo. Seré más explícito en estas afirmaciones:

Siguiendo las huellas que han dejado los puquinas, podemos afirmar que empezaron su éxodo hacia el Pacífico, desde los primeros siglos del cristianismo; franquearon la Cordillera Occidental Marítima y siguiendo el curso de los ríos Chili y Tambo, que sirvieron de pódicos en su progresión inmigratoria, llegaron hasta las playas del Pacífico. Las últimas y principales invasiones de estos aborígenes, se efectuaron siguiendo el curso de las vertientes del Tambo, río que por las continuas excursiones que hicieron durante millares de años las diversas tribus del Altiplano constituyó la gran vía fluvial de comunicación entre la Sierra y la Costa.

Las primeras poblaciones que fundó esta ola migratoria en su marcha hacia la costa, fueron las de Ychuña y de Ubinas, en las primeras estribaciones de la Cordillera Volcánica, y por los desfiladeros norte y sur del Pichu-Pichu penetraron en las fértiles regiones de los actuales distritos de Chiguata, Pócsi, Quequeña y Puquina, lugares que por la buena calidad del terreno vegetal y la abundancia de manantiales son excelentes para la caza, la pesca y el pastoreo de rebaños.

Dueños los uros o puquinas de la región alta del valle de Arequipa, formaron numerosas agrupaciones en los actuales pueblos de Chiguata, Piaca, Uzuña, Polobaya, Churajón, Chilata, Sechi y Puquina. Siguiendo el curso del río Tambo tomaron posesión del ubérrimo valle del mismo nombre, cuyas extensas planicies surcaron con numerosos canales de irrigación.

Otra corriente migratoria penetró por la cuenca del río Chili, entre el Chachani y el Misti, vía que actualmente comunica Arequipa con la provincia de Caylloma y algunos pueblos del departamento de Puno. Estos uros invasores tomaron posesión, por vez primera, de la extensa llanura arequipeña formando los pueblos de Characato, Paucarpata, Sabandía, Yarabamba, Sogay y Socabaya, hasta unirse con sus hermanos de Polobaya, Churajón y Puquina por las grandes cañadas de los ríos Cacana, Totorani y Poroto. Estas invasiones al páramo arequipeño tuvieron lugar cuando los uros o puquinas, azotados por grandes calamidades en la Altiplanicie y por las sangrientas persecuciones de los aymaras, se vieron obligados a abandonar su querido y mi-

(35).—Villar Córdova, Pedro E., "Las Culturas Pre-hispánicas del Departamento de Lima", Lima, 1935, p. 53.

lenario solar. De estos éxodos forzosos de los puquinas me ocuparé más adelante.

Fueron, pues, los uro-puquinas los primeros que tomaron posesión del extenso páramo arequipeño y quienes, para asegurar sus industrias y comercio, fundaron sus principales ciudades en lugares prominentes y estratégicos para defenderse contra posibles invasiones de sus ancestrales enemigos, los indomables collas, que en lucha de siglos, lograrían desplazarlos de sus primitivas mansiones lacustres del vasto altiplano interandino. Posiblemente, estos primeros exploradores puquinas, fueron los que grabaron los petrogrifos ideográficos y simbólicos que existen en la roca volcánica de la Rinconada de Uzuña y en el granito en el alto de la Caldera a ocho leguas al norte de la ciudad de Arequipa.

Si como sostiene Riva-Agüero los changos “avanzaron por la depresión de la cordillera en la cuenca del Marañón hasta el Océano Pacífico para ocupar con el nombre de Changos las costas de Tarapacá y las del Norte de Chile”, no pudieron ser los primeros en tomar posesión de las regiones que dominan el Misti y el Pichu-Pichu.

“Los changos —dice D’Orbigny— fueron, durante muchos años, los fenicios de la costa del Pacífico. Después de fundar pequeñas colonias en sitios ricos en pesca de nuestro litoral y de sostener guerras sangrientas contra los primitivos pescadores de esas regiones acabaron por establecerse definitivamente en el Norte de Chile, desde el 22º hasta el 28º grados de latitud Sur, en donde se dedicaron a la pesca y a la caza de lobos marinos. En sus constantes viajes hacia el sur se mezclaron con los araucanos, surgiendo de esta fusión de dos razas distintas, el tipo característico del roto, habitante del bajo pueblo chileno, que siempre se ha distinguido por su bravura y coraje en defensa de su patria y en la actividad asombrosa que despliega en sus industrias marítimas y terrestres” (36).

Cerca del lugar que, actualmente, ocupa la ciudad de Arequipa fundaron pueblos importantes los uros, los aymaras y los quechuas que invadieron sucesivamente estas regiones, porque ofrecía sitios estratégicos para los fines militares.

El último y sensacional descubrimiento de una importante necrópolis puquina en el sitio denominado “Tres Cruces”, próximo al balneario de Tingo, nos revela que grandes poblaciones puquinas se habían establecido muy cerca de la ciudad del Misti, posiblemente en los sitios donde están ubicados los pueblos de Sachaca y Tingo, sitios admirables para la defensa. Las ciudades de Churajón, Huactalacta, Sechi, Chilata y otros se fundaron en la cumbre de cerros escarpados, rodeados de acantilados y de montañas que servían de baluartes infranqueables, pues era ley suprema de vida, para las antiguas hordas conquistadoras, fundar sus poblaciones en lugares prominentes a manera

(36).—Orbigny, Alcide d’, “L’homme américain de l’Amérique méridionale...” Paris, 1839, T. IV, p. 152.

de fortalezas para hacer frente a tribus más aguerridas y poderosas, cuya única aspiración consistía en apoderarse de todos los objetos y bienes del vencido.

Así los puquinas, al recorrer en todas direcciones la campiña arequipeña, se vieron en la imperiosa obligación de escoger, por centro de sus operaciones bélicas e industriales, lugares aparentes para su defensa a fin de garantizar la intangibilidad de sus santuarios y hogares, como los que ofrecen Characato, Paucarpata, Sabandía, Quequeña, Socabaya, Tingo y Sachaca, comarcas circundadas por colinas y cerros de áspero declive, cruzados por torrenteras y profundas quebradas y regadas por multitud de vertientes que se prestan admirablemente para convertirse en castillos impenetrables.

De todo lo expuesto se saca como conclusión lo siguiente: que los uros o puquinas, rama principal de la gran familia arahuac de la Amazonia y que, en tiempos remotos, logró extenderse por toda la dilatada altiplanicie peruano-boliviana hasta formar un grande y poderoso imperio, al verse vencidos y humillados por los feroces colla-aymaras o víctimas de penosas y prolongadas sequías, lo que es más probable, se desplazaron hacia los valles y quebradas de la costa del Pacífico invadiendo el fértil suelo de la actual provincia de Arequipa y fundando en los sitios más prominentes y pintorescos sus principales ciudades que llegaron a ser emporio de su cultura, de su comercio y de sus industrias importantes.

CAPITULO VII

TRIUNFOS DE LA ARQUEOLOGIA Y ANTROPOLOGIA EN LAS CULTURAS AMERICANAS

EL insigne naturalista Cuvier, fundador de la paleontología científica, se propuso, mediante largos y penosos estudios sobre los restos óseos de algunos saurios gigantes que poblaron la ancha extensión de nuestro mundo en las primeras edades de la tierra, reconstruir la forma, dimensión y estructura de esos monstruosos reptiles y lo consiguió con las luces de su genio incomparable, pues el hallazgo de uno de estos seres conservado intacto entre los hielos de Siberia vino a poner de manifiesto la obra maestra del inmortal sabio francés: el fósil encontrado y el reconstruído eran idénticos, perfectamente iguales.

Ahora bien, lo que los naturalistas han hecho por restaurar la fauna de los períodos secundario y terciario de nuestro planeta, hoy se han propuesto efectuar los arqueólogos y antropólogos con el hombre primitivo, valiéndose, para ello, de los restos arqueológicos encontrados en diferentes regiones del orbe y especialmente, en sitios cavernosos y profundos de las necrópolis y antiguos túmulos funerarios.

Gracias al atento y esmerado estudio de los esqueletos y singularmente de los cráneos, descubiertos en estratos culturales inferiores, se ha podido conocer con precisión los caracteres físicos y antropológicos de las diferentes razas que han poblado la tierra en el decurso de los pasados siglos. La antropología valiéndose de tablas cromó-oculares, dermatológicas, índices cefálicos y compases antropométricos útiles para el debido estudio de los restos humanos fosilizados, y la etnografía, estudiando las manifestaciones exteriores de la actividad de esos pueblos remotos, han logrado reconstruir perfectamente la forma y estructura que tenían los hombres prehistóricos y la rudimentaria cultura que supieron elaborar en la lucha constante y agitada con las bestias feroces y con los elementos de la naturaleza.

Siguiendo este método científico, hoy se conocen las razas primitivas que invadieron las Américas hace veinticinco mil años. Y estos estudios han llegado a tal perfección y cuentan con sabios de renombre en el mundo científico que parece que el hombre contemporáneo da más importancia a los hechos prehistóricos, a las civilizaciones remotas que día a día se descubren, que a los relatos históricos que la crítica científica nos ofrece nimbados por la radiante luz de documentos verídicos e incontestables.

Para descubrir los restos de las más antiguas civilizaciones que florecieron en varias regiones de la América precolombina se han hecho importantes excavaciones en México, en la América Central y en las famosas ruinas de Chichen Itza, Copán, Tikal, Palenke y Chakamputun, ubicada esta última en la región sur del moderno Campeche, encontrándose, en todas ellas, objetos valiosísimos en materia arqueológica que han proyectado luz en una de las fases más brillantes de la historia Maya.

En las regiones del sur de México, Guatemala y en las costas occidentales de Honduras, cubiertas en la actualidad por una densa selva tropical, se han encontrado restos de florecientes ciudades con templos piramidales, espléndidos palacios de piedra, espaciosas plazas y patios adornados con monumentos, extraordinarios por su magnificencia, sugiriendo la idea de que esos lugares fueron sede de un poderoso y culto estado americano.

Idénticos trabajos se han llevado a feliz realización en las magníficas y paradisíacas regiones de los ríos Cauca y Magdalena, en Colombia, cuyos notables descubrimientos han hecho conocer las maravillas de la cultura Agustiniense "una de las más interesantes y misteriosas de América" y las de los Muyskas y Kimbayas que produjeron orfebres admirables.

Las investigaciones coronadas por el éxito más halagüeño y satisfactorio, efectuadas en distintas regiones del territorio nacional por los ilustres hombres de ciencia Uhle, Rivet, Troll, Bingham, Squier, Valcárcel, Tello, etc. han mostrado al mundo científico las incomparables riquezas de la civilización de los Incas, una de las más atractivas y artísticas de las culturas americanas, transformando a nuestro país en centro de estudio y de interés para quienes, en su afán de incrementar sus conocimientos científicos, investigan el origen de las distintas culturas del orbe y, en especial, de la América del Sur.

Pero donde los sabios de fama mundial han hecho derroche exquisito de su gran cultura y vasta erudición arqueológica, etnográfica y lingüística ha sido en las regiones del altiplano peruano-boliviano y particularmente en las ruinas de Tiahuanaco, en cuyos restos, que han salvado del naufragio de los siglos, se lee y contempla las diferentes fases de esta cultura, una de las más grandiosas del mundo prehistórico.

Y hoy más que nunca, la arqueología —auxiliada por sus hermanas la antropología, la etnografía y la lingüística, en su noble y elevada misión de poner a flote pueblos y razas primitivas sepultadas por el aluvión de los siglos para estudiar sus costumbres y tradiciones y el grado de cultura a que llegaron— se ha clasificado en el número de las ciencias más importantes y prestigiosas de la humanidad.

DESCUBRIMIENTO DE IMPORTANTES RUINAS EN POCSI
Y EN QUEQUEÑA

Para poder seguir con seguridad los vestigios dejados por los uro-puquinas en las Zonas de Misti y de Tola del páramo arequipeño, fue menester dedicar algunos años al estudio difícil y penoso de las ruinas prehistóricas que son harto numerosas en casi todos los pueblos que forman la actual provincia de Arequipa.

Estas investigaciones, absolutamente necesarias para las ciencias arqueológicas y etnográficas, las realicé en tiempos y circunstancias providenciales. Por una ironía, inexplicable en la historia de mi vida, después de haber estado diecisiete años ausente de mi patria, dedicado a mis estudios eclesiásticos y al magisterio en seminarios y colegios de Chile, Francia, Colombia y Bolivia, de regreso a ella, fuí nombrado párroco de Pocsi, en febrero de 1923.

Pocsi, capital del distrito del mismo nombre, se halla a 28 kilómetros de la ciudad de Arequipa, y a 3000 metros sobre el nivel del mar; pueblo de escasa población y sumamente pobre está ubicado en una planicie circundada de pequeñas colinas, que de lejos le dan la forma típica de un plato, como su mismo nombre puquina lo indica.

La escasez de agua, en estos lugares, no permite a sus habitantes, que no pasan del millar, cultivar sino escasas hectáreas de terreno, cuyos principales productos son: cebada, habas, ocas, quinua y papas, los que no alcanzan a satisfacer las necesidades más apremiantes de la población. Por esta circunstancia, muchos de sus habitantes emigran durante ciertas épocas del año al valle de Tambo y a otros lugares en busca de trabajo para conseguir remediar en algo su difícil situación económica. Dicho distrito tiene por anexos los pueblos de Mollebaya, Santa Ana, Piaca, Uzuña, Polobaya Grande, Totorani, y los caseríos de Aguaguena, Illiguaya y Parany.

Desde el primer día que tomé posesión del gobierno de mi parroquia me dediqué de lleno a ejercer cumplidamente mi sagrado y nobilísimo ministerio, reconstruyendo y refaccionando los templos de estos lugares que se hallaban harto derruidos por el terremoto del año 1922, y dando lecciones importantes sobre las verdades fundamentales de nuestra Religión.

Terminada mi nobilísima labor de sacerdote, de instruir a mis feligreses y de restaurar los templos de Piaca, Pocsi y Mollebaya, junto con la casa parroquial, dediqué todas mis actividades a los estudios arqueológicos por los que siempre tuve especial predilección.

Acto continuo, di principio a la labor, tanto tiempo deseada, de inventariar todos los monumentos arqueológicos que habían cerca de los pueblos y caseríos ya mencionados. Para el feliz éxito de esta difícil empresa la Providencia me deparó dos indígenas de pura sangre, quienes, desde que los conocí y solicité sus valiosos servicios, se hicieron mis buenos y fieles amigos. Estos hombres providenciales que se pusieron incondicionalmente a mis ór-

denes con una voluntad firme y un espíritu de abnegación y sacrificio, dignos de sus gloriosos antepasados, se llaman Tomás y Martín Palomino, hermanos últimos de una numerosa familia de Polobaya.

En los viejos archivos de esta familia, de abolengo incaico, encontré el famoso libro titulado "Gobierno de los Regulares de América" por el Reverendo Padre Joseph Parras, Rector que fue de la Universidad de Córdoba del Tucumán, en cuyas páginas deterioradas por la humedad y la polilla descubrí la célebre nota manuscrita del indio Juan Huaranca que me sirvió de faro esplendente para llevar a feliz realización todos mis descubrimientos arqueológicos.

Instruido suficientemente sobre la topografía del lugar, por mis dos magníficos cicerones, conocedores a fondo de la región, pude así descubrir las ruinas milenarias de Huactalacta, a poca distancia del pueblo de Pocsi; las necrópolis de la hacienda Muto y de los Tablones en Piaca; los Gentilares del Tejar en Mollebaya y los kullpis y chulpas en los alrededores de Polobaya y Uzuña. Todos estos lugares del distrito de Pocsi, estuvieron densamente poblados por puquinas, aymaras y quechuas hasta los primeros días del coloniaje y cuya instrucción en la fe cristiana fue encomendada a los Padres Franciscanos de la provincia de los Charcas.

En lo mejor de mi actividad científica, en estos lugares muy ricos en yacimientos arqueológicos, me sorprendió mi nombramiento de párroco de Quequeña a fines de abril de 1926. Tuve pues que interrumpir mis exploraciones en Pocsi para dedicarme a la instrucción catequista de mis nuevos feligreses, cuyos templos ofrecían el mismo aspecto triste y ruinoso que el de los pueblos ya mencionados de mi anterior parroquia.

Tres años desplegué todas mis actividades y entusiasmos por esta obra de apostolado, de instruir en la religión cristiana y de construir los templos, especialmente los de Yarabamba y Polobaya que hube de levantarlos desde sus cimientos, después de muchas penalidades. Terminados estos trabajos que los consideré de suma importancia para fomentar el culto en todos los feligreses de mi dilatada parroquia, tuve el inefable placer de poder reanudar mis labores arqueológicas en la nueva doctrina confiada a mi dirección espiritual.

Con la eficaz ayuda de los hermanos Palomino, ya citados, y del joven Jorge Carpio, a quien debo eterna gratitud por los importantes servicios prestados en los descubrimientos del Alto Arequipa y de los de Chuquibamba, y orientado por el indio Huaranca, en sus valiosas anotaciones, logré descubrir las famosas ruinas de Churajón, cerca de Chapi, el 15 de abril de 1931 y las de Sechi y Chilata a fines del mismo mes.

DESCUBRIMIENTO DE CHURAJÓN

Como el descubrimiento de Churajón, de una ciudad milenaria cerca de Arequipa, causó gran sensación, no solamente en nuestra patria sino en el

extranjero, me voy a permitir exponer en síntesis las causas que facilitaron este hallazgo importante para la arqueología arequipeña, que son tres:

La principal fue la anotación manuscrita del indio Huaranca, en el libro citado que dice así: "Pueblos que existían. Antiguos Puluguayas. El Churajón llamado hoy "La Huaca" por los españoles. El Puluguaya que está frente a este pueblo. El Uactalacta cerca de Pocsi. Todos estos pueblos fueron gobernados por el gran cacique de Churajón. El último cacique de este pueblo fué Sacrun el cual fue vencido por los indios venidos del Titicaca. La pelea tuvo lugar en Nawan, hoy Ozuña. Después el imperio quedó en ruinas. Polobaya, marzo 1861. Juan Huaranca".

La segunda fueron los datos históricos dados por don Francisco Gamez, agrimensor público que fue de S. M. y Teniente de Cosmógrafo Mayor para todo el Reino, en la hijuela de particiones y tasaciones que hace de unos terrenos ubicados en el valle de Chapi y pertenecientes a los herederos de un señor Tomás Adrián, en el año de 1795, dice: "Los terrenos eriazos se regaban antiguamente con la superabundancia de aguas de los campos de La Huaca".

La tercera fue la dada por don Francisco Arenas y Pinto, fundador del pueblo de Yarabamba con los hermanos Carlos y Atanasio de Málaga, al presentar un recurso al señor General don Mariano de Oribe, Corregidor y Justicia Mayor de la villa de Moquegua en 1780 pidiéndole mande darle posesión de las estancias de Candabaya, Chalsando, Corralaque, Paca y Nawan, compradas a un señor capitán Alonso de Cáceres, en el deslinde que hace de dichas pertenencias, declara que "están inmediatas al antiguo pueblo de La Huaca".

Con estos datos importantísimos que me sirvieron de faro orientador en la noche de mis investigaciones pude ubicar el pueblo perdido y legendario entre el valle de Chapi y la región de Polobaya, pueblo antiquísimo cuyas ruinas anhelaba conocer para estudiar la cultura y civilización de aquellos primitivos habitantes.

En noviembre de 1930 hice mi primera excursión a las vertientes que dan origen al río Yarabamba en las regiones de Totorani y de la Pampa de Uzuña, expedición que fue coronada con el éxito más feliz que cabe imaginar, pues en ella descubrí los grandes canales de irrigación de que se sirvieron los antiguos indios para sacar todo el caudal de agua que riega actualmente los extensos campos de cultivo de Quequeña y Yarabamba y que ellos aprovecharon para irrigar los numerosos cerros desde Polobaya hasta cerca del valle de Chapi.

En la segunda expedición, efectuada en el mes de abril del siguiente año, seguí el curso del canal mayor que, naciendo de la gran fuente de Hospicio, en los confines de la pampa de Uzuña, recorre las faldas de empinados cerros de áspero declive salvando con frecuencia quebradas, abismos y desiertos en una extensión de más de 20 kilómetros hasta que al fin de tanto deambular, por más de diez horas a pie y a caballo, divisé desde la cumbre de una montaña

las ruinas de la ciudad misteriosa que deseaba conocer. La milenaria Churajón desenvolviéndose del manto azul en que dormía tantos siglos mostraba sus valiosas ruinas a mi admiración.

Desde el principio del mes de enero de 1932, hasta diciembre del mismo año, exploré la parte baja del valle de Arequipa empezando en Quequeña y terminando en las ruinas cercanas al pueblo de Yura. Para asegurar el éxito de estas excursiones me valí de hombres experimentados que conocen muy bien los sitios donde se hallan los "Gentilares" o sea las ruinas de las primitivas poblaciones andinas en toda la vasta campiña arequipeña.

Con este método ingenioso de orientación pude descubrir los antiquísimos cementerios de los actuales pueblos de Sogay, Yarabamba, Characato, Sabandía, Paucarpata y Socabaya y los ubicados en algunas chacras del Cerro Colorado y Pachacutec, lugares, estos últimos, donde Max Uhle en 1904 hizo importantes excavaciones y logró encontrar restos arqueológicos y auténticos de los uros, hallazgo que le sirvió para declarar terminantemente "que el imperio de los Uros tenía por el Norte la ribera septentrional del lago Titicaca y el valle de Arequipa".

Terminado el plano de las mencionadas ruinas y necrópolis en las zonas de Tola y de Misti del páramo arequipeño, me consagré a la perforación y excavación en los lugares arqueológicos más notables con el nobilísimo objeto de descubrir los vestigios que dejaron los primitivos habitantes de esas comarcas para después clasificar las diferentes razas y aquilatar y valorar el grado de cultura, de civilización, a que llegaron.

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS DE LAS RUINAS ENCONTRADAS

Para poder descubrir, clasificar y ordenar los restos arqueológicos que yacen cubiertos por el polvo de tantos siglos y llegar a conclusiones satisfactorias en los grandes fines que persigue la arqueología prehistórica de hacer revivir las edades remotas con sus razas, costumbres, tradiciones y culturas singulares, apliqué los métodos de orientación científica, empleados por el investigador de lo pasado, que son los siguientes: el estratigráfico, por el que se fija el orden de la formación de los yacimientos arqueológicos; el tipológico, por el que se clasifica los objetos hallados según la forma o tipos; el etnográfico, por el que se compara la forma de algunos objetos encontrados en las tumbas con los objetos del arte o industria de pueblos vivientes cuyas costumbres, usos y tradiciones han perdurado a través de los siglos; el geográfico, por el que se establece el área de difusión de los elementos culturales o la extensión geográfica a que llegó la cultura por sus objetos característicos; el método de confrontaciones históricas, por el que se hace la comparación de los hallazgos arqueológicos con los sucesos que narran los documentos de carácter histórico y que hacen mención de los usos, costumbres y artes de los pueblos antiguos.

Dí pues principio a mis labores siguiendo rigurosamente las normas del sabio método estratigráfico tan necesario y fundamental para el arqueólogo como lo es el estudio de las rocas estratigráficas para el geólogo, a fin de establecer alguna cronología en los materiales encontrados, ya que el gran señorío de Churajón carece de documentos escritos de que se vale el historiador para dar autoridad respetable a su relato y de las relaciones de los últimos cronistas del Imperio, llamados quipucamayocs, datos preciosos recogidos cuidadosamente por los primeros historiadores hispanos y que forman la llamada protohistoria o época de transición.

Para conocer y clasificar bien los estratos culturales hice las excavaciones en forma de cruz, de trinchera, es decir, cortando el terreno en dos direcciones, que forman entre si una cruz, teniendo bien presente en estas difíciles tareas lo que dice a este respecto el arqueólogo Julio C. Tello, "que el valor e importancia de un monumento arqueológico esta en el terreno que lo cubre, terreno que no es otra cosa que la pátina de los siglos donde está registrada la historia completa de dicho monumento".

Todo el año de 1933 lo pasé en los trabajos de perforaciones y exploraciones en los sitios más importantes de la extensa área arqueológica como Huactalacta, Polobaya, Churajón, Yarabamba, Paucarpata, Sabandía y Socabaya. (Láminas XXI y XXII). En el curso de estas investigaciones pude comprobar, después de clasificar las diversas tumbas y sus contenidos en las necrópolis de los lugares citados, la existencia de tres capas geológicas importantes en las que se podía ver, como en una vitrina maravillosa de la naturaleza, los restos del arte y de la industria de los primitivos habitantes de esas comarcas tan ricas, tan ubérrimas en otros tiempos.

Hecho el análisis respectivo de los estratos superpuestos se pudo conocer claramente que éstos correspondían a tres culturas bien características por sus cráneos, cerámica y demás artefactos de su industria: la puquina, la aymara y la quechua o inca.

ANTIGUEDAD DE LA CULTURA PUQUINA EN EL VALLE DE AREQUIPA

En los estudios de estas culturas pude descubrir en las ruinas de Huactalacta, Churajón, Chilata y Yarabamba que los restos humanos y los desperdicios de cocina de la capa geológica más profunda estaba separada del estrato Tiahuanaco por una gruesa capa intermedia de tierra sobre la primitiva cultura, que indicaban la remota edad en que los arahuques lacustres interandinos invadieron los valles de la costa del Pacífico.

A estas mismas conclusiones llegó la expedición científica hecha por los notables arqueólogos nacionales Luis E. Valcárcel y Julio C. Tello en 1935 en las ruinas de Huactalacta cerca de Pocsi. He aquí lo que dice el doctor Val-

cárcel al dar cuenta de dicha expedición: "El doctor Tello y yo hemos tenido oportunidad, durante quince días, de discutir ampliamente los hechos arqueológicos observados en el ambiente mismo. Después de explorar algunas ruinas de los alrededores de Arequipa, realizamos varias excavaciones en las ruinas de Huactalacta, cerca de Pócsi, habiendo comprobado que sobre las tumbas de gentes de las culturas atacameñas existen las del período de los Incas, hecho que permite explicar la sucesión cronológica de otros hallados en Churajón y algunos lugares más del Departamento de Arequipa, con contenidos semejantes y de donde proceden los objetos que forman parte de las valiosas colecciones del Museo de la Universidad de Arequipa" (37).

El doctor Manuel G. Suárez Polar en el estudio que hizo de la necrópolis de "Tres Cruces", cerca de Tingo, dedujo que por la forma de las tumbas y la manufactura y ornamentación de la cerámica encontrada, la cultura atacameña, puquina o arequipeña había invadido todo el extenso valle arequipeño en épocas sumamente remotas (38). (Láminas XXIII, XXIV y XXV).

El doctor José María Morante, director del Museo de Arqueología de la Universidad de San Agustín de Arequipa, después del esmerado estudio que hizo, con autorización expresa del Patronato Nacional de Arqueología, de la citada necrópolis de "Tres Cruces", descubierta últimamente, llegó a las conclusiones que transcribimos:

"Las excavaciones de "Tres Cruces" nos sugieren las siguientes:

1º.—Que es una necrópolis subterránea pre-incaica:

- a) por la profundidad en que se encuentra;
- b) por la forma primitiva de la arquitectura de sus tumbas;
- c) por la cerámica sin influencia cuzqueña pero sí del Altiplano;
- d) por lo numeroso de las tumbas con restos humanos;
- e) por la ausencia de utensilios líticos o de madera, reveladores de la época del Incario.

2º.—No es un Mounds porque estas construcciones son hechas en el espacio de la superficie, mientras que la necrópolis de "Tres Cruces" es subterránea.

3º.—Las tumbas N^{os}. 20 y 24 son sepulcros de dos pisos, siendo el superior de mayores dimensiones que el inferior.

4º.—La cerámica encontrada es de cinco tipos, y se le denomina Atacameña, Churajón, Puquina o Arequipa.

5º.—En las tumbas no se encontraron momias ni textilera; pero sí cacharros porque la humedad ha destruído los fardos funerarios.

(37).—Valcárcel, Luis E., "Por los monumentos del Cusco. Un viaje reciente". En "Revista del Museo Nacional", T. IV, N^o 2, Lima, 1935, p. 205.

(38).—Suárez Polar, Manuel G., "La Necrópolis de Tres Cruces". En "El Deber", Arequipa, 27 de marzo de 1941.

6º.—La cerámica es igual a las que se encuentran en el fondo de las tumbas de Churajón, Sabandía y otros lugares de Arequipa y sus provincias.

7º.—La necrópolis de "Tres Cruces" hace presumir la existencia de una agrupación étnica apreciable que en aquella remota edad estuvo en sus proximidades.

8º.—Siendo tan primitiva la construcción de las tumbas y la cerámica encontrada en ellas de tipo y ornamentación pre-incaica es prueba de que Arequipa estuvo poblada antes de la fundación del Tahuantisuyo.

9º.—De la conclusión anterior deviene la afirmación que Mayta no descubrió la campiña arequipeña, sino que sometió a sus primitivos pobladores e incorporó a sus dominios la risueña extensión de sus fértiles vegas.

Esta sola conclusión de índole histórica, basta para aquilatar la importancia de las excavaciones verificadas en Tingo con el permiso del Patronato Nacional de Arqueología y por cuenta de la "Universidad de San Agustín" (39).

(39).—Morante, J. M., "La Necrópoli de Tres Cruces". En "El Deber", Arequipa, 28 de julio de 1941.

CAPITULO VIII

CLASIFICACION DE LOS CRANEOS

EL ingente material arqueológico descubierto en las numerosas excavaciones de los lugares ya citados, lo clasifiqué y ordené según las regiones y estratos donde fue encontrado, para valorizarlo después en estudios especiales de etnografía y antropología. Así entre los objetos que constituían el mejor tesoro de los restos óseos de los puquinas figuraban cráneos dolicocefalos, los que en gran parte estaban completamente carbonizados por efecto de las torrenciales lluvias que caen en esos lugares de la puna arequipeña, y pude observar que algunos de éstos estaban deformados en forma fronto-occipital. Uno de los cráneos dolicocefalos conservado en perfectas condiciones en una de las tumbas de Churajón, sometido al compás antropométrico, dió las siguientes mediciones: Cráneo N° 1 de Churajón. Capacidad craneana, según el método Morton, 1604; índice orbitario 87-1; índice nasal 60-2; índice facial superior 62-2; índice altura-largo 73; índice altura-ancho 107-9; índice palatino 87-9; índice cefálico 76-9; capacidad craneana volumétrica 1204.

Es de advertir que los cráneos dolicocefalos ofrecían extraordinaria semejanza con los cráneos descubiertos por Arturo Posnansky en las ruinas de Tiahuanaco y en la isla Panza. En las capas superiores de los estratos culturales se encontraban con más frecuencia los cráneos braquicefalos y mesocéfalos correspondientes a las otras culturas posteriores.

OBJETOS DEL ARTE Y DE LA INDUSTRIA PUQUINAS

Entre los objetos que más utilizaron los puquinas para sus industrias ocupan el primer lugar los cerámicos u objetos de alfarería fabricados de arcilla,

cocida al fuego, cuya forma y ornamentación revelan, a primera vista, el estilo y el tipo inconfundibles del puquina llamado impropiaamente atacameño.

Los vasos y tazas de esta cerámica son cónicos; las ollas y cántaros: globulares, de factura tosca y gruesa, casi sin pulimentación, de color ocre-rojo adornados de motivos geométricos en blanco; por veces, en forma caprichosa o convencional como bandas con puntas triangulares estilizando plantas y en forma de rombos cuadriculares de color negro o café sobre fondo rojo encendido con silueta blanca. Toda esta cerámica es de carácter puramente utilitario. (Láminas XXVI, XXVII y XXVIII).

En algunos de estos antiquísimos cacharros campea el signo escalonado como una estilización original y propia, según se puede ver en las jarras encontradas en las necrópolis de Churajón y Polobaya en forma artística de hojas, de media luna y de color blanco o negro, y en triángulos dentados y en formas distintas de gran significación, en los cántaros de Yarabamba, Sabandía, Characato, Socabaya y Paucarpata. A este mismo estilo y tipo pertenece la cerámica encontrada en las tumbas subterráneas descubiertas por los agentes de la Foundation Company, en la calle Leticia, cerca del Asilo Víctor Lira, al efectuar los trabajos de canalización en dicho lugar, en el año 1926, a la par que la descubierta por el señor David Burbak en el sitio de "Tres Cruces", cerca de Tingo, al levantar el edificio destinado a la fábrica de leche evaporada "Gloria" el 27 de marzo de 1941. (Láminas XXIX y XXX).

Junto a los restos humanos de estos primitivos habitantes andinos encontré cuchillos y armas rudimentarias de sílex y obsidiana; pedazos de arpones, de flechas y arcos de madera de lloque que al tocarlos se rompían en pequeños fragmentos; algunas cuentas de feldespató, bien pulimentadas, las que formaban parte, sin duda, de vistosos collares de adorno; *tupus* de cobre ostentando en la parte superior la forma de media luna. Todos estos objetos y numerosos ceramios fueron entregados al señor Alberto Paz de Novoa, conservador del Museo Arqueológico de la Universidad de Arequipa, en aquel tiempo.

Mucho, muchísimo es el material arqueológico encontrado en las entrañas de los antiguos basurales de las mencionadas ruinas. Por la acción de torrenciales lluvias que caen periódicamente en esas regiones del Alto Arequipa, gran parte de los atributos funerarios se hallan deteriorados por la labor destructora de la humedad. Sin embargo, el investigador de lo pasado, merced a un minucioso examen y a una clasificación bien ordenada, puede estudiar fácilmente la vida y costumbres que llevaron aquellos primitivos grupos humanos en su avance incontenible hacia las playas del Pacífico.

Desgraciadamente hoy, los huaqueros impulsados por la sed insaciable de descubrir tesoros ocultos, en dichas ruinas, han destrozado las tumbas de la manera más estúpida horadando los más importantes yacimientos arqueológicos y dejando al descubierto, a la vista de los transeuntes, toda una colección valiosa de variados especímenes que bien pudieran lucirse en las vitrinas de cualquier museo etnográfico.

CERAMICA PUQUINA

Siendo la cerámica uno de los elementos más importantes de que se vale la arqueología para conocer el estilo propio de las culturas remotas y el radio de extensión a que llegaron en el decurso de los siglos, es de imperiosa necesidad poner de manifiesto las cualidades más notables de la cerámica puquina que imprimen el sello inconfundible de su propia originalidad.

Estas notas características son cuatro: la calidad, el tamaño, la forma y el decorado con sus colores predominantes.

LA CALIDAD.— Los vasos típicamente puquinas están fabricados con barro mezclado de arena y a veces con mica; arcilla cocida ligeramente al fuego, de superficie áspera y sin pulimento. Por la disconformidad que hay en la confección de esta cerámica tosca y gruesa se deduce que no emplearon el molde y que fue hecha a mano para fines exclusivamente utilitarios y ceremoniales.

EL TAMAÑO.— Los hay de numerosos tamaños, el más diminuto de 5 x 6 y el más alto de 33 x 37; pero el más usado es el de 13 x 13 centímetros.

LA FORMA.— La forma predominante es la que tiene fondo plano. Los vasos y tazas son cónicos; las ollas y cántaros globulares. El artista puquina tiene particular predilección por los vasos cónicos de boca expandida casi semejante a los de la cultura tiahuanacuense.

LA DECORACION Y SUS COLORES PREDOMINANTES.— Los colores favoritos de esta cerámica rudimentaria son el ocre-rojo, el negro y el blanco.

El color del fondo es siempre ocre-rojo y el empleado en la decoración es el negro como principal y como contraste, el blanco.

Los motivos de los decorados van siempre al exterior y llenan casi toda la superficie de la vasija y son, en su mayor parte, geométricos y por veces, en forma caprichosa o convencional.

La conclusión lógica más importante que he sacado del estudio detenido de esta cerámica rudimentaria es que el estilo del arte puquina contribuyó poderosamente a la formación del estilo primoroso del arte tiahuanacuense. (Láminas XXXI y XXXII).

Las señas, en gran parte, las aplicaciones de estos salos de renom-
bre mundial, que pertenecen hoy las ciencias etnológicas y etnográficas, de-
dicar cinco meses a penosos trabajos de exploración, de enero a mayo de 1933
y el mes de mayo de 1940.

Con el fin de asegurar el éxito de la guerra y demás empresa llané en mi
auxilio a los fieles y legados, y a los señas, y a los señas, y a los señas, y a los señas,
que, como señas, harto y obedientes a mis órdenes, me paraban y dispusie-
ron bien todas las cosas necesarias para mi proyectado viaje. En el día seña-

CAPITULO IX

DOS EXPEDICIONES CIENTIFICAS EN LOS DISTRITOS DE POCASI, QUEQUENA Y PUQUINA

Los señas con felices resultados los señas de Tucumán, Cuzco y algunas
cabanas de la hacienda de Mayo.

En este segundo viaje, parte durante cuenta de los señas que causa a los
señas el Pallas, que así llaman los indios a un torrente de los señas de Tucumán,
para de lavar, que sabe del que de un centro en el mismo caserío de Tucumán,
para y como alud inmensible se desborda por los campos de señas de los
señas indios habitados de esa región. También parte en esta

YA se ha visto que el carácter antropológico del indio uro es el pertene-
ciente al tipo netamente mongol; la mancha mongoloide es, pues, ge-
neral e indeleble en el niño de esta raza.

Para tener una prueba más que corrobore mi aserto de que los uros o pu-
quinas interandinos fueron los primitivos dueños y señores de los grandes
centros culturales, ya referidos, me propuse explorar detenidamente los pue-
blos más apartados de los actuales distritos de Pocasi, Quequena y Puquina,
especialmente aquellos que están cerca de las ruinas más importantes en la
Zona de Tola arequipeña. En este viaje de investigación me proponía, ante
todo seleccionar entre los actuales indígenas, moradores de esas apartadas re-
giones, algunos tipos mendeleados de los respectivos pobladores de esas co-
marcas o descubrir alguna aldea o caserío habitado por dichos indígenas.

Paul Rivet, en carta fechada en París el 27 de diciembre de 1933, des-
pués de felicitarme por los descubrimientos de Churajón, me insinuaba la idea
de hacer una expedición a las primeras vertientes del río Tambo con el plau-
sible fin de llegar a descubrir algunos tipos puros, vivos representantes de la
antiquísima raza de los uros o puquinas o un villorrio o pueblo donde se ha-
ble todavía el puquina, descubrimientos que serían de gran importancia para
la ciencia americanista.

Alfredo Mettraux, en viaje de exploración al Chaco argentino, me escri-
bió el 17 de marzo de 1939, desde la ciudad de Tucumán: "Le felicito since-
ramente por sus importantes estudios sobre la etnografía de Arequipa que es
para nosotros un campo virgen. Abrigo la esperanza de que sus trabajos sobre
los uros en esos lugares sean coronados por un éxito satisfactorio. Espero que
Ud. me mandará el resultado de dichos estudios a mi dirección de los Estados
Unidos de América..."

Para satisfacer, en gran parte, las aspiraciones de estos sabios de renombre mundial, que personifican hoy las ciencias etnológicas y etnográficas, dediqué cinco meses a penosos trabajos de exploración, de enero a junio de 1934 y el mes de mayo de 1940.

Con el fin de asegurar el éxito de la nueva y difícil empresa llamé en mi auxilio a los fieles y abnegados amigos, los citados hermanos Palomino, quienes, como siempre, listos y obedientes a mis órdenes, prepararon y dispusieron bien todas las cosas necesarias para mi proyectado viaje. En el día señalado para la expedición, 8 de enero de 1934, salimos de Quequeña con destino a los caseríos que se hallan al pie del Pichu-Pichu. Llegamos por la tarde de ese mismo día al pueblo de Piaca, y allí pernoctamos. Al día siguiente visitamos con felices resultados los caseríos de Tuctumpaya, Cieniguillas y algunas cabañas de la hacienda de Muto.

En este segundo viaje, pude darme cuenta de los estragos que causa a los sembríos el *Pillican*, que así llaman los indígenas a un torrente de lodo, a manera de lava fría, que sale del pie de un cerro en el mismo caserío de Tuctumpaya y como alud incontenible se desborda por los campos de sembrío de los infortunados habitantes de esa región. También pude comprobar, en esta ocasión, que si por algunos años, de octubre a enero, las aguas del río Sabandía se enturbian con tinte amarillento, era debido a que en dicha época del año, esta lava fría brota y corre incontenible cerca de las primeras vertientes del citado río.

En los días siguientes visitamos los caseríos y majadas de Aguaguëna, Chucmullo, Illiguaya y Totorani en la pampa de Uzuña y regresamos a Polobaya por la margen derecha del río Yarabamba. En estas exploraciones y estudios en las regiones cercanas al Pichu-Pichu empleamos todo el mes de enero del año mencionado.

En la segunda y última expedición, que duró desde el mes de febrero hasta el de junio del mismo año, salimos del pueblo de Polobaya y recorrimos todos los caseríos apartados de las pampas de Tumbabaya, Adrián y Candabaya y las majadas de Paranay y Chajrón cercanas a las ruinas de Churajón. Seguimos visitando todos los pueblecitos del valle de Chapi hasta la confluencia del río Jalán con el de Tambo.

De regreso de este viaje, tan penoso y lleno de vicisitudes, visitamos el célebre Santuario de Chapi donde se venera, por todos los pueblos del sur del Perú, la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Purificación. Después de tres días de permanencia en esta pintoresca aldea donde reparamos nuestras fuerzas físicas y espirituales con el buen trato que nos prodigaron los señores Mariano Chora, Juan de Dios Ramos Cahuila y otros vecinos notables, y especialmente con la bendición de la Santísima Virgen, proseguimos, con mayor entusiasmo y marcado interés, nuestras exploraciones y estudios en los pueblos de Chilata, Sechi, Sahuanay, Yalague y La Huata, ubicados en las profundas quebradas del distrito de Puquina, centros principales que fueron de la gran raza desaparecida de los uros, permaneciendo en cada villorrio el tiempo

necesario para descubrir los tipos antropológicos que deseaba identificar y el acento extraño y misterioso de la lengua que hablaron aquellos primitivos habitantes.

Para el éxito de los fines científicos que perseguía en estos viajes, mucho, muchísimo me sirvió el nombramiento y carácter de párroco que tenía de Quequeña y del Santuario de Chapi, pues los indígenas de todas aquellas numerosas comarcas son fervientes devotos de la imagen de la Santísima Virgen María que se festeja en dicho lugar tres veces al año.

En todos los pueblos, caseríos y majadas que visité en mis viajes de exploración por la amplia y accidentada Zona de Tola arequipeña, reunía a sus gentes con el valioso auxilio de sus respectivas autoridades en las plazas principales y allí les manifestaba con calor y entusiasmo que el objeto principal que me llevaba a conocer esas remotas parcialidades era el de ofrecerles mis servicios de sacerdote, pues bien conocía que eran todos católicos prácticos; que el segundo fin que perseguía en esta penosa peregrinación era el de hacer estudios importantes sobre las primeras razas que poblaron esas regiones en tiempos lejanos; que estos estudios se hacían sobre los restos arqueológicos que se descubrían en las entrañas de la tierra y que así han salvado de la acción demolidora del tiempo; que algunos de ellos, allí presentes, eran legítimos y puros descendientes de aquella noble y laboriosa raza que supo con el esfuerzo constante de superación convertir en vistosos y amenos campos de sembrío, todas las quebradas, cerros y llanuras que dominan los picos de la gran cordillera que se tenía a la vista y que, para mayor prueba de mis afirmaciones, iba a hacer ciertas mediciones científicas en las cabezas de aquellos que, según notaba en su configuración física, tenían notable parecido con las razas antiquísimas de los uros o puquinas.

Convencidos mis interlocutores de las poderosas razones que acababa de exponerles en mi lacónico discurso de antropología física, me dieron todas las facilidades de que podían disponer para llevar a feliz término mis anhelados estudios. A este fin me hicieron conocer los sitios más abundantes en "gentilares" o en restos arqueológicos y se prestaron gustosos a ayudarme en los trabajos de excavación y clasificación de los restos humanos encontrados en las tumbas.

Acto continuo, desplegué todas mis actividades en hacer las mediciones lo más fielmente posible en las personas de los indígenas cuyas conformaciones somáticas eran las notas más sobresalientes del tipo netamente puquina. Llevados a cabo los citados estudios en los cráneos de muchas personas, tanto de hombres como de niños en los distintos pueblos mencionados, pude comprobar, singularmente en los caseríos de Paranay, Chalsando y Chajrón, que los indios eran casi idénticos con los tipos de la raza misteriosa de los uros. (Lámina XXXIII).

Estos ejemplares de indígenas, objeto principal de mis estudios de antropología física, de raza y costumbres arahuques, viven formando familias muy reducidas y separados de los demás indos aymaras y quechuas en los cerros y

quebradas de los distritos de Pócsi, Quequeña y Puquina. Su ocupación principal es el pastoreo de rebaños de llamas y de alpacas y la faena de hacer carbón de queñua, de lloque, que en los meses de octubre, noviembre y diciembre llevan al mercado de la ciudad de Arequipa. Son estos indios de costumbres sobrias y morales. Conservan aún algunos restos de sus antiguos ritos religiosos como la ofrenda de sangre o Vilancha que lo hace la india más vieja del lugar, una vez al año, para exorcizar los espíritus malignos.

El color renegrido de estos vástagos lejanos de los uros o puquinas forma gran contraste con los vistosos colores de las numerosas prendas de vestir con que se cubren. Hablan el castellano, y en su lenguaje, que es una mezcla de quechua, castellano y aymara, se descubre algunas palabras del antiguo idioma: el puquina.

La prolongada sequía de los años 1940 y 41, de efectos calamitosos para estos indios pastores, les obligó a abandonar sus queridos solares de los pueblos citados con el fin de salir en busca de pastos para sus rebaños, en otras regiones.

El día 6 de junio de 1934 di por terminada esta expedición, que fue coronada por el más completo éxito en los grandes fines científicos que me propuse alcanzar. De regreso a mi parroquia de Quequeña, la primera noticia que me dió el R. P. Benjamín Delgado, franciscano, quien desempeñaba el cargo de párroco en mi ausencia, fue que el Excmo. Sr. Obispo Fr. Mariano Holguín habíame nombrado Párroco y Vicario Foráneo de Chuquibamba.

El 24 de junio del mismo año tomé posesión de la nueva doctrina que se me confiaba, con el beneplácito de todos los buenos y nobles hijos de esa lejana urbe de tan hermosas tradiciones. Establecido en ese lugar, después de llevar a feliz realización mejoras importantes en las iglesias de la ciudad y en las de la vasta campiña, dediqué las horas que me daban tregua mis duras labores parroquiales, al estudio de la remota cultura de los Arunís, civilización que me abría espléndidos horizontes a las investigaciones arqueológicas. En siete años que llevo de pacientes trabajos sobre esta cultura, desconocida del mundo científico, descubrí las famosas ruinas de Itac, cerca de la ciudad de Chuquibamba; las de Antaura y de Puca, al pie del gran macizo del Coropuna; la gran necrópolis de Pachana y los notables petroglifos de Illomas, en los confines de la provincia de Condesuyos, cuyos trabajos publiqué en varios números del periódico católico "El Deber". Si Dios N. S. se digna bendecir mis proyectos y darme el tiempo que necesito para terminar mis estudios publicaré un libro especial sobre dicha cultura que la denomino "Cultura del Coropuna", por haberse forjado en los valles, llanuras y quebradas que fertilizan las abundantes aguas del citado gigante de los Andes.

En los viajes de las exploraciones mencionadas saqué como conclusiones científicas las siguientes:

1a.— Que en algunos pueblos distantes de las actuales capitales de los distritos de Quequeña, Pócsi y Puquina existen tipos vivientes, últimos representantes de la antigua raza de los uros o puquinas, quienes se han conservado pu-

ros a través de tantos siglos o que han *mendeleado* a sus primitivos antepasados, después de haberse mezclado con otras razas como la aymara o la quechua.

2a.— Que en todos los lugares estudiados, antropológica y filológicamente, se descubren nombres geográficos y patronímicos de origen y procedencia netamente puquina como lo probaremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO X

EL IDIOMA PUQUINA

ANTES de probar por la toponimia y la onomástica que la lengua puquina se habló durante centenares de años en el inmenso sector arqueológico arequipeño, que ya he descrito lo más fielmente posible, conviene conocer la identidad y diferencia que existe entre los vocablos uro y puquina.

Algunos de los viejos cronistas hispanos hacen mención de la lengua puquina a la que consideran como "una de las más generales del Imperio Incaico". Este calificativo le da el P. Jerónimo de Oré en su famoso "Rituale seu Manuale Peruanum" (40).

En las Constituciones Sinodales del Obispado del Cuzco, expedidas el 29 de setiembre de 1591 por el Ilmo. Sr. D. Fr. Gregorio Montalvo y que no han sido impresas, encontramos esta declaración: "Porque en muchos pueblos de este nuestro Obispado, generalmente todos los indios o los más y algunos indios no entienden la lengua quechua sino la aymara o puquina y a esta causa no saben los misterios de nuestra fé, ni se confiesan en toda su vida ni aún en la hora de muerte, para cuyo remedio mandamos que todos los curas de indios, conforme a lo mandado por el Concilio Tercero, confiesen en lengua propia de su curato, quechua, aymara y puquina" (41).

El 22 de marzo 1599 el Excmo. Sr. Obispo D. Antonio de Raya dió un decreto por el cual nombró a Padres Jesuitas en el Cuzco para que examinaran a los eclesiásticos en las lenguas quechua, aymara y puquina según el tenor siguiente: "Porque así mismo es necesario que la dicha lengua aymara y puquina las lean en esta ciudad por hablarse en muchas partes de este

(40).—Oré, Luis Jerónimo de, "Rituale seu Manuale Peruanum", Nápoles, 1607.

(41).—Polo, José Toribio, o. c., p. 18.

Obispado y hacerse grandes faltas en la administración de los Santos Sacramentos por no saberlas los Curas”.

No sólo las autoridades eclesiásticas eran exigentes e imperiosas en obligar a sus respectivos párrocos y misioneros a que aprendieran debidamente el idioma puquina para cumplir satisfactoriamente su ministerio apostólico, sino también las autoridades civiles desplegaron el mismo celo por el conocimiento de dicha lengua para la mejor comprensión y buen trato de sus súbditos.

Así el Virrey don Francisco de Toledo por decreto fechado en Arequipa el 10 de setiembre de 1595 nombró intérprete agregado a su persona a don Gonzalo Holguín, para las lenguas quechua, aymara y puquina, “por que son las que generalmente se hablan por los indios en estos Reynos y Provincias del Perú”.

Como bien se ve, los citados escritores no hacen mención del idioma que hablan los uros, no obstante de ser estos indios, en tiempo de la conquista española, los pobladores de gran parte de las regiones que constituían el antiguo Perú, en cuyos vastos dominios se hablaban los tres idiomas importantes: el quechua, el aymara y el puquina.

Ante estas premisas no cabe otra conclusión lógica que asegurar enfáticamente que el idioma propio de los uros no era otro que el llamado por los españoles puquina.

“Esta teoría —dice Paul Rivet— está confirmada por un documento formal que hasta el presente nadie lo había citado, y es el siguiente: En una importante descripción de la provincia de Pacajes (Bolivia), que remonta el siglo XVI, el autor dice textualmente: “que los indios uros de Machaca casi han abandonado su lengua, que era el puquina” (42).

El único texto puquina que nos ha quedado es el compuesto por el jesuita Alonso de Bárcena, que trata sobre la doctrina cristiana, publicado en Lima en 1590, libro importante, transcrito en el “Manuale Peruanum” del padre Luis Jerónimo de Oré e impreso en Nápoles en 1607, según el ejemplar encontrado en la Biblioteca Nacional de París.

Del idioma de los uros no tenemos sino vocabularios modernos recogidos por viajeros que lograron explorar y reconocer el actual territorio ocupado por los restos de esa raza milenaria y misteriosa.

Ante todo, hay que hacer constar que uno de los sabios que más cuidado puso en probar la identidad del uro con el puquina fue el francés Raül de la Grasserie en su obra titulada “La Langue Puquina”. Después otros hombres de ciencia como Markham, Tschudi, Brinton, Federico Müller, P. Ehrenreich, en sus notables trabajos sobre este tema de palpitante interés, sostuvieron con calor y entusiasmo que el idioma de los uros no era otro que el puquina del que hacían mención especial los antiguos escritores españoles.

Al contrario, José Toribio Polo, Leonardo Villar y particularmente Max Uhle, W. Lehman y Alejandro J. Chamberlain sostuvieron la no identidad de dichos idiomas con argumentos al parecer incontestables.

Con el laudable objeto de descifrar este enigma, difícil de resolver para los sabios de aquel tiempo, Paul Rivet, insigne filólogo francés, secundado por el señor Crequi-Montfort, emprendió la penosa y ardua empresa de estudiar a fondo todas las lenguas de la gran familia arahuac, y mediante su infatigable constancia en el estudio y su privilegiado talento lingüístico logró por fin, como otro Champollión, coronar sus levantadas aspiraciones conociendo dichos idiomas bajo el aspecto gramático, lexicográfico y morfológico hasta lograr clasificarlos en tres grupos principales:

1º.—El grupo pre-andino, que comprende el Kampa, el Piro, el Cuni-ba del Jurúa, el Kusiteneri, el Kanamaré, el Inapari, el Maniteneri, el Ipuriná y el Marawuan;

2º.—El grupo boliviano, que comprende el Moxo, el Baure, el Paunaka, el Muchoxeone y el Paikoneka;

3º.—El grupo denominado amazónico septentrional, ordenado así: a).— La mayor parte de los dialectos arahuacos del río Negro, del Alto Orinoco y del Yapurá; b).— Los del río Xingú; c).— El Geagiro; d).— El Pressí-Saraveka.

Hechas estas importantes clasificaciones descubrió que el idioma de los uros ofrecía semejanzas notables con los dialectos más remotos de su habitat actual, especialmente con el Layana-Guaná del río Paraguay y el Arahuac de las Guayanas, cuya clasificación en uno de los tres grandes grupos arriba mencionados no ha sido aún establecida.

Para explicar la diferencia que hay entre dichos idiomas arahuques y el uro, dice Rivet lo siguiente: "La diferencia del idioma Uro con los demás dialectos arahuques se explica admitiendo la hipótesis de que los Uros han debido separarse en época muy lejana del grupo arahuac primitivo, antes de efectuarse ninguna diferenciación dialectal y que su vocabulario salido directamente del arahuac original, no ha sufrido en el Altiplano, donde la población vino a instalarse, la influencia de ninguno de los dialectos variados que derivaron ulteriormente del mismo tronco". "A esta antiquísima inmigración de los Uros —agrega Rivet—, conforme por otra parte a la opinión general de los etnólogos respecto de esta tribu, explica la profunda diferencia que la lengua ha sufrido en el curso de los siglos" (43).

IDENTIFICACION DEL IDIOMA URO CON EL PUQUINA

Para comprobar la perfecta identidad del idioma uro con el puquina,

(43).—Rivet, Paul, o. c., p. 235.

el mencionado sabio Rivet estudió con prolija detención el texto escrito en lengua puquina por el Padre Alonso de Bárcena, conservado en el "Manuale Peruanum" del Padre Luis Jerónimo de Oré, y los cuatrocientos vocablos y treintidos frases del idioma uro que dió a conocer el mencionado científico don José Toribio Polo en su valioso trabajo titulado "Los Uros del Perú y de Bolivia" (44).

Considerados estos documentos superficialmente parecía de inmediato que no podía haber entre ambos ninguna semejanza, ninguna identidad, pero sometidos a riguroso examen gramático-lexicográfico dió por resultado definitivo, terminante, la identidad del idioma uro con el puquina. Las grandes diferencias que parecían existir entre ambos documentos se explicaba por la sencilla razón de que el puquina fue escrito a mediados del siglo XVI. Es decir, que en la trascripción de ambos textos había un intervalo de más de tres siglos.

Es pues lógico suponer que en este largo período la lengua de los uros sufrió una profunda transformación, máxime si se considera que este idioma se transmitió por tradición oral en pequeños grupos separados, confundidos y absorbidos, en gran parte, por las grandes poblaciones de aymaras y de quechas, superiores en cultura y civilización.

El gran sabio francés, después de dar espléndida solución a este difícil problema lingüístico, hizo la siguiente declaración: "Creemos haber reunido un conjunto de pruebas suficientes para poder concluir, afirmar científicamente, que el Uro y el Puquina no son más que dos aspectos de una sola lengua que debe ser clasificada en el grupo Arahuaac. Nuestros estudios filológicos muestran pues que una fracción de este gran pueblo arahuac invadió en épocas remotas la altiplanicie andina y franqueó la doble cordillera, hasta llegar a las riberas del Pacífico" (45).

PALABRAS Y FRASES EN PUQUINA Y EN URO

Me parece oportuno transcribir en este lugar el Padre Nuestro en idioma puquina tal como lo reprodujo el P. Jerónimo de Oré en su "Rituale seu Manuale Peruanum" del texto original del P. Bárcena:

*"Señiki, hanigo pacas cunana ascheno
pomana upalli suhanta po capaca
ascheno señ guta kiguri hanigopa casna
ehe cahu cohuacasna hamp.
Kaa gamenke ehe hesuma:*

(44).—Polo, José Toribio, o. c.

(45).—Rivet, Paul, "Origine des aborigènes du Perou et de la Bolivie", p. 200.

*Señ guta camen señ tanta, señ
hochahe pampache surnao keno gata
pampachanganch cagu: Ama ehe
acro suma huchaguta señ hotonava
enahata entonana keipina suman".*

Y para que el lector pueda ver la aparente diferencia que hay entre el Uro y el Puquina transcribo también algunas palabras de ambos idiomas empezando por números del uno al diez, del notable trabajo que hizo sobre los uros don José Toribio Polo.

ESPAÑOL	PUQUINA	URO
Uno	<i>Pesce</i>	<i>Shi</i>
Dos	<i>So</i>	<i>Piske</i>
Tres	<i>Capa</i>	<i>Chep</i>
Cuatro	<i>Sper</i>	<i>Pácpic</i>
Cinco	<i>Tacpa</i>	<i>Paanucu</i>
Seis	<i>Chinchun</i>	<i>Pacchui</i>
Siete	<i>Stu</i>	<i>Tohoco</i>
Ocho	<i>Quina</i>	<i>Cohonco</i>
Nueve	<i>Checa</i>	<i>Sankau</i>
Diez	<i>Scata</i>	<i>Kalo</i>
Mujer	<i>Atago</i>	<i>Tucururi huahua</i>
Hombre	<i>Mana</i>	<i>Lucuhuamas</i>
Corazón	<i>Sec</i>	<i>Tucsi</i>
Sangre	<i>Cami</i>	<i>Loque</i>
Culebra	<i>Coa</i>	<i>Chicora</i>
Cabeza	<i>Bupi</i>	<i>Acha</i>
Estómago	<i>Caru</i>	<i>Cheri</i>
Casa	<i>Pana</i>	<i>Koya</i>
Cielo	<i>Ascheno</i>	<i>Chicuya</i>
Mano	<i>Mohana</i>	<i>Kara</i>

FRASES DE USO FRECUENTE

Dame pan	<i>Lulisunnai</i>
Ven acá	<i>Ascai</i>
Anda vete	<i>Tukaca ocsai</i>
Habla conmigo	<i>Chischai</i>
Te fuiste sin avisarme	<i>Churacmacuaur</i>
Después de comer	<i>Luklihua mahuir</i>
Se ha perdido	<i>Churatan cualayau o Churatan hualaur</i>

Buenos días	<i>Hapya</i>
Buenas noches	<i>Saquese sinchilita</i>
Estoy cansado	<i>Comanchi o Ucsuchai</i>
Estoy cómodo	<i>Aurtyancai</i>
Estoy con hambre	<i>Lulistuccha</i>

LA LENGUA PUQUINA SE HABLO EN LAS ZONAS ALTA Y BAJA DEL VALLE DE AREQUIPA

Uno de los argumentos más convincentes que se tiene para demostrar a qué raza pertenecieron los primitivos pobladores de la extensa zona arqueológica arequipeña, es el idioma, la lengua que ellos hablaron y cuyos vocablos han quedado en los nombres de ciertas familias y de muchos lugares que se han conservado puros sin sufrir ninguna transformación sustancial idiomática hasta nuestros días.

En la extensa región arqueológica arequipeña tanto en la Zona de Tola como en la de Misti hay nombres patronímicos y topográficos, especialmente nombres de ruinas antiquísimas, de regiones agrícolas y ganaderas, de valles y ríos, de montes y aguadas de origen y contextura netamente puquina.

Como el lenguaje de los uros se habló durante siglos en toda la región arequipeña, de la que ya se ha hecho mención, es lógico deducir que los primitivos nombres de las personas y de los lugares fueron de filiación arahuac y que las inmigraciones sucesivas en estos mismos territorios de aymaras y de quechuas y españoles procuraron cambiar dichos vocablos puquinas con nombres propios de sus respectivos idiomas.

Ahora, para comprobar la opinión de que muchos nombres patronímicos y geográficos eran de uso corriente durante los siglos de la Colonia y en los primeros años de la República, tenemos documentos importantes descubiertos en los archivos de los indios más notables de Poci y de Piaca, de Polobaya y de Quequeña.

Así en el testamento que hizo el gran cacique del pueblo de Sogay, anexo al distrito de Quequeña, en 1779, don Ramón Benites Quenaya, por el que dejaba gran parte de su fortuna a la iglesia de Quequeña, y en las memorias de los españoles Francisco Arenas y Pinto y de los hermanos Carlos y Atanasio de Málaga, fundadores del pueblo de Yarabamba, se hace mención de nombres de pueblos, estancias, majadas y regiones de pastales en lengua puquina y que actualmente muchos de éstos han sido cambiados por nombres quechuas y españoles.

En algunos títulos de propiedades rústicas de Polobaya, Poci y Quequeña se descubren nombres de regiones y de familias, de procedencia puquina y que después han sufrido una completa transformación con sus nuevos propietarios españoles y mestizos.

En el recurso que presenta don Francisco Arenas y Pinto, ya mencionado, al señor General don Mariano de Orive, Corregidor y Justicia Mayor de la villa de Moquegua en 1780, pidiéndole mande darle posesión de algunas estancias compradas a un señor Capitán Alonso de Cáceres, hace mención de nombres de pura contextura puquina como Candahuaya, Cora-laque, Paca y Nawan.

Otro documento valioso para probar que la vasta extensión ruinosas desde Arequipa hasta Puquina fue poblada por uros o puquinas son los libros parroquiales de las doctrinas de Pocsi y de Quequeña cuya evangelización, en los primeros años del Coloniaje fue confiada, como ya dejé dicho, a los Padres franciscanos de la provincia de los Charcas. En las partidas de bautismos, de matrimonios y de defunciones se hace notar el nombre y apellido de los indios, de sus padres y el lugar de su procedencia. Pues bien, muchos de los nombres indígenas y las comarcas donde viven, según dichos registros parroquiales, son de procedencia puquina como Chihui, Ocola, Pocsi, Yquirá, Cahuila, Kutipa, Zeki, Piaca, Pakurí, Paranay, Chilata, Kakana, Yuquila, Nawan, Cora-huaya, Turata, Tuana, Hui-hui., etc. etc.

En tiempo de la República, el año 1834, el Gobierno del señor General Orbegoso nombró a los señores Fernando Rivero y Lorenzo Ruiz de Somocurcio para que asignaran en propiedad, en nombre de la Nación, los terrenos conocidos con el nombre de tierras de tributarios en la doctrina de Pocsi. En las mediciones, tasaciones y límites de que hace mención en las respectivas hijuelas el agrimensor, se registran nombres netamente puquinas. Para mayor ilustración del lector transcribo uno de estos documentos importantes:

“En el pueblo de Quequeña, a quince días del mes de diciembre de mil ochocientos treinticuatro años; yó el agrimensor que suscribe en cumplimiento de lo mandado por el Juzgado de Matrículas he medido y deslindado para la indígena Isidora Pacsi, matriculada en Uzuña, un topo de tierras que le corresponde por tasación y se halla sito sobre la acequia y linda con tierras de Diego Cruz, de Pedro Zuni, de Pacuri Copa y Pasco. Y para los efectos que convenga doy la presente en el día de la fecha. Fermín Málaga. Juzgado de Matrícula”. Hecha la hijuela obtuvo la aprobación en los siguientes términos: “En virtud de la comisión que se nos ha concedido por el Gobierno para la igualación de tierras en esta Doctrina, le aseguramos en propiedad a la indígena viuda Isidora Pacsi las tierras contenidas en la anterior hijuela y le administramos posesión en nombre de la República. Y para que conste firmamos esta en Quequeña, diciembre 18 de 1834. Fernando Rivero.— Lorenzo Ruiz de Somocurcio”. En esta relación los nombres: Zuni, Pacuri, Pacsi y Uzuña son puquinas.

Antes de seguir adelante en este trabajo es menester hacer constar que la obra de Rivet “La Langue Uru ou Pukina” con su magnífico cuadro comparativo de las lenguas del Oriente Amazónico, de filiación arahuac y con las demás lenguas del altiplano peruano-boliviano, me ha servido de faro en mis investigaciones filológicas. Y merced a este monumento impercedero

de la ciencia americanista se ha podido desentrañar enigmas al parecer indescifrables.

Orientado por este trabajo de lingüística he podido deducir que muchas palabras aymaras y quechuas tienen su origen en el puquina y que son pocas las que los uros tomaron de dicho idioma, durante el milenario contacto que tuvieron con estas razas braquicéfalas que se adueñaron del altiplano interandino en luchas sangrientas de siglos.

EL NOMBRE DE AREQUIPA ES DE ORIGEN PUQUINA

Estando ya terminada esta obra tuve la grata satisfacción de descubrir la antiquísima ciudad puquina de Kasa-Patak en las cumbres de los cerros rocosos de Tingo, a cinco kilómetros de la ciudad de Arequipa. Este sensacional descubrimiento, de grande importancia para la prehistoria arequipeña me obliga a rectificar los conceptos que había vertido en este mismo libro sobre la etimología de Arequipa.

Decía entre otras cosas lo siguiente: "Los nombres acomodativos de Ari-quepa que en lengua aymara significa: "Detrás de la Cumbre" y el de Are-quepay, quechua, que se traduce: "Sí, quedaos acá", cuando en realidad no existía pueblo importante en la campiña arequipeña ni ésta ofrecía el panorama espléndido que ahora le caracteriza, hay razones poderosas para afirmar que dichas etimologías, aymara y quechua, no corresponden a la realidad de los hechos constatados por la arqueología".

El descubrimiento de Kasa-Patak, efectuado el 16 de noviembre de 1942, viene a comprobar con argumentos convincentes de que la región netamente arequipeña estaba densamente poblada antes que sufriera la invasión aymara del Collao por la raza antiquísima de los uros o puquinas quienes dieron el nombre de Are-quiapi a toda la extensa región que dominan el Misti y el Chachani.

LA ONOMASTICA Y LA TOPONIMIA, EN PARTE DE LA REGION, SON PUQUINAS

La onomástica y la toponimia de gran parte de la región arqueológica arequipeña, según las investigaciones filológicas realizadas hasta el presente, son de raíz y contextura netamente puquinas. Para ejemplo van las siguientes:

CHARACATO.— Viene de Schiarakates, vocablo puquina-arahuac, que significa: cerro de cumbres relucientes.

POCSI.— Vocablo uro; lugar en forma de plato.

PIACA-PIAQUINO.— Del verbo puquina-Pakari: pueblo en formación.

- QUEQUEÑA O QUENQUENA.**— Vocablo puquina: lugar rocoso, sólido.
- CHURAJON O CHURAJORAU.**— Vocablo uro: pueblo sabio.
- ZEKI.**— Vocablo uro-arahuac: vientre. Este lugar está cerca de Churajón.
- CHILATA.**— Vocablo uro: Majada. Lugar cerca de Churajón.
- SOGAY.**— Vocablo uro-arahuac: testículos. Pueblo anexo de Quequeña.
- PARA-NAI.**— Uro-arahuac: carbón de leña. Pueblo cerca de Churajón
- KUTIPA.**— Uro-puquina: color amarillo; apellido de familias de Chapi y de Puquina.
- LIPE.**— Puquina-arahuac: carne. Apelativo de Uzuña y Polobaya.
- OCOLA.**— Uro-arahuac: casa. Apelativo de familias de Quequeña.
- CHI-HUI.**— Uro: arroz. Apelativo de familias de Quequeña y de Sogay.
- QUI-CHI-NI-UAY.**— Uro: pueblo en barranco. Pueblo anexo de Quequeña.
- CHOCORA.**— Uro: culebra. Usado por los de Uzuña y Polobaya.
- MALAKAI.**— Uro-arahuac: tía. Voz corriente en Chilata y Piaca.
- ANA-CHUCHUNI.**— Uro-arahuac: feo. Usado en Pocsi.
- KALIÑO.**— Uro: pescado. Usado en las majadas de la pampa de Uzuña.
- UA-KA-LE.**— Uro-arahuac: corazón. Usado en Uzuña.
- KIBERO.**— Uro-arahuac: plato de barro. Se habla en Tuctumpaya, cerca de Piaca.
- ZURUQUE.**— Uro-arahuac: maíz triturado. Usado en Chajrón, cerca de Churajón.
- SIRUMA.**— Uro-arahuac: la nube. Usado en Pocsi.
- YUQUILA.**— Uro-arahuac: lugar solitario. Propiedad rústica, cerca de Quequeña.
- NA-WAN.**— Uro-puquina: joven. Lugar cerca de Uzuña.
- CORA-UA-YA.**— Uro-arahuac: agua que canta. Lugar cerca de Uzuña.
- TU-RATA.**— Uro-arahuac: brillante. Usado en Uzuña.
- TUANA.**— Uro-arahuac: mujer. Usado en Uzuña.
- HUI-HUI.**— Uro-arahuac: vertiente pequeña. Usado en Piaca.
- KAMANCHACA.**— Uro-puquina: niebla. Usado en Pocsi y Quequeña.

Estos son los vocablos netamente puquinas, que usan actualmente en su habla los indígenas que moran en los apartados caseríos de Pocsi, Quequeña y Puquina, y que pude recoger en mis cortas excursiones por la Zona de Tola arequípeña.

Antes de que hiciera los trabajos de investigación arqueológica en esos lugares que acabo de describir, ya un notable explorador alemán, el doctor Kimmich, estando algunos días en el pueblo de Pocsi, en agosto de 1921, dióse cuenta de que muchas de las palabras que usaban en su lenguaje ordinario los vecinos de esa localidad eran de origen uro o puquina, aymara y quechua. Después de un examen minucioso sobre la filología comparada de las palabras, objeto de sus estudio, pudo sacar la siguiente conclusión: "Que Pocsi ha sido en la antigüedad, si no un pueblo enteramente puquina,

al menos lo fue en gran parte. La tribu de los pescadores uros estaba representada allí desde muchísimos siglos, pues he encontrado unas palabras de origen genuinamente puquina" (46).

Toda esta nomenclatura de vocablos y voces de procedencia uro-puquina-arahuac muestra sin lugar a duda que en la región vasta del Alto y Bajo-Arequipa se habló durante siglos la lengua misteriosa de los uros.

La historia y la antropología, la etnografía y la lingüística están de acuerdo en afirmar que los moradores milenarios de la extensa región interandina del altiplano peruano-boliviano se desplazaron hacia las llanuras y valles de la Costa y ocuparon la región occidental de la Cordillera Volcánica desde las primeras vertientes del río Sigüas y el de Tambo hasta las riberas del Pacífico, fundando un poderoso y floreciente imperio bajo los felices auspicios de una vida esencialmente agrícola y pastoril que les aseguró el bienestar de su existencia como lo demostraré en el próximo capítulo.

(46).—Kimmich, J., "Arqueología Arequipeña. Viaje arqueológico a Pocsí". En "El Deber", Arequipa, 6 de setiembre de 1921.

CAPITULO XI

CULTURA DE LOS PUQUINAS

LOS uros o puquinas, de procedencia amazónica, después de haber llevado durante miles de años una vida esencialmente de cazadores y de pescadores en una vasta extensión geográfica del Altiplano, cubierto en su mayor parte de un rosario de lagunas, se multiplicaron y progresaron en gran escala hasta que llegaron a constituir un estado grande, rico y poderoso.

El ayllu arahuac primitivo, evolucionó las etapas sociológicas desde la horda nómada y aventurera hasta la formación de la tribu por la reunión de clanes sobre las sólidas bases de un comunismo netamente agrario.

A la cultura primitiva de las grandes familias, que era verdaderamente patriarcal, sucedió la cultura agraria, netamente matriarcal, que introdujo el cultivo de las plantas propias de la meseta andina, que puso las primeras bases de una vida organizada y sedentaria.

En seguida, establecióse la monarquía, es decir, el predominio de la tribu que más se había distinguido por su inteligencia, pericia y acierto en el gobierno como por el coraje y valor de que había dado pruebas elocuentes en su propia defensa contra la ambición y piratería de las demás tribus en constante revolución y anarquía.

Después de negra noche de luchas fratricidas entre tribus de la misma raza arahuac que se disputaron palmo a palmo los lugares más ricos en caza y en pesca en los lagos y ríos de la extensa altiplanicie interandina surgió vigorosa y triunfante la fracción o rama de los uros o puquinas que llegó a establecerse en sociedad permanente, dentro de un colectivismo y comunidad admirables bajo el amparo de un gobierno, en un principio harto humanitario y altruista, que atendía esmeradamente todas las necesidades de la población, como verdadero padre del pueblo, pero después se convirtió en un régimen cruel, despótico y sangriento.

Los productos de la caza y de la pesca no satisficieron completamente las necesidades de una densa población, y esta necesidad imperiosa en la lucha por la existencia obligó en gran parte a los agregados sociales, que constituían el estado puquina, a abandonar la industria milenaria de las lagunas para salir a tierra firme y allí labrar con más esfuerzo su mayor comodidad y bienandanza.

Los pescadores y cazadores convertidos, por obra de la dura necesidad, en pastores y agricultores, dedicáronse de lleno a la cría de ganado con la domesticación de la llama y la alpaca, y al desarrollo de la agricultura con el cultivo de la papa, principal producto alimenticio de las poblaciones andinas. La industria agro-pecuaria constituye, pues, la segunda fase de la cultura en la meseta andina.

El cultivo de la papa y la domesticación de la llama acusa una antigüedad muy remota. No se puede admitir que en tan reducido tiempo que reinaron los aymaras y los quechuas, en la zona altiplánica, hayan podido llevar a feliz realización obras tan gigantescas que demandan millares de años. El esmerado cultivo de la papa (*Solanum Tuberosum*) ha llegado a tal perfección en la inmensa estepa interandina que no se puede conseguir más variaciones de la primitiva planta silvestre de donde han procedido todas las demás clases de este nutritivo tubérculo.

Lo mismo se puede decir en lo que respecta a la domesticación de la llama (*Auchenia Llama*), de la alpaca (*Alpaca Shuri*) y de la *Auchenia-Alpaca*, utilizados como animales de carga, pues para llegar a esta perfección en la ciencia ganadera han debido transcurrir muchísimos años de labor paciente y abnegada. Los estudios que se han hecho sobre este particular demuestran que la llama doméstica actual, presenta ya indicios de degeneración, habiendo desaparecido el ancestral salvaje de donde salió.

“La agricultura altamente desarrollada — dice Troll — y la cría de ganado son igualmente las dos características principales de las civilizaciones andinas; la cría de ganado aparece en ellas hasta como caso único en todo el nuevo mundo” (47).

CAPITULO XII

EL ALTIPLANO, CUNA DE LAS CIVILIZACIONES ANDINAS

EL Altiplano fue cuna de las civilizaciones andinas, y estas civilizaciones surgieron en íntima conexión con el cultivo de la tierra y con la cría de animales, porque toda la economía de las primitivas agrupaciones humanas en la zona andina tiene carácter profundamente agrario. La organización política, social y religiosa del Estado “dimanan de representaciones y necesidades agrarias”. Todo el torrente de vida de los pueblos primitivos —con sus supremas aspiraciones de renovación y de grandeza, y de infinita superación— se inspira en intereses esencialmente agrícolas.

El primitivo habitante del Ande, salvaje en un principio, renació a una nueva vida de cultura y civilización mediante el cultivo esmerado del suelo ubérrimo de la extensa hoya interandina.

“La Zona de Puna — agrega Troll — fue la única adaptable para el desarrollo de una gran cultura porque esta inmensa meseta, que se extiende de sur a norte hasta el paralelo 8, es la más rica desde el punto de vista geográfico”.

El Altiplano fue pues la región ubérrima por excelencia porque como ninguna otra de la América cuenta con grandes planicies regadas por multitud de ríos que descienden de la Cordillera durante el año y por lluvias periódicas, donde crecen nutritivos pastos forrajeros. Por estas facilidades que brinda la Zona de Puna convirtiéndose dicho lugar desde los primeros albores de la civilización andina en el centro principal de la crianza de la llama y de la alpaca y en la despensa inagotable de productos alimenticios como la papa, la oca, el olluco y demás solanáceas propias de la región, y en cereales como la quinua, la cañigua y el maíz, en clima más templado. Para el sabio alemán, ya citado, “los Andes de Puna constituyen el centro principal de la cultura más antigua del Perú”.

No hay duda que el importantísimo estudio de Troll sobre las regiones donde florecieron las más notables civilizaciones andinas ha prestado inapreciables servicios a la arqueología prehistórica porque ha desvanecido los falsos conceptos vertidos en libros, periódicos y revistas, por muchos historiadores y viajeros quienes, no conociendo a fondo dicha región altiplánica, la tenían por una especie de páramo desolado, de clima glacial, sin calor y sin vida, donde se hacía difícil el desarrollo y florecimiento de ninguna cultura.

José Imbelloni, notable escritor italo-argentino, sostiene también estas mismas afirmaciones del gran geógrafo alemán cuando dice que "la región del Titicaca no es sumamente fría ni árida y que es falso que en ella no prosperen los cereales, pues los cultivadores de aquel territorio hacen producir el maíz, el trigo y la cebada, hechos constatados por el mismo autor" (48).

Y el que estas páginas escribe, durante los seis años que ha residido en Bolivia, entre La Paz y Oruro, Cochabamba y Sucre, ha podido convencerse firmemente de que dicha región altiplánica ha sido y es actualmente el granero de abastecimientos de gran parte de las ciudades de Bolivia y el sur del Perú, pues uno de los centros agrícolas y ganaderos más importantes de ambas naciones se halla en las ubérrimas planicies que rodean el lago Titicaca.

En realidad de verdad, parecíame ver y contemplar un pedazo de la pampa argentina entre Mendoza y Buenos Aires, cuando en febrero de 1919 recorría a caballo algunas inmensas haciendas de Puno, de propiedad de don Manuel Muñoz Nájar, y las que bordean el Gran Lago legendario hasta cerca de la ciudad de La Paz, llanuras cubiertas de pingües pastos donde pacían infinidad de ganados vacuno, lanar y caballar.

Leo Pucher, ilustre investigador de restos arqueológicos, en un conceptuoso estudio sobre la interpretación de los bajo-relieves de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, concretándose únicamente a los motivos decorativos de la figura central, declara: "el fondo del enigma de la portada de Tiahuanaco, está sostenido por seres de la fauna y de la flora local: el puma, un lepidóptero y el acchi o ave de rapiña y la planta denominada targuy. Es decir, los productos de la agricultura, sus plagas y los enemigos de éstos sin que aparezcan representaciones de carácter astronómico ni siquiera del Sol. Por lo tanto, el templo a que pertenecía la citada puerta estaba destinado a celebrar ritos para proteger los sembríos" (49).

El Altiplano fue desde tiempos remotos un campo sumamente fértil donde creció exuberante, rico pasto forrajero que servía de alimento a infinidad de animales salvajes, y después que el hombre conoció los secretos de la agricultura y las ventajas de la cría de ganado domesticado, convirtiéndose la inmen-

48)—Imbelloni, José, "La Esfinge Indiana; antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos", Buenos Aires, 1926, p. 14.

(49)—Pucher, Leo, "La Puerta del Sol de Tiahuanaco". En "La Prensa", Buenos Aires, Octubre de 1937.

sa meseta interandina en un mar de flores y de frutos, esmaltado de vistosos rebaños de llamas, alpacas y vicuñas.

No podrá decirse que las condiciones geológicas, meteorológicas y orográficas han cambiado grandemente desde que tomaron posesión de él las primeras hordas puquinas hasta nuestros días, porque estudios hechos por notables hombres de ciencia sobre la naturaleza del lugar han demostrado que la altura y el clima del altiplano interandino han sido siempre los mismos desde hace muchísimos siglos. Los cataclismos de Tiahuanaco, de que hace mención Arturo Posnansky, tuvieron lugar antes de que el hombre tomara posesión del mundo nuevo descubierto por Colón.

La cultura puquina surgió, pues, del estrecho vínculo entre esta agrupación humana de procedencia amazónica con la naturaleza feraz, exuberante del sector interandino cuyo ambiente físico y medio geográfico le fueron sumamente propicios a su desarrollo y florecimiento cultural. El clima no tan riguroso y el suelo fecundo del Ande tuvieron grande y poderosa influencia en sus destinos históricos.

La raza arahuac, desde que se estableció en la meseta andina, después de su larga y penosa peregrinación por la selva amazónica, supo muy bien aprovechar, utilizando en beneficio propio todos los productos que le brindaba generosamente esta privilegiada región altiplánica. Así, los inmensos lagos le proporcionaron caza y pesca en abundancia; los campos, de exuberante vegetación, ofrecíanle toda clase de productos alimenticios sin más esfuerzos para conseguirlos que la destreza y agilidad en manejar sus armas y herramientas y el arte de saber seleccionar los variados y sustanciosos frutos silvestres.

El hombre primitivo, al conocer las grandes ventajas que reportaba la carne, la leche y la lana de los animales salvajes, que en gran número poblaban las fértiles mesetas y colinas de la puna andina, concibió y llevó a feliz realización la domesticación de los animales para utilizarlos mejor en provecho propio.

Cosas análogas hace con los árboles que le habían proporcionado frutos naturales para su alimentación. Observa cuidadosamente como se reproducen y desarrollan ciertas plantas, siembra la semilla en el tiempo oportuno de las lluvias o las riega artificialmente y con este ejercicio nace la agricultura.

Con esta invención tan ingeniosa, el habitante del Ande se apodera de la tierra; sus energías las dedica en adelante a los trabajos del agro, porque ya conoce y comprende que la vida aventurera de recolector de frutos silvestres y de cazador va a cambiar por completo, va a mejorar en gran escala su condición social y económica.

La agricultura transformó completamente la vida del hombre andino. Las periódicas labores agrícolas arraigaron el hombre a la tierra y este estancamiento en su vida activa para defender el fruto de su trabajo dió por resultado la formación de una sociedad estable y organizada, principio indispensable de toda cultura.

Con esta lógica argumentación no es mi propósito demostrar que todas las principales civilizaciones que se han sucedido en el mundo antiguo como las de Egipto, Grecia y Roma hayan pasado por estas múltiples fases que se acaban de esbozar, sino únicamente poner de manifiesto que los agregados sociales de procedencia amazónica, forjadores de la primitiva cultura altioplánica, siguieron estas etapas en su lento y laborioso progreso hacia un porvenir mejor, porque el clima, la naturaleza de la región y la condición de vida que llevaban les exigió seguir esta evolución singular.

“La cultura — dice Valcárcel — no es una planta sin raíces, no es una cosa que se desarrolla en el aire, necesita de una base física, de un suelo al cual se arraigue. Cuando la cultura ha perdido sus raíces o terminado sus posibilidades de vida entonces la cultura ha muerto” (50).

CAPITULO XIII

TIAHUANACO PUQUINA

LOS puquinas, dueños de los indispensables medios para asegurar su existencia mediante el cultivo de los campos y la cría de ganado, establecieron en sociedad estable y bien organizada bajo un gobierno teocrático y empezaron a construir los edificios megalíticos del Primer Período de Tiahuanaco, cuyo acervo inmenso de cultura conquistada por sus laboriosos antepasados en los ríos del oriente amazónico y en los lagos de la altiplanicie andina, pusieron de manifiesto en esos monumentos admirables de la urbe antiquísima y misteriosa, cuyas ruinas llaman la atención de las generaciones.

De los estudios hechos últimamente en las excavaciones de los diferentes estratos culturales de Tiahuanaco; del examen de los cráneos dolicocefalos de los restos humanos y de las industrias de procedencia selvática; del estilo realista de las primeras construcciones; de los ideogramas de carácter religioso de sus primitivos habitantes, se saca como conclusión que fueron los puquinas de filiación arahuac los genuinos forjadores de la primera cultura tiahuanacuense.

“Los arahuacques —dice Posnansky— han estado, sin lugar a duda, en la región andina antes de la última época glacial. Arahuacques, quizá en consorcio de pequeñas pero dinámicas tribus collas han sido los constructores de Tiahuanaco en su primer y probablemente también en su segundo período. Los arahuacques de carácter pacífico y dócil, pero abúlicos y soñolientos, tuvieron una altísima cultura y fueron, sojuzgados después, poco a poco, por los agueridos collas de las cordilleras que invadieron entonces el Altiplano cuando los grandes lagos se secaron” (51).

En las ruinas de Tiahuanaco se observa dos clases, dos estilos de construcciones correspondientes a dos civilizaciones completamente distintas. Así lo han asegurado grandes hombres de ciencia después de prolijas investigaciones.

El escritor boliviano Belisario Díaz Romero en su estudio sobre las ruinas de Tiahuanaco descubre, en dichos restos, dos civilizaciones distintas cuando dice: "El examen de las ruinas de esta ciudad —Tiahuanaco— demuestra a todas luces que en dicho paraje se sucedieron dos civilizaciones muy diferentes, porque los monumentos todos no son de una misma época" (52).

El eminente publicista argentino Bartolomé Mitre defiende también la hipótesis de dos razas, de dos estilos en la historia de las ruinas mencionadas. "Todo indica —explica aquel egregio maestro— que las estatuas y las obras congéneres de las ruinas son más antiguas que los monolitos y los ídolos, que pertenecen a una civilización igualmente extinguida, pero más antigua que las que representa las ruinas de Tiahuanaco propiamente dichas" (53).

PRIMER PERIODO DE TIAHUANACO

En las primeras páginas de este libro me ocupé de la primitiva cultura de los puquinas cuando sólo eran cazadores y pescadores en los numerosos lagos de la meseta andina, y puse de relieve las características principales de su rudimentaria cultura en sus artes e industrias importantes, muchas de las cuales conservan, hasta ahora, los uros de Iru-Itu, y de la forma singular de sus primitivas habitaciones llamadas kullpis o chaucallas; mas ahora al tratar de la segunda fase cultural de esta raza singular, cuando dejaron la vida lacustre para dedicarse al cultivo del suelo ubérrimo del Ande y a la cría de ganado, ya en gran parte domesticado, es necesario dar a conocer las obras más notables que produjeron en esta época llamada Primer Período de Tiahuanaco.

Esta época nebulosa del Collao en la que los puquinas, habiendo conocido el uso del bronce, empezaron a construir con piedra arenisca o asperón rojo-suntuosos templos a sus dioses y magníficos palacios a sus reyes, de tan extraordinarias proporciones que sus ruinas, como ya se ha dicho, llaman vivamente la atención de los sabios y viajeros que las visitan.

MONUMENTO DE ACAPANA

Los monumentos más importantes de este período primitivo de Tiahua-

(52).—Díaz Romero, Belisario, "Ensayo de Prehistoria Americana. Tiahuanaco y la America primitiva", La Paz, 1920, p. qu. 81.

(53).—Mitre, Bartolomé, "Las ruinas de Tiahuanaco. Recuerdos de viaje", Buenos Aires, 1879, p. 52.

naco son los siguientes: El conocido con el nombre de Acapana, que es un montículo en parte natural y en la otra artificial que se levanta a una altura de 50 metros. Fue construido con terraplenes concéntricos sostenidos por grandes muros de contención adquiriendo la forma de una pirámide truncada.

Las murallas que se hallan orientadas a los cuatro puntos cardinales, están formadas por grandes piedras rectangulares ofreciendo a sus lados ranuras bien apropiadas para recibir piedras de menores dimensiones, comunicando al muro, en su parte exterior, cierta forma redondeada ingeniosa.

Si se examina bien los diversos compartimientos de este grandioso edificio, se llega a la conclusión que sirvió de fortaleza, por su disposición estratégica, y de templo, por su carácter interno, netamente religioso. Fue sin duda el lugar destinado para los sacrificios.

Por los diversos estilos, que ostenta su construcción, se deduce que fue edificado, en su mayor parte, por los puquinas y terminado por los colla-aymaras del Segundo Período.

CLOACA MAXIMA

Con este nombre se denomina la laguna que existe en el centro del cerro de Acapana, hecha exclusivamente con fines guerreros o estratégicos. Llenábase ese estanque con aguas de las lluvias y podía en caso de guerra prestar grandes servicios a los sitiados. Las aguas sobrantes salían del lugar por un canal ingeniosamente trabajado, el cual, después de seguir el curso de los grandes muros de la fortaleza, desembocaba muy lejos.

TEMPLO DEL SOL O PALACIO PRIMITIVO

El gran arqueólogo Squier lo llamó Templo del Sol y es el edificio más antiguo de Tiahuanaco por su forma y estilo singulares. Está construido con la misma técnica de los anteriormente citados, en forma de terrazas, de pequeña elevación, pues no tiene sino 6 metros de alto. Abarca un extenso terraplén de 163 metros de largo por 159 de ancho. Los muros de contención están construidos con grandes piedras, unas bien pulimentadas y otras toscamente labradas y entre éstas se interponen piedras pequeñas bien encajadas.

En este templo se pone de manifiesto el estilo inconfundible del puquina megalítico o sea del Primer Período de Tiahuanaco con sus columnas distantes de 2 a 3 metros en forma de un enorme pórtico. Por carecer todas estas construcciones de cimientos sólidos y firmes, no han podido resistir la acción destructora del tiempo.

Notas características de este período son dos clases de cabezas humanas: unas labradas en la misma piedra y otras que sobresalen de los muros de estos antiquísimos edificios, talladas burdamente por falta sin duda de herramientas apropiadas, pero representadas del natural. (Lámina XXXIV).

Muchos de estos bustos tienen ojos hartamente expresivos, llevan en la cabeza gorros, algunas caras están con barba, distinguiéndose del Segundo Período por el simbolismo y la estilización que son las cualidades más notables de estos últimos.

El escultor primitivo o arahuac, procuraba retratar lo más fielmente posible a sus personajes, aunque carecía de los medios apropiados para ello; el tallador del Segundo Período es más artista, las líneas del rostro de sus personajes son más perfectas.

El interior de este espacioso santuario estaba maravillosa y artísticamente adornado de multitud de estatuas y monolitos gigantes, labrados en asperón rojo, algunos de éstos admirablemente grabados; mas, por desgracia, todos estos primores del arte antiguo han sido destruidos completamente por la ignorancia y estupidez de los falsos sabios y especialmente de los huaqueros que todo lo han saqueado, destrozando en su afán insaciable de encontrar, en esos lugares, tesoros ocultos. Algunas de estas estatuas han sido llevadas para ornamentar la iglesia católica del pueblo de Tiahuanaco y otras para prestigiar más los valiosos restos que conserva cuidadosamente el gran "Museo Tiahuanaco" de la ciudad de La Paz.

LA CERAMICA

La cerámica de este período se distingue por su carácter netamente utilitario y por su forma y tipo rudimentarios como los ejemplares de la época primitiva, pues no sufrió cambio notable en su contextura y ornamentación.

En el Primer Período de Tiahuanaco, que marca la segunda fase cultural del Imperio Puquina, se llegó a un alto grado de progreso y de engrandecimiento, pues la perfección de sus artes y sus industrias reflejan esta época gloriosa de la civilización puquina, cristalizada admirablemente en los muros, adorno y decorado de sus suntuosos templos y palacios de la ciudad teocrática y religiosa por excelencia: Tiahuanaco.

CAPITULO XIV

DECADENCIA DEL ESTADO PUQUINA EN EL ALTIPLANO

INVESTIGACIONES meteorológicas e hidrográficas hechas últimamente por grandes hombres de ciencia, han demostrado que la vasta región interandina del Perú y de Bolivia atraviesa por períodos de sequía más o menos prolongados en el decurso de los siglos.

Ahora se explica que los desplazamientos de las culturas andinas obedecieron no tanto a invasiones incontenibles y poderosas de pueblos conquistadores cuanto a terribles flajelos como el de las sequías que paralizaron todas las actividades y energías de los pueblos.

Así se comprende las rápidas decadencias y desplazamientos que sufrieron sucesivamente las culturas puquina y la colla-aymara del Altiplano, que para muchos sabios era un misterio, un enigma difícil de desentrañar y de resolver.

Las prolongadas sequías de los años 1940 y 1941 en la meseta interandina, que causaron grandes desastres a los pueblos afectados con la pérdida de los sembríos y la muerte de numerosos ganados por falta de pasto forrajero, ha venido a confirmar, con argumentos convincentes, la verdad que trato de esclarecer.

Arturo Poznansky, en artículo publicado en "El Diario" de La Paz, y reproducido por "El Deber" de Arequipa, en edición del 1º de julio de 1940, se expresaba en estos términos: "Las funestas consecuencias de la sequía para la hidrología y climatología del Altiplano, muy especialmente para la agricultura, puede comprenderlas cualquiera. Excepto la región lacustre con un círculo de 40 kilómetros, donde se obtuvo por la influencia benéfica de las aguas una regular cosecha, en el resto del Altiplano éstas se han perdido desde un noventa hasta un cien por ciento. . ." Por todo lo que en el momento se puede observar, anúnciase también el próximo año agrícola en forma desastrosa.

“Hay un ciclo de 23 años de máxima a máxima de bajante de las aguas del Titicaca, constituyendo la actual la mayor bajante que la generación viviente ha experimentado desde el año 1916. Como el Titicaca constituye el Pluviómetro más grande del mundo, esta bajante del lago está directamente influenciada por las precipitaciones atmosféricas, las que a su vez están relacionadas con el fenómeno de las manchas solares” (54).

Y las pésimas consecuencias de esta espantosa sequía en el altiplano peruano dió a conocer el semanario “Democracia”, editado en Puno, en un editorial, transcrito también por “El Deber” el 25 de marzo de 1941 y cuyos párrafos principales son estos: “La masa indígena del departamento de Puno quedó tan indigente a consecuencia de la sequía que se alimentaba de pasto y de raíces, lo que produjo numerosas intoxicaciones. . . La vida de los indios se extingue por inanición. La causa principal de este grave problema en los intereses de la colectividad nacional la constituyó las sequías del año pasado, las cuales causaron graves daños económicos en la población indígena, la que perdió íntegramente sus cosechas. Se afirma que en Capachica fue tal la angustia y miseria en que vivió la clase aborígen que llegó hasta disputar el pasto seco a los ganados o extrajo raíces de las plantas que habían sobrevivido a la sequía para alimentarse, pues muchos murieron por intoxicaciones y enfermedades extrañas. Y no se presentó sólo el problema de la mendicidad indígena, sino que también muchos de ellos emigraron al Cuzco por camino de herradura y también llegaron a Arequipa”.

“Es por eso —decía “El Deber”— que hace poco vimos en los diarios locales que en el Mercado de San Camilo se produjo gran alboroto por el hecho de que varios indígenas vendían a sus hijos por uno o dos soles”.

El periódico cuzqueño “El Mercurio”, de marzo de 1941, comentando la mendicidad indígena de Puno por el mencionado flajelo decía: “Todo esto prueba la dolorosa situación por la que atraviesa el indígena puneño. Los trastornos atmosféricos que hemos mencionado trajeron consigo además enormes daños no sólo en los sembríos, sino también por la desaparición de incalculables cabezas de ganado causando el desequilibrio de la economía del departamento de Puno”.

De los innumerables desastres que causó la falta de lluvias de los años 40 y 41 en la vasta región del Collao, se deduce lógicamente que fueron las sequías, que se suceden en períodos de siglos, las causas principales del éxodo imperioso de los pueblos andinos hacia la Costa o hacia las regiones de la Selva o del Oriente, ocasionando este desplazamiento forzoso la inevitable decadencia de las culturas que nacieron y se desarrollaron en la meseta andina.

(54).—Ponansky, Arthur, “El río desaguadero ya no desagua por la tremenda sequía”. En “El Deber”, Arequipa, 1o. de julio de 1940.

CAPITULO XV

EXODO DE LOS PUQUINAS DEL ALTIPLANO

CUANDO el genio infatigable de esta raza, laboriosa por excelencia, se esforzaba en llevar a feliz realización las obras monumentales que había empezado bajo tan buenos auspicios en la época que llaman los arqueólogos Primer Período de Tiahuanaco, fueron sorprendidos por la terrible plaga de la sequía, de consecuencias fatales, desastrosas para la agricultura y la ganadería de esos lugares.

Durante algunos años, un sol de fuego hizo sentir sus pésimos efectos en las colinas y llanuras de la inmensa hoya interandina. A estos calores africanos siguieron las malditas heladas, originadas por una total ausencia de lluvias, las que acabaron con la agricultura y la ganadería, pues los sembríos se perdieron y se secó, en gran parte, el pasto forrajero que era la vida y sostén de los animales. El frío intenso de la puna y el calor abrasador del mediodía se encargaron de convertir al paradisíaco Altiplano en un páramo desolado y triste, como un árido desierto de nuestras costas, sin agua, sin vegetación y sin vida.

A esta verdadera calamidad que experimentaron los puquinas, vino a sumarse la persecución última y sangrienta que tuvieron que soportar de parte de los aymaras, quienes, aguerridos y feroces como eran, se apoderaron de las regiones que podían cultivarse con las pocas aguas de los ríos que desembocan en el lago Titicaca y con las vertientes que brotaban al pie de las grandes cordilleras.

Los uros ante este empuje arrollador de sus ancestrales enemigos, viéndose privados de sus campos irrigables y de gran parte de sus rebaños de llamas y de alpacas, que aún lograban sostenerse con el diminuto pasto de la puna inclemente, y antes que la hambruna los exterminara, se vieron en la imperiosa y urgente obligación de abandonar esas regiones donde habían llevado, du-

rante miles de años, una vida feliz y venturosa, en una verdadera edad de oro, pues disfrutaron, como ningún otro pueblo del mundo antiguo, de la exquisita pesca y abundante caza de los grandes lagos y de los sabrosos frutos que brindaban por doquiera los fértiles campos de la dilatada altiplanicie, regada y fertilizada periódicamente por abundantes lluvias y por una infinidad de riachuelos que descienden de las cumbres nevadas de las cordilleras cercanas.

Las nuevas y grandes aspiraciones de estos pobres infelices, azotados por tantas tribulaciones e infortunios, eran las de radicarse en regiones extrañas, distantes de su querido solar, donde pudieran encontrar los medios más eficaces, indispensables, para poder vivir tranquilamente, en paz con sus dioses y con su conciencia, aunque para poder conseguir estos anhelados objetivos, fuera menester sufrir sacrificios sin fin y dedicar todo el esfuerzo colectivo a trabajos gigantescos, sobrehumanos.

CAPITULO XVI

ULTIMA INVASION DE LOS UROS O PUQUINAS

DESDE el siglo primero de Jesucristo empezaron ya los uros o puquinas a franquear la Cordillera Volcánica con rumbo a las playas del Pacífico. En varias excursiones que hicieron en este avance hacia los valles de la Costa tomaron posesión de gran parte del páramo arequipeño en la Zona de Tola hasta el valle de Tambo. Por eso encontramos, en dichos lugares, restos de sus industrias y de sus artes que acusa una edad primitiva, arcaica, cuando los uros atravesaban por la primera fase de su cultura rudimentaria. Pero estas invasiones hacia la parte occidental de la citada Cordillera se hicieron en pequeñas proporciones ya de familias como de pueblos. Sólo cuando el Altiplano se convirtió en paraje desolado e inhabitable a consecuencias de los terribles fenómenos atmosféricos y meteorológicos, de los que ya se ha hecho mención, se produjo el éxodo general de todos los pueblos que constituyeron el estado puquina de aquel tiempo.

Por los años 350 a 400 de Jesucristo, época en que el Imperio Romano de Occidente caía destrozado por las numerosas invasiones de los bárbaros germanos, tuvo lugar el gran éxodo doloroso de la raza puquina, de la gran meseta andina con dirección a los valles de la Costa.

Aunque ha sido difícil descubrir las vías que siguieron estos primitivos habitantes del Collao en su penosa peregrinación hacia las playas del Pacífico, con todo, por los restos antropológicos y etnográficos dejados por estas agrupaciones de filiación arahuac se ha podido señalar más o menos con precisión los sitios que fueron ocupados sucesivamente hasta llegar a la extensa región que domina el Chachani, el Misti y el Pichu-Pichu.

Pusieronse pues en marcha pueblos enteros, numerosos contingentes de pastores y agricultores, quienes viajaban en compañía de sus mujeres, de sus hijos, y sus rebaños de alpacas y de llamas, ocupando una extensión de varios

kilómetros, orientados por las blancas cúspides del Chachani, el Pichu-Pichu y el Ubinas con destino a la tierra de promisión.

Después de franquear la Cordillera Marítima por desfiladeros, quebradas y llanuras, encontráronse con pequeñas cadenas de montañas de rocas volcánicas, planicies pequeñas, huérfanas de vegetación, sin lluvias abundantes y desprovistas de pastos forrajeros, absolutamente necesarios para la manutención de sus rebaños de auquénidos.

Las pequeñas llanuras y quebradas de los distritos de Chihuata, Pocsi, Quequeña y Puquina estaban cubiertas de una vegetación muy pobre y de paja brava denominada ichu, y los cerros en su mayor parte poblados de lloque y de queñua y de un arbusto resinoso llamado tola. Toda la región baja del valle de Arequipa no ofrecía, a la avidez del viajero puquina, sino un aspecto sombrío, desolado, refrescado en parte por las aguas de los ríos Chili, Sabandía y Yarabamba que corrían suavemente por entre cerros y planicies a cuyas márgenes crecían, exuberantes, pequeños bosques de cactáceas y de yaros de vigorosos ramajes.

Amarga desilusión sufrieron, sin duda alguna, estos primitivos emigrantes al divisar por vez primera las torrenteras y pequeñas llanuras en declive sobre las cuales se alza hermosa e imponente la actual ciudad de Arequipa. Jamás brilló en la mente de estos pobres aborígenes la peregrina idea de que en estos parajes solitarios y arenosos, al pie del volcán más esbelto y majestuoso de los Andes Peruanos, en el devenir de los siglos, gentes barbadas, de gallarda presencia, con fe inquebrantable en su Dios y en su Rey y de ambiciones insaciables llegaran a fundar una opulenta y magnífica ciudad, la que debía bautizarse con el nombre de Villa Hermosa y después con el nombre puquina que se le dió a toda la región baja del valle en el día para siempre memorable de su descubrimiento, urbe que en el decurso de cuatro centurias ha llegado a ser una de las más progresitas y cultas del Perú.

CAPITULO XVII

TRABAJOS DE IRRIGACION ARTIFICIAL EN LAS REGIONES DEL PARAMO AREQUIPEÑO

EXPLORADA y conocida en toda su vasta extensión geográfica esta zona de los Andes Peruanos, llamada por Troll "Andes de Páramo", se empezó a transformarla completamente en un centro agrícola por excelencia mediante el cultivo por la irrigación artificial, dirigida por el genio admirable y comprensivo de este pueblo entusiasta, laborioso y dinámico como ningún otro del Perú precolombino.

Ante todo, debemos advertir que estos trabajos de irrigación artificial abarcan un área de más de doscientos kilómetros de norte a sur, es decir, desde cerca de la ciudad de Arequipa hasta el pueblo de Quinistacas cerca de Omate y desde el pie de la Cordillera Marítima hasta el valle de Tambo.

La gran irrigación de los Chimús en las fértiles llanuras, cercanas a la ciudad de Trujillo, que riegan los ríos Chicama, Mansiche y Virú, es a primera vista pequeña, insignificante, ante esas grandiosas y dantescas construcciones de ingeniería agronómica tan bien planeadas y mejor distribuidas que ni los grandes genios creadores de la agricultura Maya de Centro América ni los habilísimos aymaras del Collao pudieron llevar a feliz realización obras de magnitud semejante.

Por los restos de andenerías o terrazas de que está sembrada la extensa región arqueológica ya mencionada, y por los restos de acueductos por los que llevaban el agua a largas distancias, a través de profundos barrancos, quebradas, llanuras arenosas y cerros rocosos he podido levantar un plano más o menos exacto de esta obra notable de irrigación artificial con la que esta raza de titanes, sin parangón en la historia prehispanica del Nuevo Mundo logró transformar el páramo frío y desolado del ande arequipeño en un amenísimo y espléndido oasis, en una verdadera región paradisíaca, cubierta de verdes sembrados, superando en fertilidad y paisaje a las tierras laboradas por los anti-

guos faraones en el valle del Nilo, y a las otras no menos feraces que el famoso rey Amurabi convirtió de áridos desiertos en bellísimos y deliciosos jardines en la Mesopotamia.

Por los trabajos de fantásticas proporciones de esta irrigación, cuyas soberbias ruinas llenan de asombro a los viajeros que las visitan, se puede colegir fueron millares de obreros que trabajaban en turnos constantes de día y de noche dirigidos por expertos y hábiles ingenieros, conocedores a fondo de la accidentada y desconcertante topografía de esos lugares, y bajo el gobierno de caciques mandones, crueles y despóticos en hacer cumplir sus órdenes dictatoriales e inhumanas. Es de suponer que para llevar a feliz realización obra tan magna en varios años de titánico esfuerzo colectivo hubo necesariamente que sacrificarse muchísimas vidas. Las construcciones de sólidos acueductos, de terraplenes de acceso, de muros de contención y el acarreo de miles de toneladas de tierra vegetal de largas distancias exigía pues el sacrificio de cientos de millares de obreros y artesanos como se exigió, en otro aciago y triste día de la historia antigua, el de millones de parias infelices en las construcciones de las gigantescas pirámides de Egipto, en las soberbias murallas del Imperio Chino y en las pagodas del Indostán

Los terrenos cultivables arrancados a cerros rocosos y áridos desiertos, eran inmediatamente irrigados y después sembrados de diversas clases de papas, ollucos, ocas, quinua, cañigua, productos alimenticios de estos primitivos labradores de la región andina.

Para el feliz éxito de estas irrigaciones era absolutamente necesario el agua, y este elemento indispensable para la agricultura en vastas proporciones, había en abundancia en todas las regiones del páramo arequipeño. Desde el pueblo de Sabandía, a pocos kilómetros de la ciudad de Arequipa, empieza el rosario de vertientes que riegan y fertilizan los campos de los distritos de Sabandía, Chihuata, Paucarpata, Characato, Pócsi, Quequeña y Puquina.

Pero como las fuentes ubicadas al pie del Pichu-Pichu, eran caudalosas, verdaderos ríos, que podían irrigar enormes extensiones de terreno cultivable, se juzgó sabia y oportunamente llevar dichas aguas a largas distancias mediante apropiados canales de irrigación.

El plausible interés que había de extender, lo más posible, el área de terrenos cultivables los hizo crear el singular sistema de canales, de acueductos para poder sacar el agua desde las profundas gargantas por donde corría y llevarla así, en rápidos descensos por faldas de cerros escarpados, hasta los lugares más escondidos y lejanos de la bocatoma del río prisionero. Y estos canales fueron tan bien delineados y mejor distribuidos en la extensa zona cultivada que constituye la obra maestra de la cultura puquina.

Para satisfacer cumplidamente las necesidades más apremiantes de una densa población, cuyos productos alimenticios eran, en un principio, harto deficientes, fue menester convertir en terrenos cultivables las faldas de empinados cerros rocosos cubriéndolos de una capa gruesa de tierra vegetal traída de

lejanos lugares y sostenida por muros de contención, firmes y de extraordinarias proporciones.

El sistema de terrazas fue obra genuinamente puquina. No quiero decir que estos inmigrantes del Collao fueron los inventores de este original cultivo en perpendicular porque ya en época remota estaba en uso en algunas regiones de la China y de la India, pero puedo asegurar, apoyado en sólidas razones, que esta vigorosa y pujante raza andina por las notables reformas que introdujo en este nuevo método de irrigación artificial, puso el sello característico de su propia originalidad. Años más tarde, los aymaras y después los quechuas, guiados e instruidos por artífices geniales, llevaron estos trabajos agrícolas a su más acabada perfección, pues la técnica moderna nada tiene que rectificar en la ejecución ni los planos de estos verdaderos prodigios del antiguo arte peruano.

Con este ingenioso método de andenes resolvieron magistralmente, estos heroicos labradores del páramo andino, el problema de hacer de la tierra una madre enteramente fecunda, siempre laborable, nunca estéril e improductiva, pues las torrenteras y cascadas lejos de destruir los terrenos destinados en gran parte al cultivo, los abona, año tras año, con material siempre nuevo y fertilizante. (Lámina XXXV).

El ilustre escritor O. F. Cook en su estudio sobre los métodos de irrigación creados en el Perú se expresa del siguiente modo: "Los antiguos peruanos fueron con esta forma de irrigación, creadores de tierras fértiles. Mediante este sistema de conquista de la tierra, el abono depositado y afirmado hace que la tierra no pierda su fertilidad y el cultivo se pueda continuar como en terrenos aún no cultivados. La gran antigüedad de estos sistemas de terrazas adquiere así un significado especial mostrando la posibilidad de conseguir una agricultura peruana, lo cual constituye una base para la subsistencia de la civilización" (55).

El arqueólogo Squier que conoció muy bien las maravillas que ostenta por doquier el Perú, en las numerosas exploraciones que hizo a las regiones arqueológicas, ha manifestado su admiración por las obras de irrigación artificial de los primitivos peruanos. "Aquí —dice el citado hombre de ciencia— construyeron ellos aquellos maravillosos jardines colgantes que asombran por su extensión y encantan por su belleza, jardines que serán perennes testimonios de la maestría y buen gusto de sus constructores" (56).

Los muros de contención de la mayor parte de la andenería netamente puquina pertenecen al puro estilo megalítico y son tan sólidos, firmes e inquebrantables que desafían la acción destructora de los siglos.

(55).—Cook, O. F., "El Perú como centro de domesticación de plantas y animales", Lima, 1937. Publ. del Museo Nacional. Reproducido del "Journal of Heredity", Washington, Vol. XVI, Nos 2. y 3 de 1925.

(56).—Squier, E. George, "Peru, incidents of travel and exploration in the land of the Incas", Londres, 1877. (Trad. española por F. Ponce de León, Cuzco, 1927), p. 80.

Cuando se contempla, desde la cumbre del cerro Choquellampa, próximo a Churajón, esas gigantes murallas levantadas con enormes bloques pétreos en una considerable extensión, cuyas terrazas van ascendiendo a más de doscientos metros de altura, y los millones de metros cúbicos de tierra vegetal que tuvieron que trasladar de lejanos lugares para rellenar los profundos pozos artificiales que se formaron entre la pelada roca y el muro de contención, siéntese inmediatamente la sensación abismal de que habla Valcárcel ante las ciclópeas ruinas de Machupijchu, el escalofrío de lo grandioso, de lo inefable que inspira al viajero al tocar con sus manos el granito eterno de las pirámides de Egipto.

En estas obras, dignas de gigantes, no se vislumbra la elegancia y magnificencia del estilo aymara del Collao, ni el arte pulido, refinado y perfecto del inca, sino únicamente el supremo esfuerzo de una raza pujante, vigorosa y entusiasta que antes de sentirse víctima segura del horrendo monstruo del hambre, de la desesperación, en la desolada altiplanicie, resolvióse firmemente, con actitud estoíca, a surcar los inmensos desiertos de su nueva residencia, demoliendo, con manos hercúleas y redoblada fe enormes peñoleras para convertirlas en feraces campos de cultivo y en verdes, rientes y vistosos jardines.

Pero lo que más sorprende en esta maravillosa andenería que comienza en los cerros de Quequeña, Pocsí y Piacá y termina en el pueblo de Quinistacas, cerca de Omate, en un vastísimo sector geográfico, es el talento extraordinario que pusieron de manifiesto en la sabia distribución y nivelación de dichas terrazas a fin de que recibieran el riego por igual de los numerosos canales en que se ramificaba el acueducto principal y así no sufrieran los muros de contención la presión incontinente de las aguas estancadas.

Ante este panorama fantástico de irrigación original, única en el mundo antiguo por sus colosales proporciones, se puede afirmar que los jardines colgantes de Churajón comparados con los de Semíramis en Babilonia resultan insignificantes estos últimos por carecer de la solidez inquebrantable de los primeros.

Hoy, han desaparecido las florecientes ciudades-campamentos que fundaron los puquinas, pero la obra de ingeniería agronómica en canales y acueductos con que surcaron en todas direcciones el extenso páramo arequipeño y cuyas ruinas resisten los embates del tiempo, se imponen a la admiración de las generaciones.

Los muros de contención de la mayor parte de la andenería pertenecen al puro estilo incaico y con tan sólidas firmas e imponentes proporciones que desatan la acción destructora de los siglos. Estas obras maestras de la arquitectura incaica y sus alrededores forman un conjunto de gran interés histórico y etnográfico. (22) Cook, O. F., "El Perú como centro de domesticación de plantas y animales," Lima, 1917. Publ. del Museo Nacional. Reproducido del "Journal of Hereditiy," Washington, Vol. XVI, Nos 2 y 3 de 1917. (23) Spitzer, E. George, "The Incas, Incidents of travel and exploration in the land of the Incas," London, 1877. Trad. española por F. Rojas de Labor, Curcio, 1927, p. 80.

CAPITULO XVIII

SISTEMA DE IRRIGACION DE LOS PUQUINAS

AL describir la montaña culminante del Pichu-Pichu dije que es un inmenso reservorio donde se almacenan las aguas provenientes de las nieves de invierno y de las copiosas lluvias de verano, y gran parte de estas aguas se sumergen en las entrañas de la tierra para salir después a la superficie a varios kilómetros de distancia del coloso en forma de ríos de agua cristalina que se deslizan velozmente por entre quebradas y llanuras de la extensa zona de las regiones alta y baja del valle de Arequipa.

Ahora bien, para llevar el agua de sitios agrestes y montañosos, donde nacían las fuentes, a los lugares distantes del inmenso campo cultivado era menester construir canales, acueductos de irrigación, y esta magna empresa fue llevada a cabo, como ya se ha dicho, con una técnica tan inteligente y perfecta que asombra a los verdaderos especialistas de la ciencia agronómica actual.

Para que el lector se forme idea, más o menos exacta, de la verdadera red de canales que construyeron los puquinas con el fin de fertilizar la extensa área cultivada, ya mencionada, me permito relieves los principales, delineándolos en un plano topográfico. (Lámina XXXVI).

Es de advertir que los canales que conducían el agua desde las faldas del Pichu-Pichu a las andenerías de Mollebaya, Poci y Piaca eran subterráneos, pues sólo salían a la superficie del suelo a poca distancia del agro cultivado recorriendo algunos de éstos, muchos kilómetros desde la base de la gran Cordillera.

Los acueductos que regaban las regiones altas de los pueblos de Quequeña, Sogay y Yarabamba tenían su origen en las profundas gargantas del río Yarabamba, en los sitios denominados Cacana y Parasocso, canales que atravesaban las faldas de cerros rocosos y de áspero declive y de terrenos delezna-

bles, sostenidos por sólidos terraplenes, como el que surcaba los altos cerros de Carahuaya y de Quequeña para irrigar la andenería de la Apacheta de Yarbamba.

Y el que conducía el agua a la enmarañada andenería de la quebrada de Puquina, que mide más de tres leguas de extensión, alcanzaba las cumbres de elevados montes de donde caían en perpendicular multitud de acequias y desagües que, en los días de riego, ofrecían un aspecto magnífico y pintoresco por la forma singular en que las aguas se percipitaban de andén en andén en ruyentes cascadas hasta las profundas quebradas y acantilados.

De todas estas notables obras de irrigación artificial, planificadas y efectuadas con éxito plausible por los laboriosos e infatigables puquinas la que más se caracteriza por el esfuerzo extraordinario que exigió su construcción fue el canal que conducía el agua desde las caudalosas fuentes de la pampa de Uzuña, cerca del Pichu-Pichu, hasta la maravillosa andenería de Churajón. Este acueducto, de primera magnitud, si se compara con todos los demás de la región irrigada, hace un recorrido de cerca de cuarenta kilómetros por colinas rocosas, desiertos, torrenteras y profundas quebradas y al llegar a la ciudad mencionada se ramificaba en infinidad de canales menores que se extendían por la vasta región agrícola de miles de hectáreas. (Lámina XXXVII).

En los años de aguas el canal irrigador sufría quebraduras de grandes extensiones por el desplome de terrenos deleznable ubicados cerca de profundos acantilados y para remediar estos desperfectos, que ocasionaban grandes perjuicios a las sembreras, construyeron un túnel a través del cerro Lloquehuaya, cerca de la pampa de Uzuña, trabajo subterráneo importantísimo que facilitó, en gran parte, la segura conducción del agua en el menor tiempo posible, pues así suprimieron muchos kilómetros del antiguo canal en lugares difíciles de reparar los daños ocasionados en el acueducto por las quebradas y torrenteras.

No lejos del área cultivada se descubre las ruinas de grandes estanques en los que depositaban el agua durante la noche para irrigar durante el día los terrenos situados en pronunciada pendiente o en planos cercanos a barrancos, porque no había un palmo de tierras en esos lugares de configuración física tan accidentada y pedregosa, a donde no llegara el agua para hacerlo producir.

También conocieron los puquinas la ciencia de construir grandes y seguros reservorios o represas en sitios adecuados donde estacionaban las aguas de los ríos y torrenteras en años de lluvias abundantes para irrigar con más frecuencia los sembríos en andenes y llanuras de terreno permeable en tiempo de estiaje. Por lo general, según se observa en las ruinas que han quedado, levantaban los grandes diques de piedra para estos reservorios en las estrechas gargantas de cerros elevadísimos por donde se deslizaban los ríos en rápido descenso, muros inquebrantables apoyados en enormes peñascos, ubicados en el mismo vado del torrente, bien encajados en ambas márgenes de las montañas de consistencia granítica, quedando así el río prisionero hasta llenar la inmensa concavidad del lago artificial construido en los abismos.

Este ingenioso y eficiente sistema de represas lo aplicaron los puquinas en las regiones altiplánicas, circundadas de elevadas colinas, levantando un muro de contención y una compuerta en el boquerón estrecho por donde salían las aguas provenientes de las quebradas y torrenteras que surcaban la extensa altiplanicie.

Con la gran muralla inquebrantable, capaz de contener el empuje de las aguas, quedaban algunas hoyadas convertidas en inmensas lagunas artificiales, como lo hicieron los egipcios con el lago Meris durante las inundaciones del Nilo, para aprovechar las aguas estancadas durante los meses de sequía.

Así la pampa de Pócsi quedó convertida en un enorme estanque que dió agua suficiente para irrigar casi todos los terrenos que actualmente son áridos desiertos ubicados entre las poblaciones de Mollebaya, Characato y Socabaya, que miden miles de hectáreas, cuyas ruinas de los muros de contención y de canales numerosos, revelan a todas luces que fueron un día grandes centros agrícolas y ganaderos.

Con este mismo sistema de represas, las aguas estancadas de la pampa de Candabaya, lograron aumentar el caudal del río Jalán y sólo así pudieron irrigar el valle de Chapi desde Churajón hasta la confluencia con el río Tambo en una extensión de más de 50 kilómetros.

Por lo expuesto, se ve claramente que el secreto de la gran obra de irrigación llevada a feliz término por el infatigable esfuerzo de la raza puquina en el duro páramo arequipeño se debió, en mucho, a la creación de admirables sistemas de represas y acueductos con que supo dominar genialmente el ímpetu bravío de las aguas y así conducir las, en suave pendiente, en todas las direcciones del amplio sector geográfico con el nobilísimo objeto de transformar, de fertilizar y hacer aptos para el cultivo los terrenos más estériles de la parte cisandina de la Cordillera Marítima, que por la densa capa de lava volcánica de que se halla revestida, en gran parte, estaba condenada a permanecer eternamente improductiva.

CAPITULO XIX

LA CRIANZA DE GANADO

LOS puquinas fueron, como ya he dicho al principio de estas páginas, los que, en épocas remotas, empezaron la ardua y difícil labor de domesticar la llama y la alpaca, por los grandes servicios y ventajas que habrían de reportarles estos auquénidos, en la altiplanicie peruano-boliviana.

Carlos Troll, la más alta autoridad en materia de fauna y flora de la meseta andina, dice lo siguiente: "Agricultura altamente desarrollada y cría de ganado, son igualmente y con absoluta independencia del Viejo Mundo, las dos características principales de las civilizaciones andinas; la cría de ganado aparece en ellos hasta como caso único en todo el Nuevo Mundo. Por su pluralidad de utilidades debemos apreciar altamente el papel de la cría de ganado en las civilizaciones andinas" (57).

Según la sabia observación del gran americanista alemán, la cría de ganado estaba estrechamente ligada a la agricultura y a la vida de los primitivos habitantes de la región andina.

La utilidad que reportaba a la agricultura la cría de ganado era la de abonar las tierras, cansadas por el continuo laboreo, con el guano o estiércol de estos camélidos, costumbre tradicional y de uso corriente en el Perú precolombino. Los terrenos cultivados por los aborígenes de la región de los Andes Centrales eran abonados periódicamente con el guano de ave de las islas del Pacífico y con el estiércol de los animales encorralados.

La llama, por sus propiedades físicas y psíquicas, no puede emplearse como animal de tiro, que hubiera prestado, sin duda, grandes servicios a la agricultura arrastrando el *huizo* o azadón, herramienta con accesorios de ma-

dera para apoyar el pie, artefacto importantísimo de que se servían para remover el suelo; pero en cambio se la usó como animal de carga, como transportador de pesos. Y aunque este animal no puede llevar sino cargas muy reducidas, con todo, por la costumbre de marchar en tropas numerosas y de alimentarse durante el viaje con el pasto de la puna, quedaba en gran parte compensada esta deficiencia.

La llama y la alpaca proporcionaron, con su lana, casi exclusivamente el vestido de los habitantes de las tierras altas, así como el algodón a los de la costa peruana. La lana más apreciada era la de la alpaca cuyo valor principal está en su suavidad que la hace particularmente apropiada para el vestido, pues la aún más preciosa de vicuña, a la que hay que cazar para obtenerla, sólo pudo conseguirse excepcionalmente y para determinados usos (58).

No sólo proporcionaban ambos animales domésticos el abono para fertilizar los campos cultivados, sino también daban el combustible especial, como la *taquia*, en las tierras altas pobres de árboles.

Es verdad que se usaba, en ciertas regiones secas de la Cordillera como buenos combustibles, la tola y la yareta, pero jamás llegaron estos arbustos resinosos a desempeñar el papel importantísimo que tenía la *taquia* en el fuego doméstico del hombre andino. En lo que concierne a la alimentación del indio, la carne de llama y alpaca, aunque desempeñaba escaso papel porque no podía matarse sino animales viejos, sin embargo, la carne de estos auquénidos secada al aire libre de la puna, servía de inmensa provisión para los meses que escaseaban los cereales y tubérculos; para garantizar el éxito de los grandes viajes a países despoblados, en las expediciones guerreras, y particularmente para el comercio de *trueque* con los pueblos limítrofes, como se acostumbra, actualmente, entre los pueblos de la sierra y algunos de la costa.

Grandes ventajas proporcionaba también la piel seca de la llama; su cuero sin curtir fue empleado por el indio para calzado o para reemplazar el papel de los clavos en las construcciones del techo de sus casas, los que les eran desconocidos.

Ahora bien, Zona de Puna, según los estudios hechos por Troll, es el lugar apropiado y característico para la cría de la llama y la alpaca, porque en esas planicies interandinas crecen los abundantes y ricos pastos forrajeros con que se alimentan estos animales y donde se han aclimatado mejor que en los Estados Unidos de Norte América, de donde fueron oriundos, como se ha podido comprobar por restos fósiles descubiertos en esa nación. En la Zona de Puna encuentran pues, ambos animales, las mejores condiciones de su existencia.

Por el contrario, la Zona de Páramo no ofrece las ventajas que, generosamente, brinda la puna por sus condiciones climáticas y forrajeras; el clima húmedo de los páramos es enteramente inapropiado para la cría de estos auquénidos, especialmente de la alpaca, por exigir este rumiante regiones cenago-

sas y pantanosas donde crece un pasto diminuto que constituye su principal alimento.

A pesar de que las condiciones necesarias para la cría de llamas y de alpacas se hallaba única y exclusivamente dentro de las regiones de la puna, los puquinas consiguieron, no obstante, dar solución satisfactoria al difícil problema de aclimatar a estos animales en las áridas comarcas del páramo arequipeño carentes de los pastos necesarios para su conveniente y nutritiva alimentación. Y el secreto de este verdadero triunfo ganadero consistió en la sabia irrigación artificial de llanuras y cerros bien apropiados para la cría y desarrollo de estos rumiantes.

Por eso, antes de emprender los puquinas el gigantesco trabajo de preparar el terreno para el cultivo de los cereales y tubérculos en la extensa Zona de Tola, obra que demandaba muchos años de continuos y esforzados trabajos, dedicáronse inmediatamente, tan pronto plantaron las tiendas de campaña de su nueva residencia, a buscar el pasto para sus numerosos rebaños de alpacas y de llamas traídos de la desolada altiplanicie.

Para el logro de esta obra importantísima desviaron de madre los ríos Totorani, Poroto, Uzuña y Jalán; y los encauzaron por cerros y planicies sumamente fértiles y adecuados para la germinación y desarrollo de plantas forrajeras propias de la Zona de Puna. Con solícitos cuidados en la siembra de estas hierbas en las regiones de Pocsi, Muto, Totorani y Uzuña lograron por fin aclimatar la pequeña flora de la meseta andina en sitios en que la naturaleza se negó a producirla.

Pocos meses después de estas rápidas irrigaciones y sembríos, los áridos y desolados cerros y pampas de dichos lugares pobláronse de pingües y variados pastos en los que las llamas encontraban su sabroso *ichu* y las alpacas pacían en hoyadas espléndidas donde, a la vera de ciénegas y bofedales, crecía, exuberante, el diminuto y excelente forraje de estas bestias.

Los numerosos y antiquísimos corrales de llamas, cuyas ruinas se descubren en la ancha extensión arqueológica de Alto Arequipa, demuestran ampliamente que la cría de ganado en esos lugares fue una de las industrias más notables e importantes de los puquinas. Quedan también restos de las originales irrigaciones que efectuó, con feliz acierto, el genio y pericia de esta raza de titanes, cuyos últimos representantes, dispersos y abandonados en las majadas y caseríos de Polobaya, Uzuña y Puquina, van en camino seguro de su completa desaparición.

Cuando en el mes de junio de 1924 visité esos parajes que fueron antiguamente centros principales de la cría de ganado, quedé gratamente sorprendido al ver numerosos rebaños de llamas y de alpacas, paciendo por quebradas, colinas y llanuras de las pampas de Pocsi y de Uzuña; ganados que constituyen la riqueza de los indígenas que habitan esos lugares al parecer inhospitalarios. Todavía se acostumbra en los años de aguas desviar el curso de los ríos Totorani y Uzuña para irrigar grandes llanuras de terrenos eriazos para proporcionar pastos secos a sus ganado en tiempos de carestía.

La irrigación de los puquinas constituye, pues, la obra más notable de su cultura agraria y como firmes e inquebrantables pirámides se ofrecerán a la admiración de los siglos, verdadera maravilla del antiguo Perú y el más cumplido y acabado ejemplo del esfuerzo colectivo del hombre americano.

En puridad de verdad, la agricultura y la cría de ganado fueron las causas poderosas que dieron origen a las civilizaciones altiplánicas del Perú precolombino, porque no satisfechas las necesidades primordiales del hombre, jamás pudo haber cultura ni civilización entre aquellos primitivos habitantes de las altiplanicies andinas. La agricultura, la más notable, la más digna, la más importante ocupación del indio americano le conquistó, con el tiempo, los lauros del triunfo más puro y legítimo de su raza.

La extraordinaria actividad que desplegaron los puquinas en transformar los cerros agrestes y peladas rocas, mediante el aire, el agua y la tierra vegetal, para hacer germinar, crecer y florecer toda clase de plantas a fin de conseguir los productos alimenticios para su densa población; y pastos forrajeros para el sostenimiento de infinidad de ganados, les sirvió de poderosa palanca para ascender a las cumbres de una superior cultura que se pone de manifiesto en las obras grandiosas que han dejado y que el arqueólogo estudia con admiración.

Churajón fue el núcleo, el centro agrícola más notable del Perú precolombino, industria que más tarde, en tiempo de los Incas, llegó a su más alta y acabada perfección.

CAPITULO XX

CHURAJON Y OTRAS CIUDADES DEL SEÑORIO

PUQUINA

EL núcleo principal del poderoso estado puquina está en las importantes ruinas de su capital: Churajón. (Lámina XXXVIII).

En la región más estratégica y pintoresca alzábase la gran urbe milenaria, en las faldas de un cerro escarpado, a tres mil cien metros sobre el nivel del mar, circundada de vistosas colinas a manera de baluartes, en medio de campos admirablemente bien cultivados que servían de granero inagotable al sostenimiento de una densa población.

Efectivamente, pocos lugares habrá en el mundo que ofrezcan un panorama tan espléndido y cautivante como el que se admira y contempla desde la que fue ciudad de Churajón. Por un lado se domina la Cordillera de los Andes con sus grandes nevados: el Pichu-Pichu, el Misti, el Chachani y el Ampato, y por el otro se divisa en lejanía la cinta azul que forman las aguas del Océano Pacífico.

La gran metrópoli de los puquinas se prolongaba hasta la cúspide de los cerros de Tasata y Mollebaya, separados de la población por profundas quebradas. Sobre la cumbre de esta última montaña estaba el palacio o morada del gran Sinchi, gobernador del poderoso estado, desde cuya eminencia podía el caudillo vigilar sus avanzadas posesiones y sorprender la llegada del enemigo. Al pie del castillo yacen, también, las ruinas de las habitaciones que, sin duda, sirvieron de morada a los jefes, oficiales y numerosos servidores del gran jefe puquina. (Lámina XXXIX).

Las ruinas de la citada ciudad consisten en un laberinto de paredes que encuadran y encierran numerosas habitaciones, con patios pequeños y plazas de relativa extensión.

Hay también grandes edificios que, sin duda, sirvieron para las industrias de alfarería, textilera, fundición de plata, cobre, etc. Todas las construcciones están hechas de piedra sin labrar y de barro. Todavía se conservan vestigios de numerosas calles —estrechas, tortuosas y desniveladas— que se cruzan en todas direcciones.

Las tumbas, que son numerosísimas, se encuentran diseminadas por todo los ámbitos de la ciudad muerta. Unas consisten en pozos circulares cavados en el suelo, a metro y medio de profundidad, cubiertos con piedras planas; y otras, en bóvedas horizontales, a flor de tierra, hechas de piedra pircada sin arcilla, de dos metros de largo por sesenta centímetros de alto. Los kullpis y chulpas se hallan al pie del cerro Mollebaya y en la quebrada de Paranay, a un kilómetro de Churajón.

Hoy, están todas esas numerosas construcciones en escombros y cubiertas de verdaderos bosques de cactáceas que dificultan enormemente, recorrer los últimos rincones de la población desaparecida para describirla fielmente y levantar un plano apropiado de dichas ruinas. A juzgar por el número infinito de habitaciones que cubren los cerros de Choquellampa y de Tasata se deduce que esta urbe populosa fue la más importante de los puquinas. (Láminas XL, XLI y XLII).

Esta inmensa metrópoli puquina tuvo, sin duda, poderosa influencia en la vida social, política, religiosa y económica de las demás ciudades del poderoso señorío como Huactalacta, Puluhuaya, Sechi, Chilata y Yura antigua, cuyas ruinas acusan el mismo estilo arquitectónico en sus habitaciones y en sus tumbas. El intercambio comercial debió ser intensísimo entre estas poblaciones por los múltiples objetos encontrados en sus antiquísimas necrópolis.

Cuando el 27 de diciembre de 1933, el doctor Luis E. Valcárcel, director del Museo Nacional, acompañado del suscrito, visitó por vez primera las ruinas de Churajón, exclamó emocionado: "Lo admirable, lo sorprendente de Churajón está en sus terrazas, en su maravillosa andenería. Todo revela un trabajo extraordinario; no se siente la satisfacción del artificio sino que se respira el doloroso vaho del sobre-esfuerzo coercitivo. Los andenes, han requerido la remoción de millares de metros cúbicos de tierra, el desgarramiento de gigantescas peñolerías, el quebrantamiento de las rocas para formar bloques, el empleo de bloques para construir los muros de contención, el acarreo de tierra vegetal de largas distancias, la irrigación por canales que traían el líquido desde el Pichu-Pichu, el abandono de secciones más fáciles para el cultivo, la regularidad —sin gracia, sin arte— de millares y millares de terrazas. Todo este esfuerzo no ha podido ser sino impuesto por una minoría vencedora".

Y refiriéndose a las ruinas de la ciudad, decía: "Churajón, si bien se examina, es un campamento y no una ciudad".

En efecto, no se engañó el distinguido escritor y notable arqueólogo cuzqueño en dar este veredicto científico sobre la gran capital del señorío puquina. Las ciudades fundadas por los puquinas, en los sitios más dominantes y estratégicos del sector arqueológico arequipeño fueron, ante todo, inmensos

campamentos y no ciudades propiamente dichas, sin bastiones y desprovistas del arte que tanto caracteriza a los edificios de los aymaras del Collao y de los quechuas del Cuzco.

Al examinar con prolijo cuidado los monumentos arquitectónicos de los puquinas, ubicados generalmente en los sitios estratégicos de Pocsi, Quequeña y Uzuña, se advierte, inmediatamente, que dichas construcciones son huérfanas de gracia y estética porque fueron hechas con el exclusivo fin de dar asilo a inmensas multitudes de obreros, condenados al penoso y eterno trabajo de transformar cerros rocosos y áridos desiertos, en fértiles campos de cultivo. No tenían pues otra aspiración esos millares y millares de rudos cavadores que la de hacer producir el suelo ingrato del páramo para verse libres del espectro terrorífico del hambre.

Con mucha razón ha dicho Oswald Spengler "que las ciudades antiguas son el símbolo, la encarnación, el sentimiento, la vida petrificada de los pueblos que fueron; por un diseño, por el modelo crítico de los edificios, por el aspecto de las plazas, fachadas, habitaciones, parece que descubrimos los colores, los rumores, el movimiento, el alma que flota, la fisonomía especial de las urbes pretéritas".

Las ruinas de Huactalacta, Puluhuaya, Chilata y Churajón nos revelan, claramente, que estas antiguas poblaciones cristalizaron en sus muros, en sus habitaciones, las supremas aspiraciones de la raza vencida y humillada, que buscaba, ante todo, un alojamiento útil y confortable que las librara de la dura inclemencia de las estaciones y les permitiera descansar en paz durante la noche para renovar sus energías y poner a salvo su existencia.

La triste y pobre arquitectura de las ciudades que acabo de mencionar me sugiere la idea de un pueblo perseguido, que vivía en continua agitación y sobresalto, abrigando la firme esperanza de mejorar de suerte tan pronto se llevara a feliz realización la obra grandiosa de irrigación artificial que habían emprendido bajo tan buenos auspicios.

Las primitivas habitaciones de los arahuques amazónicos al instalarse en la fría altiplanicie del Collao consistían, como se ha dicho, en cuevas circulares, cavadas en el duro suelo, para ponerse al abrigo del excesivo frío de la puna y de las torrenciales lluvias de verano.

Estos inmigrantes, al instalarse en su nueva residencia, se vieron pues obligados a construir sus viviendas en armonía con el nuevo ambiente y clima donde habían de fundar sus hogares y al trabajo que debían desplegar para conseguir el mejor bienestar de su existencia.

En los primeros siglos de la era cristiana cuando las primeras hordas de los arahuques lacustres traspasaron la Cordillera Volcánica con dirección a las costas del Pacífico escogieron por viviendas cuevas o pequeñas grutas formadas en las rocas volcánicas cuyas entradas obstruían con grandes piedras sin labrar, dejando libre una pequeña abertura por donde penetraban a su negra y megalítica guarida. Esta clase de mansiones arcaicas, rudimentarias, existen en los cerros de la Hacienda de Muto y en la región de los Tablones

cerca del pueblo de Piaca; en las canteras de sillar de Polobaya, Quequeña y Yarabamba. Pero cuando estas cavernas resultaron estrechas para dar cabida a una densa población, se vieron obligados a levantar sus kullpis o chulpas, especie de viviendas redondas de paredes inclinadas hacia adentro hechas de adobes pequeños y con una puerta diminuta ubicada hacia el Oriente, como actualmente se ve en la región arqueológica de Polobaya, Chilata y Churajón.

Estas primitivas mansiones de los puquinas se dividen en dos secciones: la superior servía de morada a los vivos y la inferior o subterránea de tumba a los muertos, a quienes rendían el culto sagrado de los antepasados. Después aparecieron las chulpas construídas de piedra sin labrar y unidas con barro y en forma circular y cuadrangular con pequeña puerta hacia el Oriente y en la parte superior con friso o cornisa de piedra o de adobón que les da remate artístico. Piedras delgadas en forma de pizarras se unen admirablemente para formar un techo abovedado o en punto de arco y a veces en forma plana y rústica. Este género de arquitectura fue adoptado por los aymaras en los primeros siglos de su gran cultura, quienes lo perfeccionaron con materiales pétreos, labrados primero y después bien pulidos en forma de vasos cuadrangulares y de proporciones gigantescas. (Láminas XLIII y XLIV).

Los puquinas, agricultores y ganaderos, levantaron sus campamentos en la extensa irrigación del mencionado páramo, en forma de casa rectangular, tal como lo emplean actualmente los uros de Iru-Itu, porque este orden de construcción favorecía, en gran manera, el asilo de muchas familias de obreros.

No es pues de extraña que los anticuarios, los viajeros que conocen las soberbias ruinas de Tiahuanaco, del Cuzco y de Machupijchu al visitar las rudimentarias construcciones arquitectónicas de Churajón, Huactalacta y Chilata que consisten en laberintos de habitaciones de piedra sin labrar y barro, que cubren grandes extensiones de terreno en montes y llanuras, sufran una gran desilusión y les pese haber hecho un viaje tan largo y penoso para conocer restos arqueológicos tan tristes y rudimentarios.

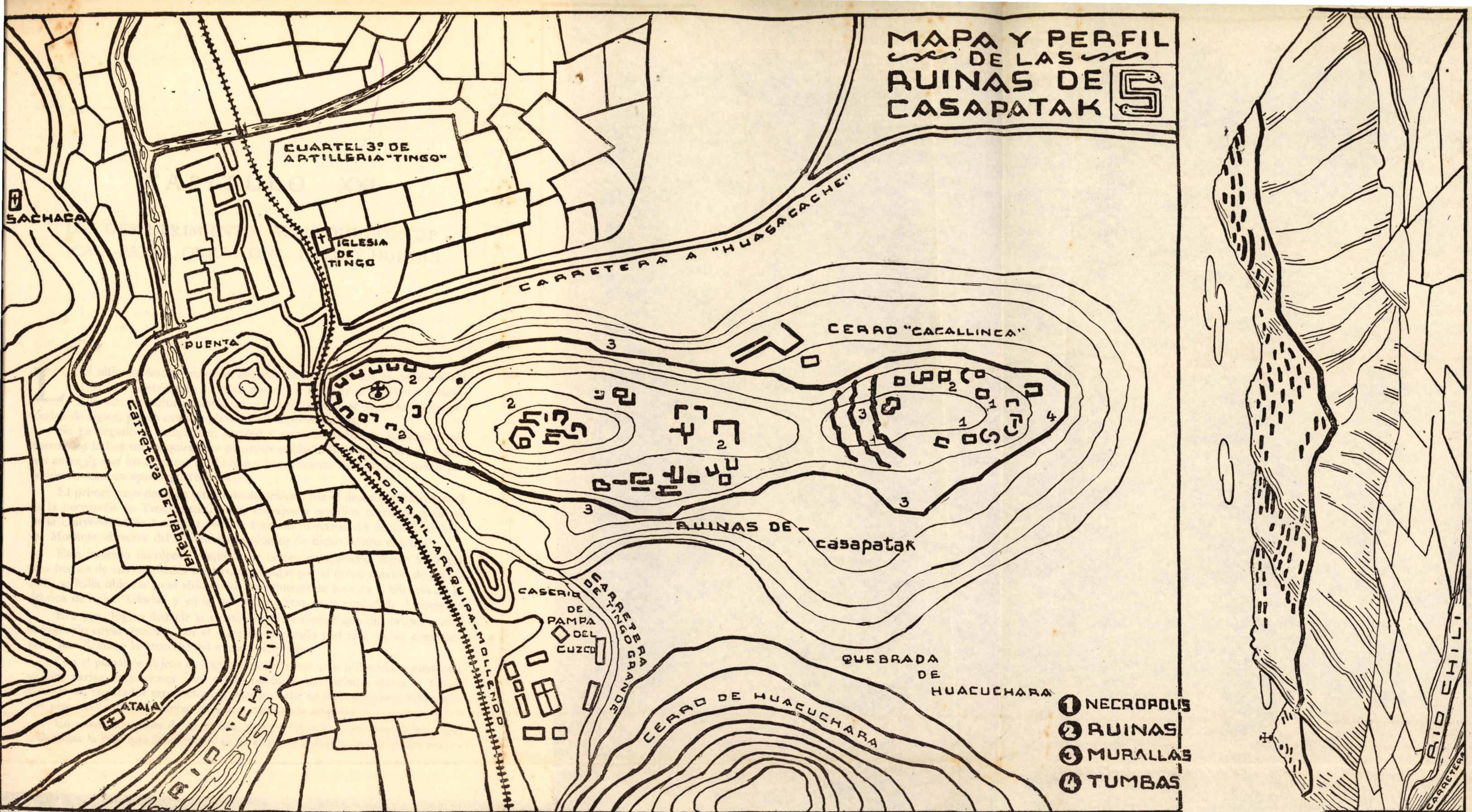
El doctor Manuel G. Suárez Polar, prestigioso catedrático de Arqueología de la Universidad de San Agustín de Arequipa, al darse cuenta de la amarga decepción que experimentaron algunos turistas al visitar las ruinas de Huactalacta, en Pócsi, declaró a un reporter de "El Deber" lo siguiente: "las ruinas de Huactalacta son importantísimas para el arqueólogo, más no para el turista" (59).

En síntesis: los puquinas no tuvieron tiempo para construir ciudades propiamente dichas en el vasto páramo arequipeño porque la vida sumamente agitada de agricultores y ganaderos que llevaron no les permitió el lujo de dedicarse a las elegantes construcciones que exigen quietud de espíritu y holganza económica y más que todo, amor al arte, a la ciencia, que sólo se consigue

(59).—"El Deber", Arequipa, 6 de setiembre de 1934.

cuando el hombre ha logrado libertarse de las duras y desesperantes luchas por la existencia. Los latinos decían: "Primum vivere deinde philosophare". Cuanta filosofía hay en estas palabras: "Es cosa indispensable para el hombre, primero laborar, trabajar para poder vivir y después hacer filosofía".

MAPA Y PERFIL
DE LAS
RUINAS DE
CASAPATAK



(En Tingo - Arequipa)

CAPITULO XXI

LOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS DE CASA-PATAK, QUILLICONA, PILLU Y HUIHUI

LOS últimos descubrimientos arqueológicos efectuados en la Zona del Misti han contribuido en gran manera a resolver el problema relacionado con las culturas antiguas que irradiaron y se sucedieron, en períodos de siglos, por la extensa planicie del Bajo Arequipa.

Se ha llegado a comprobar, merced a estos importantes hallazgos, que fueron los indios uro-puquinas los primeros pobladores de estas feraces regiones antes de que los aymaras del Collao y los quechuas del Cuzco tomaron posesión de ellas en épocas posteriores.

El primer paso dado en estas investigaciones fue el descubrimiento casual de la necrópolis de Tres Cruces, cuyos trabajos y estudios corrieron a cargo de la Universidad de Arequipa, bajo la acertada dirección del doctor José María Morante, director del Museo Arqueológico de dicho centro cultural.

Esta inmensa necrópolis puquina, de origen antiquísimo, según los estudios hechos de sus originales tumbas, sepultadas por el denso aluvión de los siglos, se halla ubicada en el sitio donde actualmente se levanta el edificio de la fábrica de leche "Gloria" y en las mismas puertas de la ciudad de Arequipa.

Era pues lógico deducir la existencia de la ciudad que dió origen a este cementerio cuyas tumbas, por el material empleado y el arte de su construcción, han llamado la atención del mundo científico.

Con el plausible objeto de lograr descubrir esa urbe milenaria y misteriosa hice varias excursiones a los cerros cercanos de Sachaca, Alata y Tingo Grande sin resultados satisfactorios, pues no hallé en dichos lugares sino algunas pequeñas ruinas y tumbas de estilo netamente puquina.

En estos momentos de inquietud, de incertidumbre, un rayo de luz vino a iluminar la ruta que debía seguir en estas penosas exploraciones y esta orien-

tación fue dada por el artista Nilson Llerena quien me informó que en el cerro próximo a Tingo Chico había restos de habitaciones muy antiguas.

Ante estos datos importantes organicé inmediatamente una expedición a este lugar en compañía del doctor José María Morante, ya citado, del señor José Carlos Bernedo Málaga, presidente de la Asociación de Maestros Primarios y del mencionado artista Llerena.

El día 16 de noviembre del año 1942, siendo las 7.30 de la mañana, llegamos al pie del cerro Casa-Patak y empezamos el ascenso hacia su cumbre en busca de las citadas ruinas. No anduvimos muchos metros del lugar de la partida cuando encontramos fragmentos de cerámica utilitaria y ceremonial cuya técnica en su estructura y ornamentación era idéntica a la empleada en las piezas encontradas en la ya citada necrópolis de Tres Cruces.

Tan pronto como hubimos dominado la cumbre de la áspera montaña se presentó a nuestra vista el panorama sombrío e imponente de la antiquísima ciudad cuyas ruinas se extienden por la altiplanicie de dos cerros abarcando una extensión de más de dos kilómetros de largo por 500 metros de ancho. Nuestros constantes anhelos de descubrir un abolengo puquina para nuestra histórica y legendaria Ciudad Blanca estaban cumplidos. Ya existía prehistoria arequipeña; es decir, el primer capítulo que faltaba a su brillante historia colonial y republicana.

Las ruinas de esta ciudad milenaria se hallan a 4 kilómetros de distancia de la ciudad de Arequipa, sobre las cumbres de los cerros de Casa-Patak y Huacuchara que se alzan entre las poblaciones de Tingo Chico, Huasacache y Tingo Grande, en lugar estratégico, de amplios y magníficos horizontes, a 2400 metros sobre el nivel del mar.

Al examinar detenidamente las mencionadas ruinas parece que el asiento de Casa-Patak no obedece a un plan preconcebido, pues las construcciones se suceden sin orden alguno, desparramadas por las cumbres y faldas de los citados montes, descubriéndose pequeños senderos que ponen en comunicación con las diversas zonas habitadas. Hay pequeños patios, calles estrechas y explanadas sostenidas, en gran parte, por terraplenes de acceso, ramplas y pequeños muros de contención.

La extensa área que ocupan estas ruinas se puede clasificar en dos grupos. El primero que constituyó la ciudadela habitada, ubicado en la planicie de la cumbre del cerro Casa-Patak, nombre que en lengua puquina significa pueblo amigo. Toda la ciudad está rodeada de una gran muralla de piedra sin labrar en dos hileras unidas con barro. Las habitaciones son unas rectangulares y otras cuadradas de piedra sin labrar y sin paredes medianeras. Los muros que quedan en pie son bajos y gran parte de ellos pegados a la roca viva. Muchos de los edificios han desaparecido y ésto se debe a que ha sido llevado mucho del material pétreo para la construcción de los edificios de Tingo Chico y Tingo Grande. Como el principal núcleo del pueblo primitivo estaba situado en la parte más cerca del acantilado les fue fácil a los demolidores remover las piedras de los muros y arrojarlos a la base del barranco para poder utilizarlas

en las modernas construcciones. Los muros que más sufrieron esta vandálica destrucción fueron los de la muralla de circunvalación, pues se hallan en gran parte demolidos hasta sus cimientos. Se puede decir, sin temor de errar, que muchos de los cimientos y muros del actual pueblo de Tingo Chico han sido hechos con piedras arrancadas a la ciudad antiquísima de Casa-Patak.

A la destrucción de los muros por canteros y albañiles se une la hecha por los huaqueros quienes, impulsados por el pérfido afán de buscar oro y piedras preciosas, destrozaron y saquearon las paredes de las tumbas principales donde se guardaban, sin duda, las reliquias más preciadas de este pueblo laborioso que hoy ofrece al viajero, que por primera vez lo visita, un aspecto triste y sombrío.

En las excavaciones que hemos realizado en diversos lugares de la ciudad desaparecida encontramos vasijas de barro bien conservadas y muchos fragmentos de esta cerámica con las decoraciones características de la raza que las utilizó para fines domésticos y religiosos. En colaboración con el doctor Enrique Osorio Franco y el artista fotógrafo N. Glavé descubrimos, en una tumba subterránea cerca a la muralla, restos óseos humanos, piezas de paño de lana de vicuña de una finura extraordinaria que revela, a todas luces, que la textilería había llegado entre estos inteligentes aborígenes, a un alto nivel de perfeccionamiento.

Si bien se observa, las tumbas son poco numerosas en la vasta extensión de las ruinas porque siendo el suelo en su mayor parte rocoso hacía difícil el trabajo de las excavaciones para labrar los túmulos funerarios a sus muertos, por eso se vieron en la imperiosa necesidad de escoger para su necrópolis el lugar denominado Tres Cruces, donde el terreno aluviónico se prestaba admirablemente para construir sus artísticas y originales tumbas.

El segundo grupo de estas ruinas lo forman los edificios y muros de defensa asentados en la cumbre del cerro Huacuchara, monte separado del de Casa-Patak por una torrentera que lleva el mismo nombre de la ciudad-fortaleza.

En esta pequeña ciudad estratégica residía el cacique o Sinchi, gobernador de la región, con todos sus dignatarios y gente guerrera encargados de guardar el orden entre los pobladores y de velar por su defensa en caso de agresión de parte del enemigo.

Esta ciudad militar no se podía escalar por ningún sitio, pues estaba rodeada, en su mayor parte, de profundos barrancos y acantilados, así como por muros infranqueables en lugares de fácil acceso a la fortaleza. Todas las antiguas ciudades puquinas tenían estas singulares pucaras o lugares de defensa cerca de la ciudad habitada, en sitios sumamente estratégicos de donde el caudillo podía fácilmente descubrir la llegada del enemigo y dar órdenes oportunas para prepararse a la abnegada, a la heroica defensa de sus vasallos.

Los importantes descubrimientos realizados ultimamente en Quillicona, a dos kilómetros del pueblo de Chiguata, en Huishui, cerca de Yura antigua y los de Pillu, en el distrito de Socabaya, cuyos restos arqueológicos valiosos

para el científico son idénticos a los encontrados en Casa-Patak, y las huellas de muchísimos canales de irrigación por los que se conducía el agua de Tingo, Chiguata y de Yura a largas distancias para irrigar extensos campos de cultivo son pruebas seguras e incontestables de que en la dilatada planicie del Bajo Arequipa, en las regiones cercanas a la actual ciudad, existió una densa población en la que sus industrias agrícola y textil habían llegado a un alto nivel de técnica y de perfección.

En síntesis, el hombre primitivo que habitó en las que fueron florecientes ciudades de Casa-Patak, Quillicona, Huishui y Pillu era dolicocefalo, más alto que mediano, bien fornido y de sentimientos profundamente religiosos, de gusto artístico original y variado. Las decoraciones y dibujos de su cerámica, sus primorosos tejidos de lana y los demás productos de sus industrias son fiel reflejo de su personalidad física, intelectual y moral y de la gran cultura que alcanzó en estos lugares de clima y suelo incomparables.

Estos antiguos aborígenes, de cualidades excepcionales en la prehistoria del Perú, debían, por un designio providencial, poner las primeras bases de su rudimentaria cultura a la ciudad que, siglos después, había de nacer, crecer y florecer a la sombra protectora de la cruz, al pie de la gran Cordillera Volcánica que domina la campiña más fértil, rica y pintoresca del gran desierto de la costa peruana: la hidalga, la valiente, la legendaria ciudad de Arequipa.

CAPITULO XXII

ASPECTO ACTUAL DE LA IRRIGACION ARTIFICIAL DE LOS PUQUINAS

FIGURATE lector una extensa región de más de doscientos kilómetros desde cerca de la ciudad de Arequipa hasta el pueblo de Quinistacas a poca distancia del valle de Omate, y desde el Pichu-Pichu hasta la confluencia del río Jalán con el de Tambo, convertida por el esfuerzo extraordinario de un pueblo laborioso y entusiasta, en un inmenso jardín, fertilizado por una red de canales de irrigación que llevaban, en sus frescas y cristalinas aguas, la alegría y el bienestar a los pueblos más escondidos y remotos del extenso señorío.

En el lugar más prominente, más estratégico, se alzaba majestuosa e imponente la gran ciudad-campamento, capital del rico y poderoso estado puquina, circundada de una maravillosa escalinata de terrazas bien cultivadas de cereales y tubérculos con que se sostenía una densa población. Sin duda, esos primitivos labradores debían sentirse, a pesar de sus continuas y rudas labores, los hombres más dichosos de la tierra.

Y a la verdad, inmenso júbilo experimentarían aquellos rudos e ignorantes labradores al ver convertidos en hermosa realidad sus dorados sueños de grandeza, pues eso de llegar a transformar en lugares paradisiacos, en tierra de promisión lo que fue región ingrata y rebelde para el hombre, sería para estos aborígenes el mayor triunfo conseguido después de largos años de rudas labores, de abnegación y sacrificios admirables. (Lámina XLV).

No hay duda que la amenidad de los campos, cubiertos en gran parte de doradas mieses; el azul radiante de los cielos; los millares de andenes esmaltados de vistosas flores como los jardines suspendidos de Babilonia; los resplandores de millares de fogatas encendidas durante la noche, en elevados cerros, que a manera de faros, marcaban las rutas que debían seguir los numerosos viajeros de la extensa área cultivada; las montañas cubiertas de vegeta-

ción hasta cerca de sus cumbres; los muchísimos riachuelos que se deslizaban apacibles por collados y planicies cubiertos de verde césped donde pacían infinidad de rebaños de alpacas y de llamas; los dulcísimos arpegios de multitudes de pintados pajarillos; los gratos aromas y sutiles efluvios de arbustos silvestres que impregnaban el ambiente de suavísima fragancia; el beso grato de la brisa campesina que refrigeraba el calor del medio día; la policromía espléndida de los atardeceres majestuosos y el canto armonioso y festivo de los millares de obreros que conducían la mies a las eras. Todo este magnífico panorama que encerraba bellezas indescriptibles robadas a la naturaleza dura e inclemente del páramo desolado, tenía por fondo el paisaje imponente y bravo del Ande con sus cumbres cubiertas de eterna nieve. Sacrun, el último gobernante de este rico, grande y poderoso estado puquina, debió sentirse, en el apogeo de sus triunfos, el más feliz y venturoso de los mortales.

CAPITULO XXIII

DESTRUCCION DEL SEÑORIO PUQUINA

POR la pequeña y lacónica relación que hizo el indio Juan Huaranca en el famoso libro ya citado, sabemos que el último Sinchi que gobernó el gran señorío de los puquinas fue Sacrun, vencido y muerto en la pampa de Nawan o Uzuña al repeler una poderosa invasión de los colla-aymaras venidos de la región del Titicaca.

Es de suponer que cuando Sacrun reinaba por los años 750 a 800 de J. C., el rico y poderoso estado puquina había alcanzado un alto grado de progreso y engrandecimiento. Las obras portentosas de irrigación que había emprendido bajo tan excelentes auspicios estaban ya terminadas en toda la vasta extensión del páramo arequipeño.

Ahora, para poner a salvo estas regiones paradisíacas contra la ambición insaciable de pueblos poderosos y conquistadores, dedicáronse a contruir grandes murallas de piedra en los sitios que ofrecían peligro de ser fácilmente franqueados.

Desplegóse una gran actividad comercial en toda la dilatada región cultivada por esta raza llamada a cumplir grandiosos destinos en la historia antigua del Perú.

Los graneros estaban repletos de víveres, pues las cosechas de cereales y tubérculos fueron siempre abundantísimas. En todas las principales poblaciones del gran señorío levantáronse templos en honor de sus dioses protectores para rendirles los homenajes de gratitud y veneración por tan inmensos beneficios recibidos, singularmente en los momentos angustiosos y desesperantes de su duro confinamiento, cuando su existencia se vió seriamente amenazada por el aspecto terrorífico del hambre y de la miseria.

Esta verdadera tierra de promisión, que labró su mayor gloria y prestigio con el esfuerzo de sus hijos durante varias generaciones, atrajo grandes mul-

titudes de gente, venidas de lejanos países para hacer el intercambio comercial de sus productos alimenticios y de las carnes secas de sus ganados, durante ciertas épocas del año, dedicadas a estos mercados regionales en que se ponía de manifiesto el progreso sorprendente del arte esmerado en la cría de ganado, la fecundidad asombrosa del suelo cultivado y la técnica admirable de las artes industriales.

El principal santuario de los puquinas estaba ubicado en las cumbres del cerro Choquellampa, muy cerca del palacio del rey, donde se rendía culto especial a la luna, la diosa tradicional de los arahuques lacustres del Altiplano. Dos veces al año se abrían las puertas de este templo misterioso para rendirle los atributos de admiración y reconocimiento, a semejanza de la pleitesía de los pueblos yungas al dios Pachacamac de Lurín y los aymaras y quechuas al todopoderoso Huiracocha de la región andina.

Y cuando esta raza logró libertarse de los trabajos indispensables para poner a salvo su mísera existencia determinóse entrar de lleno a la segunda fase de su cultura, de su historia. El deseo ardiente de instruirse, de dilatar el estrecho horizonte de sus conocimientos rudimentarios era entonces la única y principal ocupación de su existencia. Deseaban, pues, con el estudio y la meditación, regenerarse, ennoblecerse y dignificarse espiritualmente, transformarse con el mismo entusiasmo, abnegación y sacrificio con que habían logrado transformar los áridos desiertos y cerros rocosos en un vergel maravilloso, en una región de perfecta bienandanza material.

La suprema aspiración de este pueblo de insignes agricultores consistía en crearse un arte propio, un estilo original, una cultura superior como lograron alcanzar las naciones cultas del mundo antiguo.

En estos momentos felices en que el horizonte cultural de los puquinas se iba a dilatar, a ensanchar más para producir las obras más notables, imperecederas de su hermosa historia, vino a sufrir un golpe inesperado, de consecuencias desastrosas, que paralizó completamente todas las energías, todas las actividades que estaban desplegándose por conseguir dicha edad de oro, de firme e inquebrantable grandeza.

Por el año 900 de Jesucristo, los colla-aymaras del altiplano interandino, habiéndose multiplicado en gran escala y hecho sorprendentes progresos en su cultura hasta formar un imperio rico y poderoso, dilataron sus dominios hacia la costa del Pacífico atravesando la Cordillera Occidental por casi los mismos sitios por donde los arahuques lacustres, siglos atrás, lograron penetrar a la región alta del páramo arequipeño.

No hay duda que la riqueza y el estado asombroso de prosperidad a que llegó el señorío puquina excitó la envidia, la ambición insaciable de los poderosos gobernantes aymaras quienes determinaron apoderarse, cueste lo que costare, del próspero, del floreciente estado puquina forjado en surcos de dolores en la zona cisandina del valle de Arequipa.

Aunque el indio Juan Huaranca al dar, en tan breve síntesis, la triste historia de la destrucción del poderoso y floreciente estado puquina por la incon-

tenible invasión de los colla-aymaras del altiplano interandino, no hace mención de los acontecimientos que antecedieron y sucedieron a esta inaudita conquista, sin embargo en las numerosas excursiones que hice durante más de seis años a las poblaciones y aldeas de los distritos de Pocsi, Quequeña y Puquina, he podido conseguir datos importantísimos, conservados religiosamente de generación en generación entre esos indígenas y especialmente de los descendientes de Húaranca, que viven en Polobaya, sobre la magnitud y trascendencia que revistieron los sucesos de la conquista aymara y la resistencia heroica que opusieron los puquinas.

Cuenta la tradición que los aymaras invasores se presentaron ante las fronteras del gran señorío puquina como una avalancha incontenible, con ejércitos numerosos, de soldados bien aguerridos y mejor disciplinados que ocupaban las estribaciones orientales del Pichu-Pichu hasta los desfiladeros del Ubina, capitaneados por un famoso caudillo llamado Makuri, de instintos sanguinarios y feroces.

Conocedor Sacrun del peligro inminente que corría su nación ante el avance acelerado del enemigo, apresuróse a enviar de inmediato los pocos ejércitos de que disponía en tiempo de paz, a cerrarle el paso en los desfiladeros, quebradas y demás lugares estratégicos de la Cordillera Volcánica, mientras sus mejores generales movilizaban a los millares de soldados que debían defender, palmo a palmo, la sagrada integridad de su terruño amenazado de destrucción, de exterminio.

La guerra fue bárbara y salvaje. Los colla-aymaras, en esta memorable campaña de devastación y de rapiña, dieron pruebas palmarias de la fiereza y crueldad que los caracterizaba.

En un principio, las valerosas tropas de Sacrun, merced a ingeniosos estratagemas y a un audaz ataque por los flancos, lograron infligir tremenda derrota a las impetuosas huestes de Makuri, en el sitio denominado Cienaguillas, en las alturas del pueblo de Piaca, pero los vencedores mantuvieron corto tiempo enhiesto el estandarte del triunfo.

Nuevas tropas de aguerridos invasores llegaron oportunamente de Ubina y de Ychuña comandadas por jefes fogueados y harto peritos en la ciencia de la guerra de aquel tiempo, contingentes que se presentaban amenazadores por las cumbres de los cerros de la hacienda de Muto y por las llanuras de Totorni y Chucmullo, al pie del Pichu-Pichu, y avanzaron incontenibles hacia la pampa de Pocsi, donde se encontraba el grueso del ejército puquina; durante algunos días cayeron, no obstante, en poder del invasor las pequeñas fortalezas de los Tablones y de Huactalacta, entregándose la soldadesca después de la refriega a repugnantes orgías para celebrar el magnífico triunfo que les abría las puertas de la gran metrópoli de Churajón, capital del señorío puquina.

Sacrun, viendo que se acercaba la ruina y la desolación de su imperio, reorganiza su ejército haciendo cambios oportunos y acertados en algunos jefes de su estado mayor; repliega la mayor parte de su gente hacia las colinas

y llanuras de Polobaya y Uzuña, que eran los lugares estratégicos para la defensa de la capital. Los collas, ensoberbecidos por el número y calidad de sus soldados se regocijaban de antemano de sus triunfos.

Después de algunos días de preparativos bélicos avistáronse por fin los dos ejércitos en las dilatadas llanuras de la pampa de Nawan o Uzuña y acto continuo entraron en lucha sangrienta y desesperada al despuntar la aurora.

En un principio, las huestes puquinas, aunque menos numerosas y no bien preparadas en la ciencia de la guerra, oponen inesperada y tenaz resistencia al agresor. Todo el día se peleó cuerpo a cuerpo con arrojo invencible. La victoria, fieramente disputada, hasta el medio día, se presentaba indecisa. Sólo en las primeras horas de la tarde empieza el fiel de la balanza a inclinarse en favor de los aymaras, pues ya se dejaba notar la fatiga, el agotamiento en las tropas defensoras. Las voces de aliento del gran rey de Churajón que recorre el campo de batalla inflamando el valor de sus guerreros no tienen el efecto que se esperaba. Y en estos precisos momentos en que se abrigaba la firme esperanza de una poderosa reacción de parte de los sitiados por haber llegado nuevos contingentes de Puquina y de Omate, una flecha perdida atravesó el pecho de Sacrun que cayó mortalmente herido.

La muerte inesperada del gran jefe puquina causó terror y espanto en sus ejércitos, que sintiéndose incapaces de resistir por más tiempo los poderosos ataques del enemigo, se confunden, se desbandan y huyen a los cerros próximos a fin de ponerse a salvo de la feroz venganza del vencedor. La victoria se decidió en favor de los aymaras.

La pampa de Nawan o Uzuña —teatro de la refriega— quedó cubierta de cadáveres y de heridos y empapada con la sangre que corría por entre los pastales de la extensa llanura. Por fin, la noche benigna y compasiva apresuró a cubrir con su negro manto aquel triste y sombrío cuadro de dolor, de amarga desesperación. Muerto el rey puquina y diezmados sus mejores ejércitos en el campo de batalla tuvo que resistir la inevitable invasión la gran metrópoli de Churajón, cuyas majestuosas montañas que, la circundan a manera de baluartes, fueron fácilmente franqueadas por las victoriosas legiones del imperio del Collao.

Al llegar a esta parte de la historia puquina, no encuentro palabras precisas y exactas para describir fielmente el horror de la tragedia que sucedió a la derrota. Los vencedores embriagados por los humos del triunfo que acababan de conseguir dieron rienda suelta a los instintos feroces y sanguinarios de la más cruel venganza.

La obra de exterminio llevada a cabo por los colla-aymaras contra los puquinas vencidos, superó en crueldad y salvajismo a la saña con que los generales de Atahuapa persiguieron, atormentaron y aniquilaron a los familiares del Inca Huascar y a toda la nobleza del Cuzco. La relación que hacen los antiguos cronistas sobre esta masacre indescriptible nos infunde espantoso terror. Dice Cabello de Balboa: "Hacía abrir el vientre de las mujeres en cinta,

y dar muerte a sus hijos, diciendo que tales traidores merecían morir dos veces" (60).

Los conceptos vertidos por este cronista son confirmados por los de Garcilaso de la Vega cuando describe emocionado la terrible venganza que ejerció Atahualpa contra la nobleza del Cuzco. "Con tormentos y crueldades —dice el citado historiador— nunca jamás vistas ni oídas destruyó Atahualpa toda la sangre real, así hombres, como niños y mujeres en los cuales por ser más tiernos y flacos, ejecutó el tirano los tormentos más crueles que pudo imaginar; y no hartándose con su propia carne y sangre pasó su rabia, inhumanidad y fiereza, a destruir los criados más allegados a la casa real. A todos aquellos pueblos que estaban alrededor del Cuzco en espacio de cuatro, cinco, seis y siete leguas, los destruyó y asoló por tierra los edificios no contentándose con haberlos muerto los moradores" (61).

El cuadro terrorífico y espeluznante que pintan estos antiguos cronistas da una idea, aunque imperfecta, de los sucesos que siguieron a la conquista y posesión de Churajón, y de las demás ciudades puquinas.

Tomada por asalto la gran capital del señorío puquina fueron sacrificados de la manera más cruel e ignominiosa todos sus reducidos habitantes, sin exceptuar mujeres y niños. A estos actos inhumanos siguió el saqueo de la población sembrada de cadáveres y por fin llevóse a cabo la destrucción de la ciudad por medio del fuego.

La soldadesca, ebria de sangre y de venganza, convirtió en breve espacio de tiempo, a la urbe milenaria, en una inmensa hoguera que ardió durante algunos días hasta quedar reducida a un montón de escombros y de ruinas ennegrecidas y humeantes. Los pocos sobrevivientes de tan duro desastre huyeron despavoridos hacia los valles de Moquegua, Locumba y Tacna a fin de ponerse a salvo de la atroz represalia del vencedor. Las otras ciudades de Huactalacta, Sechi, Chilata, Polobaya y Yura antigua fueron también destruidos y sus bosques talados; los numerosos canales de irrigación deshechos en grandes extensiones; sus muros de contención y terraplenes derruidos y sus maravillosas andenerías, que fueron un día vistosos jardines y amenísimos campos de verdes sembrados, gloria y legítimo orgullo de una raza laboriosa por excelencia, convertidos por obra nefasta del cruel y despótico vencedor, "en campos de soledad y mustio collado".

Así terminó la historia de este rico y floreciente estado puquina llamado quizás a forjar, con el tiempo, una de las culturas más importantes y prestigiosas del Perú precolombino.

(60).—Cabello de Balboa, Miguel, "Historia del Perú" (Micelánea Antártica), Col. de Libros y Doc. referentes a la Hist. del Perú, T. II (2a. Serie), Lima, 1920, p. 128.

(61).—Garcilaso de la Vega, el Inca, o. c. T. II, p. 272.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA (José de) *Historia Natural y Moral de las Indias*. Sevilla, 1590.
- Actas y Trabajos Científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*. La Plata (Argentina), 1932.
- BERTONIO (Ludovico) *Vocabulario de la lengua aymará*. Juli, 1612. (Publicado de nuevo por Julio Platzmann, Leipzig, 1879).
- CABELLO DE BALBOA (Miguel) *Historia del Perú* (Miscelánea Antártica). Colección de Libros y Doc. referentes a la Hist. del Perú, T. II. (2a Serie). Lima, 1920.
- CALANCHA (Antonio de la) *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*. Barcelona, 1638.
- COLON (Cristóbal) *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui. Buenos Aires, 1946.
- COOK (O. F.) *El Perú como centro de domesticación de plantas y animales*. Lima, 1937. Publ. del Museo Nacional. Reproducido del "Journal of Heredity", Washington, Vol. XVI, 1925.
- DIAZ ROMERO (Belisario) *Ensayo de Prehistoria Americana Tiahuanaco y la América primitiva*. La Paz, Cochabamba, Oruro, Potosí, 1920.
- GARCILASO DE LA VEGA (el Inca) *Comentarios Reales*.... Lisboa, 1609.
- HERRERA, (Antonio de) *Historia General de las Indias*. (Décadas). Madrid, 1601.
- IMBELLONI (José) *La Esfinge Indiana; antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*. Buenos Aires, 1926.
- KIMMICH (J) *Arqueología arequipeña. Viaje arqueológico a Pocsí*. En "El Deber", Arequipa, 6 de setiembre de 1921.
- JIMENEZ DE LA ESPADA (Marcos) *Relaciones Geográficas de Indias*. Publ. por el Ministerio de Fomento. Recopilación, introducción y notas de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1881-1897.
- LOPEZ DE VELASCO (Juan) *Geografía y Descripción Universal de las Indias, recopilada desde el año de 1571 al 1574*. Publ. por D. Justo Zaragoza. Madrid, 1894.
- MORANTE (J. M) *La Necrópolis de Tres Cruces*. En "El Deber", Arequipa, 28 de julio de 1941.
- MITRE (Bartolomé) *Las Ruinas de Tiahuanaco. Recuerdos de viaje*. Buenos Aires, 1879.

- OLIVA (Juan Anello) *Historia del reino y provincias del Perú*. . . . Libro Primero. Editado por J. Pazos V. y L. Varela y O. Lima, 1895.
- ORBIGNY (Alcide d') *L'homme américain de l'Amérique méridionale*. . . . Paris, 1839.
- ORE (Luis Jerónimo de) *Rituale seu Manuale Peruanum*. Nápoles, 1607.
- POLO (José Toribio) *Indios Uros del Perú y Bolivia*. Lima, 1901.
- POSNANSKY (Arthur) *Antropología y Sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes*. La Paz (Bolivia), 1937.
- *El río Desaguadero ya no desagua por la tremenda sequía*. En "El Deber", Arequipa, 1º de julio de 1940.
- PUCHER (Leo) *La Puerta del Sol de Tiahuanaco*. En "La Prensa", Buenos Aires, 17 de octubre de 1937.
- RAIMONDI (Antonio) *Análisis de las aguas termales de Yura, aguas minerales de Jecús y aguas potables de Arequipa*. Arequipa, 1864.
- RAMIREZ (Baltazar) *Descripción del Reino del Perú*. . . . México, 1597. (En "Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia: prueba peruana presentada al G. de la R. Argentina por V. A. Maúrtua", T. I, Madrid, 1906).
- RIVA AGUERO (José de la) *Civilización Tradicional Peruana*. Curso dictado en la Universidad Católica del Perú. En "Revista de la Universidad Católica del Perú". Lima, 1937.
- RIVET (Paul).—CREQUI-MONTFORT (G. de) *La langue Uru ou Pukina*. En "Extrait du Journal de la Société des Americanistes de Paris", Paris, Nouvelle série, Tomo XII (1925), p. 211—244; y Tomo XVIII (1926), p. 111—139; y Tomo XIX (1927), p. 57—116.
- *L'origine des Aborigènes du Pérou et de la Bolivie*. Paris, 19, p. 196—202. (Tomado del "Diario de la Sociedad de Americanistas de Paris", Nueva serie, Tomo XI, Fascículo I, p. 241. Paris, 1914).
- ROMERO (Carlos A.) *Biografía del Inca Tito Cusi Yupanqui*, que precede a la *Relación de la Conquista del Perú y hechos del Inca Manco II*, por Diego de Castro Tito Cussi Yupanqui Inca. En la Colección de Libros y Doc. referentes a la Hist. del Perú, T. II Lima, 1916.
- SANTA CRUZ (Joaquín) *Los indígenas del norte de Chile antes de la conquista española*. En "Revista Chilena de Historia y Geografía", Año III. Santiago de Chile, 1913.
- SQUIER (E. George) *Perú, incidents of travel and exploration in the land of the Incas*. Londres, 1877. (Trad. española por F. Ponce de León, Cuzco, 1929).
- SUAREZ POLAR (Manuel G.) *La Necrópoli de Tres Cruces*. En "El Deber", Arequipa, 27 de marzo de 1941.
- TORRES (Bernardo de) *Crónica Moralizada de la Provincia del Perú del Orden de San Agustín*. . . Lima, 1653.
- TROLL (Karl) *Los fundamentos geográficos de las Civilizaciones Andinas y del Imperio Incaico*. Trad. de Carlos Nicholson. En "Revista de la Universidad de Arequipa", año VIII, N.º 9. Arequipa, 1935.


UHLE (Max). *Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna*. En "Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos". II. Quito, 1919.

VALCARCEL (Luis E.) *Por los monumentos del Cusco. Un viaje reciente*. En "Revista del Museo Nacional", T. IV, N.º. 2, Lima, 1935.

————— *Historia del Perú*. Primer Curso Dictado en la Universidad de San Marcos de Lima, 1936.

VILLAR CORDOVA (Pedro E.) *Las Culturas Pre-hispánicas del Departamento de Lima*. Lima, 1935.

CERAMIOS

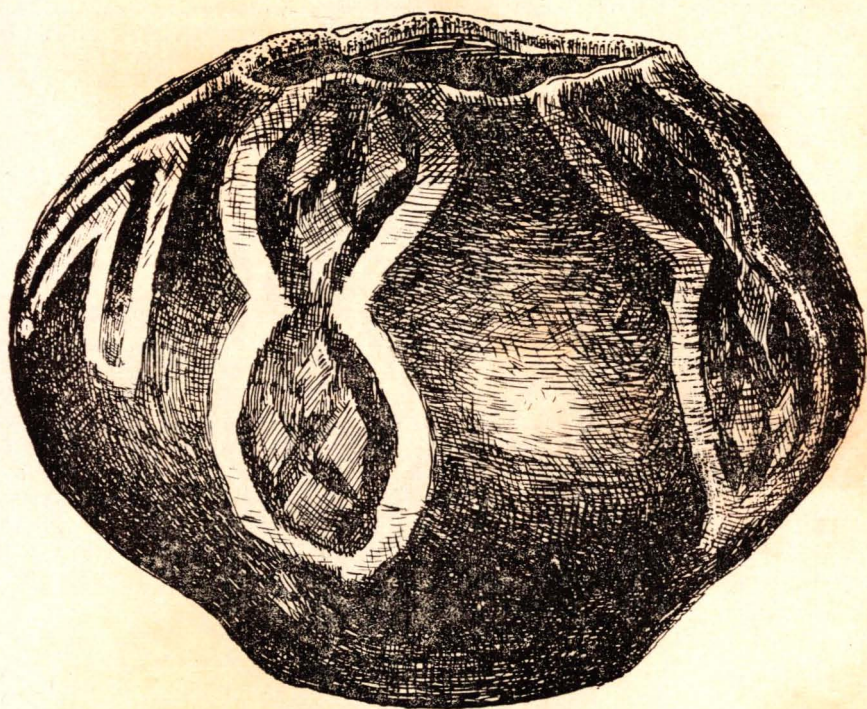


CERAMIOS

Παλαιά Κεραμικά



Vaso Puquina Artísticamente Decorado



Cántaro con Motivos Ornamentales que, con las Hojas Estilizadas, dió origen al Signo Escalonado.



Cántaro para Transporte de Agua



Cántaro de Cuello Esbelto con Tendencia a los Aríbalos.
Estado Evolutivo



Cántaro de Doble Asa



Cántaro con Hojas Estilizadas



Cántaro con Hojas Estilizadas



Vaso de Transición



Vaso con Ideación de Grecas



Cántaro de Ceremonia. Decorado con Hojas de Molle

INDICE

LEONIDAS BERNEDO MALAGA 9

LA CULTURA PUQUINA

PALABRAS LIMINARES, por Rafael Larco Hoyle..... 13
INTRODUCCION..... 17

CAPITULO I

CONSTITUCION GEOLOGICA, MEDIO GEOGRAFICO
Y DIVISION POLITICA DE LA PROVINCIA DE
AREQUIPA.— Configuración física.— Situación y límites.—
Extensión y población.— División política..... 19

CAPITULO II

EL FACTOR GEOGRAFICO.— Influencia del ambiente.—
Andes de Puna.— Andes de Páramo.— Región de la provin-
cia de Arequipa.— Zona de Tola.— Zona de Misti.— Zona
de Valle.— El Pichu-Pichu..... 21

CAPITULO III

EL FACTOR ETNICO O RACIAL.— De las razas en general.—
Los arahuques y los caribes.— Diferencias étnicas entre ara-
huaques, aymaras y quechuas..... 29

CAPITULO IV

HISTORIA DE LOS PUQUINAS.— Personalidad de los pu-
quinas.— Religión de los puquinas.— Vivienda de los puqui-
nas.— Vida y ocupación de los puquinas.— Extensión geo-
gráfica del antiguo imperio de los uros..... 35

CAPITULO V

- LOS UROS O PUQUINAS JUZGADOS POR LOS VIEJOS
CRONISTAS, ESCRITORES Y VIAJEROS..... 43

CAPITULO VI

- LOS UROS O PUQUINAS EN LA REGION AREQUI-
PEÑA.— Testimonios históricos y arqueológicos..... 51

CAPITULO VII

- TRIUNFOS DE LA ARQUEOLOGIA Y ANTROPOLOGIA
EN LAS CULTURAS AMERICANAS.— Descubrimiento
de importantes ruinas en Pocsi y en Quequeña.— Descubri-
miento de Churajón.— Estudios arqueológicos de las ruinas
encontradas.— Antigüedad de la cultura puquina en el
valle de Arequipa..... 57

CAPITULO VIII

- CLASIFICACION DE LOS CRANEOS.— Objetos del arte y
de la industria puquinas.— Cerámica puquina..... 67

CAPITULO IX

- DOS EXPEDICIONES CIENTIFICAS EN LOS DISTRI-
TOS DE POCSI, QUEQUEÑA Y PUQUINA..... 71

CAPITULO X

- EL IDIOMA PUQUINA.— Identificación del idioma uro con el
puquina.— Palabras y frases en puquina y en uro.— Frases
de uso frecuente.— La lengua puquina se habló en las zonas
Alta y Baja del valle de Arequipa.— El nombre de Arequipa
es de origen puquina.— La onomástica y la toponimia, en par-
te de la región, son puquinas..... 77

CAPITULO XI

CULTURA DE LOS PUQUINAS..... 87

CAPITULO XII

EL ALTIPLANO, CUNA DE LAS CIVILIZACIONES ANDINAS..... 89

CAPITULO XIII

TIAHUANACO PUQUINA.— Primer período de Tiahuanaco.— Monumento de Acapana.— Cloaca máxima.— Templo del Sol o palacio primitivo.— La cerámica..... 93

CAPITULO XIV

DECADENCIA DEL ESTADO PUQUINA EN EL ALTIPLANO..... 97

CAPITULO XV

EXODO DE LOS PUQUINAS DEL ALTIPLANO..... 99

CAPITULO XVI

ULTIMA INVASION DE LOS UROS O PUQUINAS..... 101

CAPITULO XVII

TRABAJOS DE IRRIGACION ARTIFICIAL EN LAS REGIONES DEL PARAMO AREQUIPEÑO..... 103

CAPITULO XVIII

SISTEMA DE IRRIGACION DE LOS PUQUINAS..... 107

CAPITULO XIX

LA CRIANZA DE GANADO.....	111
---------------------------	-----

CAPITULO XX

CHURAJON Y OTRAS CIUDADES DEL SEÑORIO PUQUINA.....	115
--	-----

CAPITULO XXI

LOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS DE CASAPATAK, QUILLICONA, PILLU Y HUISHUI.....	121
--	-----

CAPITULO XXII

ASPECTO ACTUAL DE LA IRRIGACION ARTIFICIAL DE LOS PUQUINA.....	125
--	-----

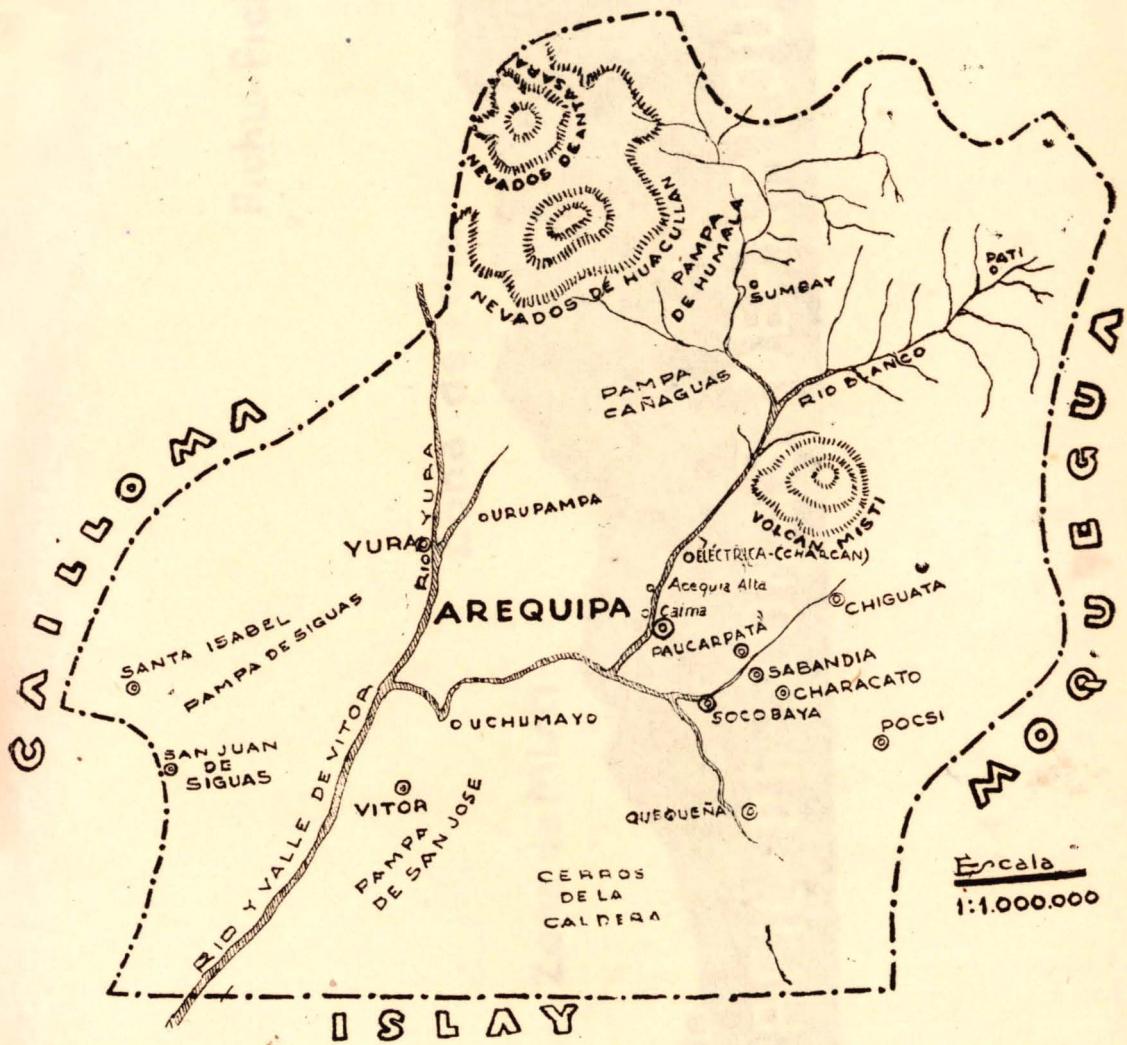
CAPITULO XXIII

DESTRUCCION DEL SEÑORIO PUQUINA.....	127
BIBLIOGRAIA.....	133



LAMINA I

Principales Centros Arqueológicos del Perú



LAMINA II

Mapa de la Provincia de Arequipa

Pichu-Pichu

Zona de Tola

Zona de Misti

Zona de Valle

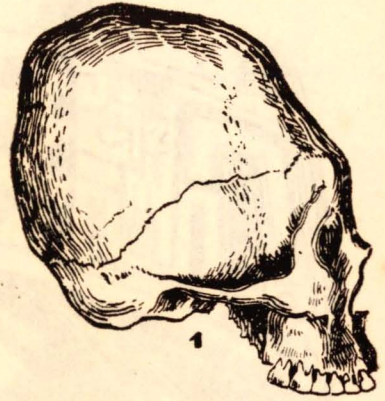
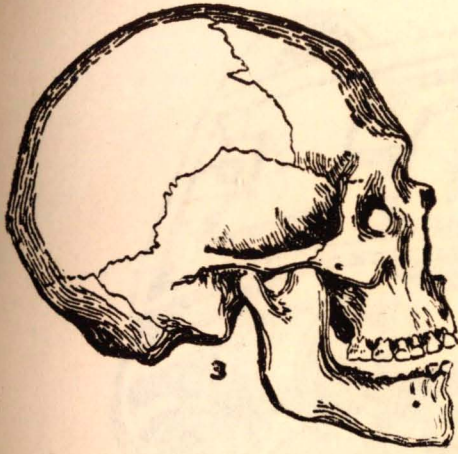
EL PERFIL DE ZONAS DE AREQUIPA



LAMINA IV

Indio Arahuaac de Iru-Itu

(Tomado de Posnansky)



LAMINA V

- 1.—Cráneo Colla.
- 2.—Cráneo Quechua.
- 3.—Primitivo Cráneo Arahuaac.

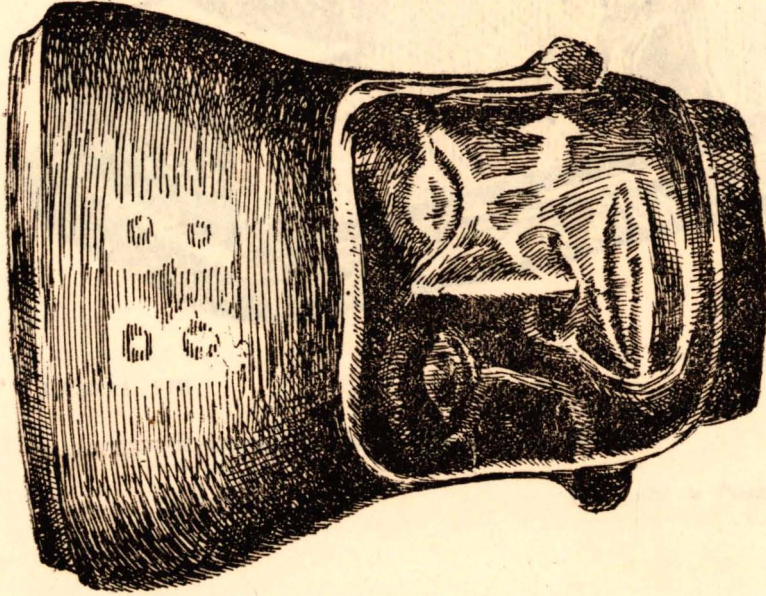
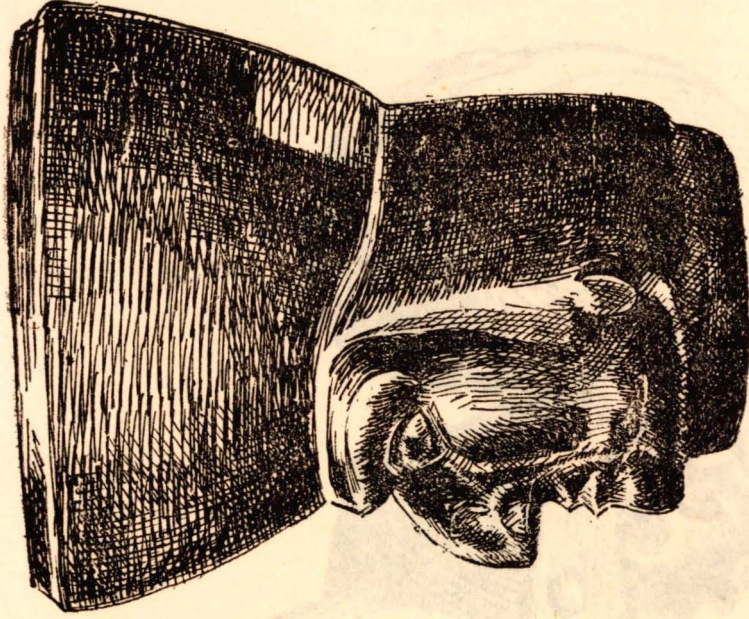
(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA VI

Huaco Retrato de la Cultura Tiahuanaco

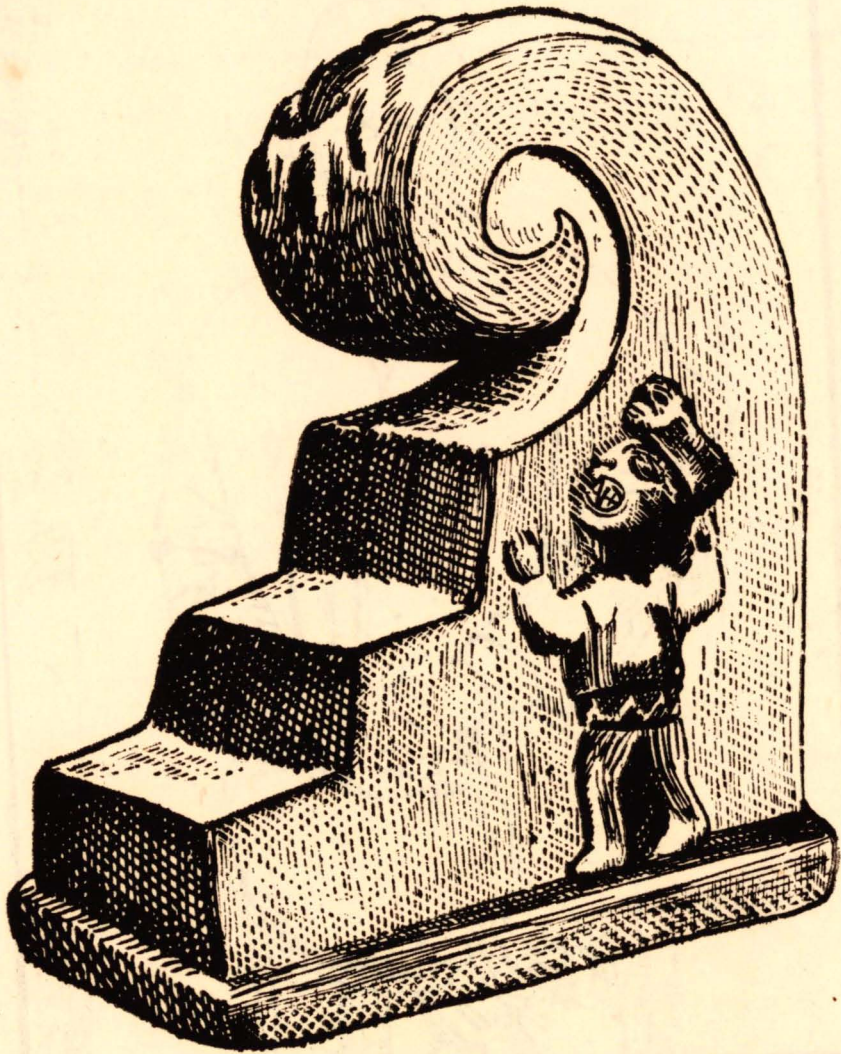
(Tomado de Posnansky)



LAMINA VII

Huaco Retrato de la Cultura Tiahuanaco

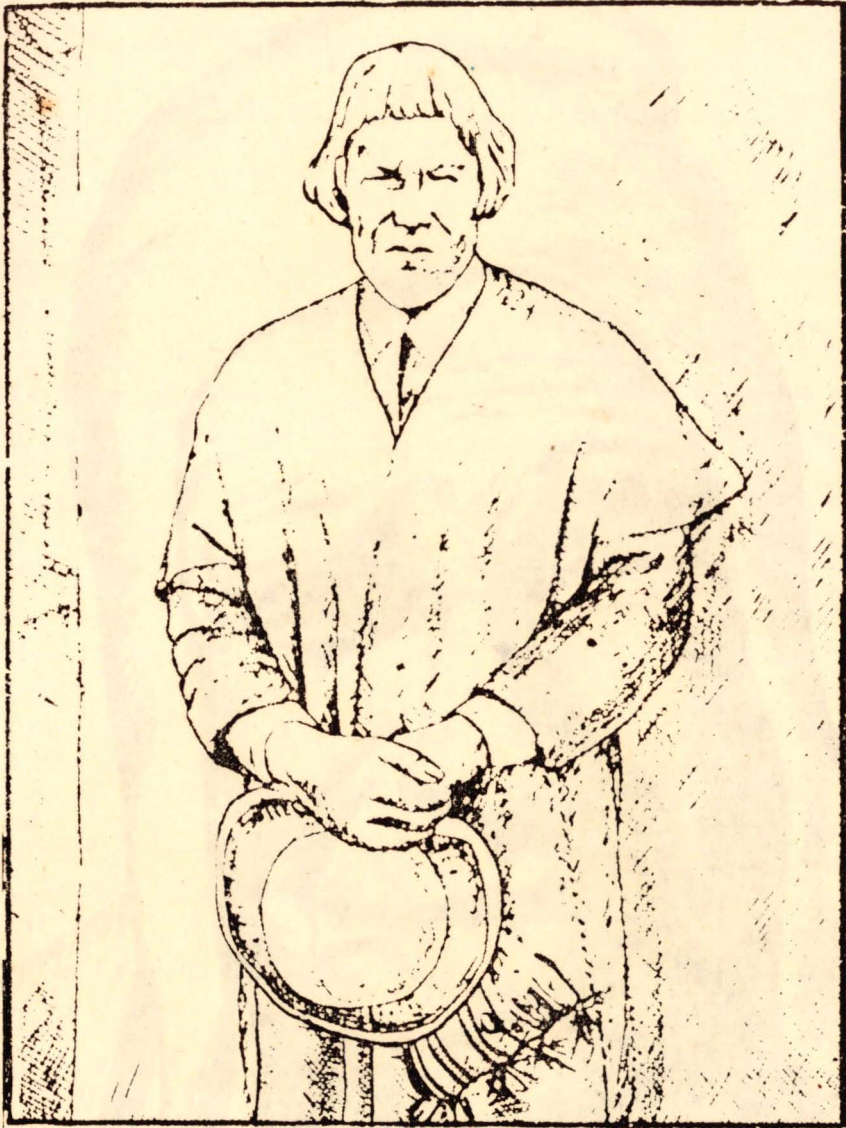
(Tomado de Posnansky)



LAMINA VIII

Representación del Signo Escalonado

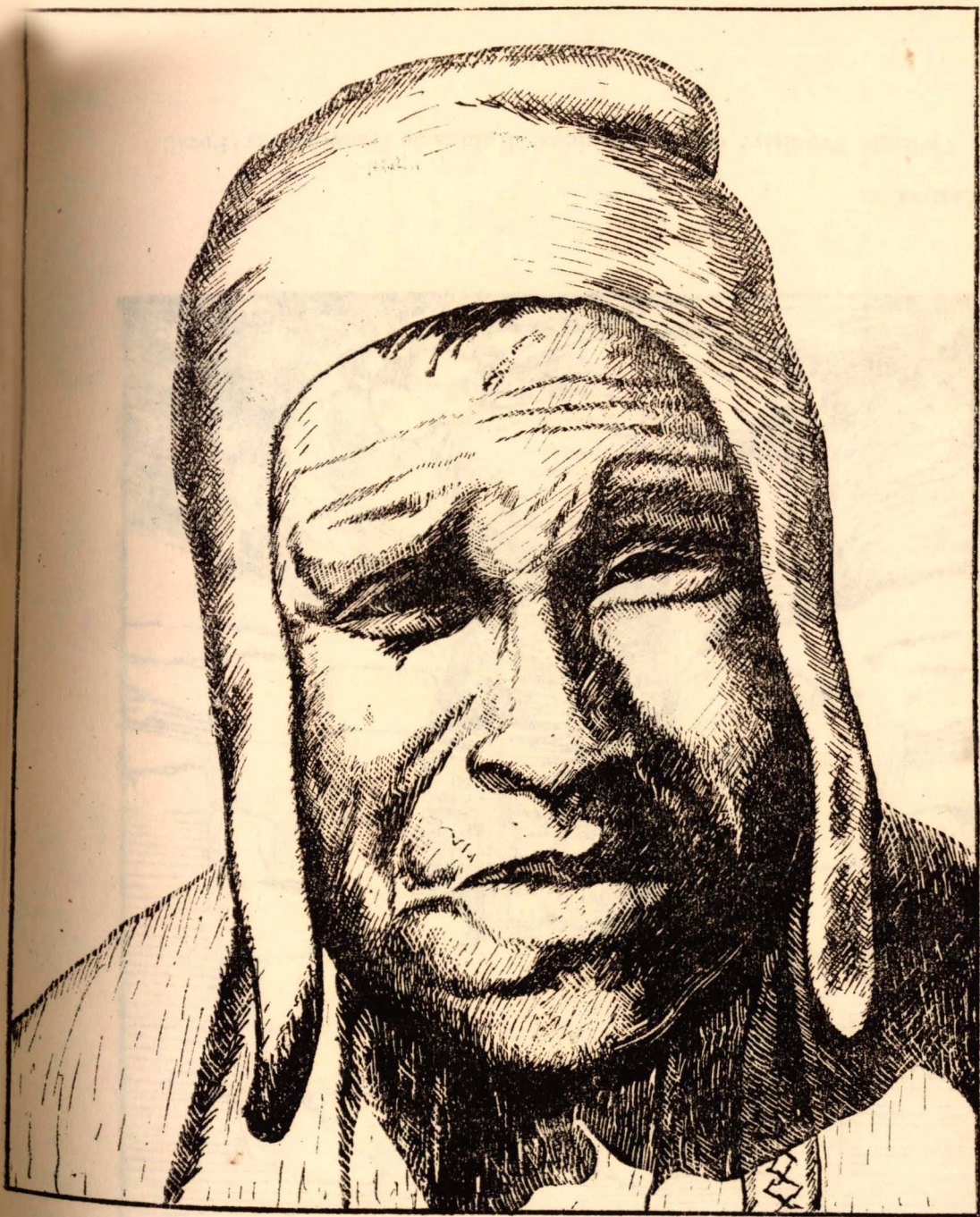
(Tomado de Posnansky)



LAMINA IX

Uro o Puquina Típico, de Iru-Itu

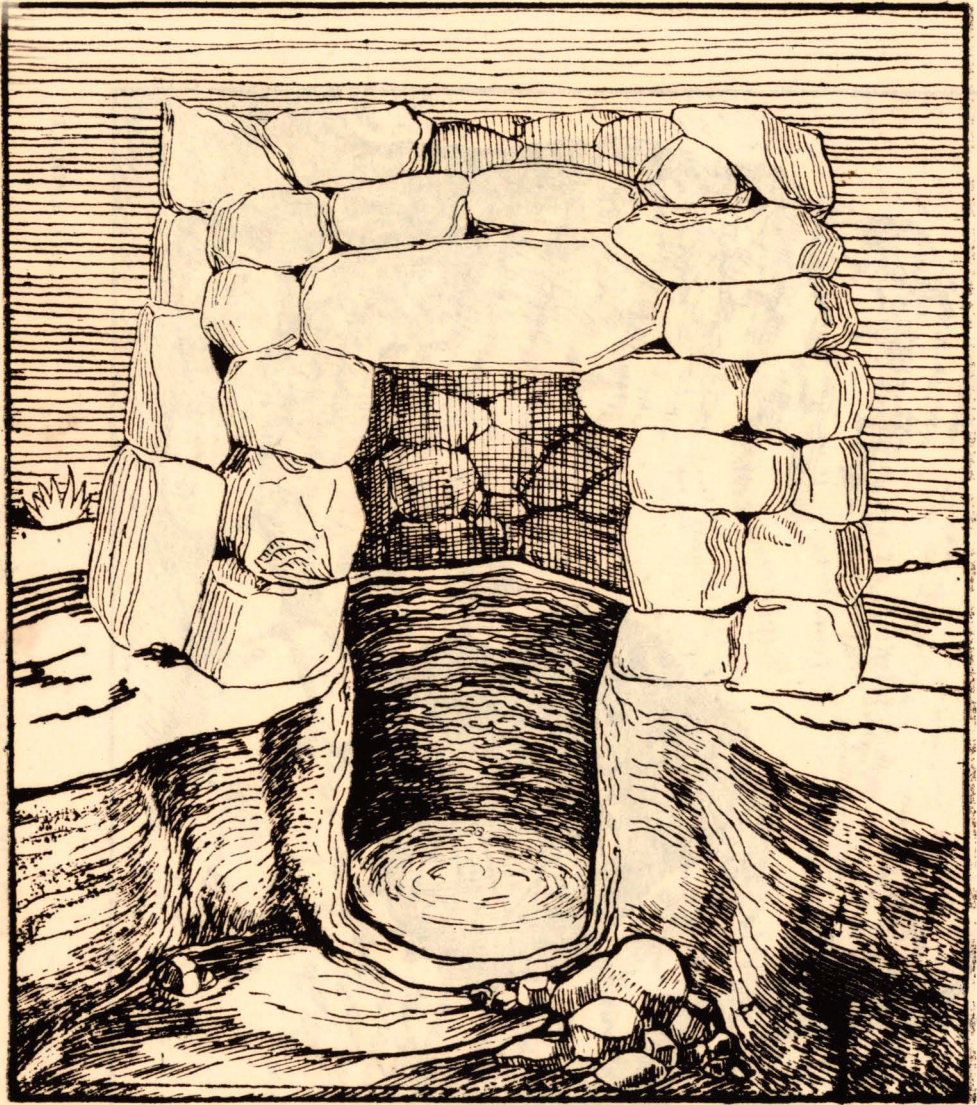
(Tomado de Posnansky)



LAMINA X

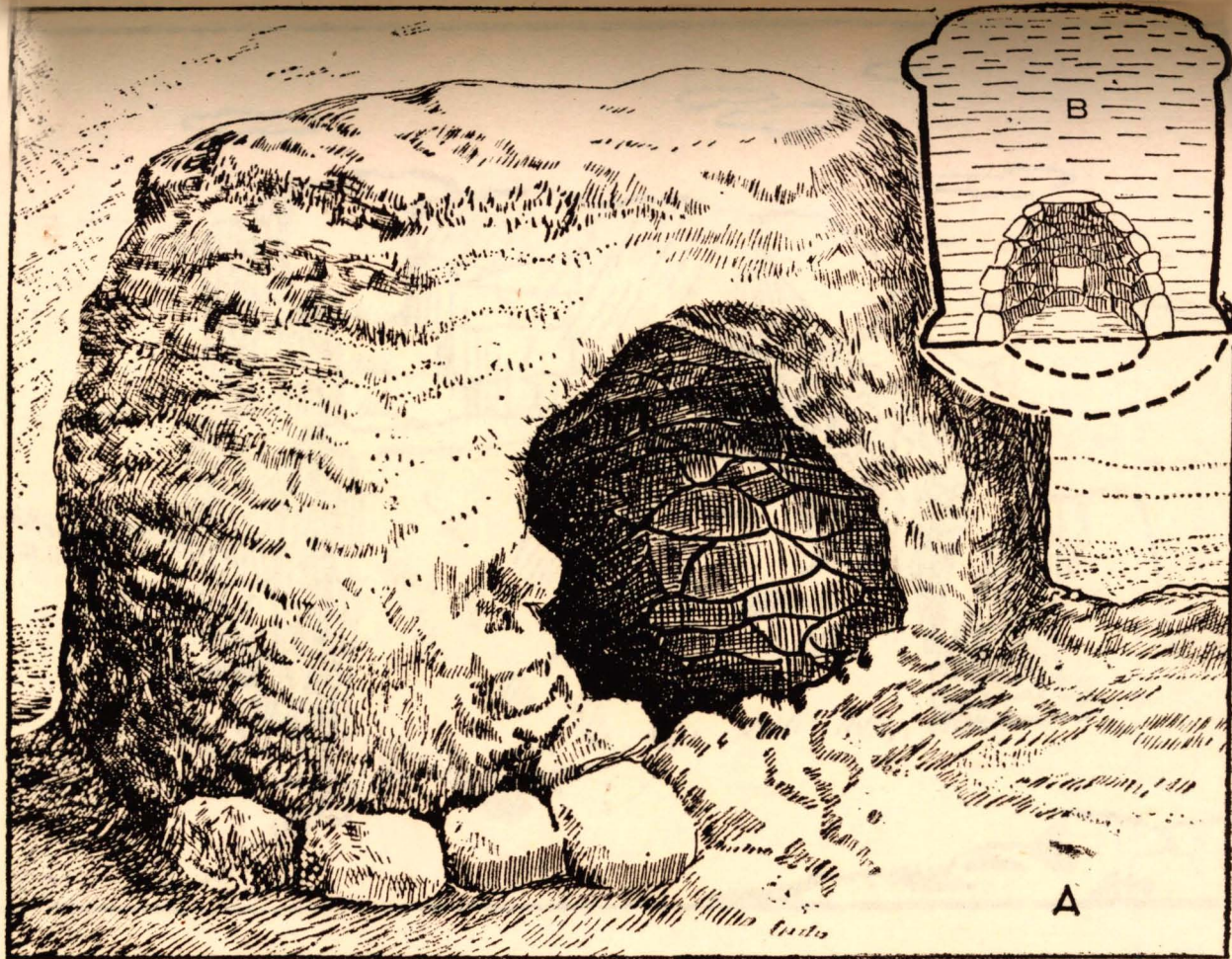
Cabeza de Uro Viejo, de Iru-Itu

(Tomado de Posnansky)



LAMINA XI

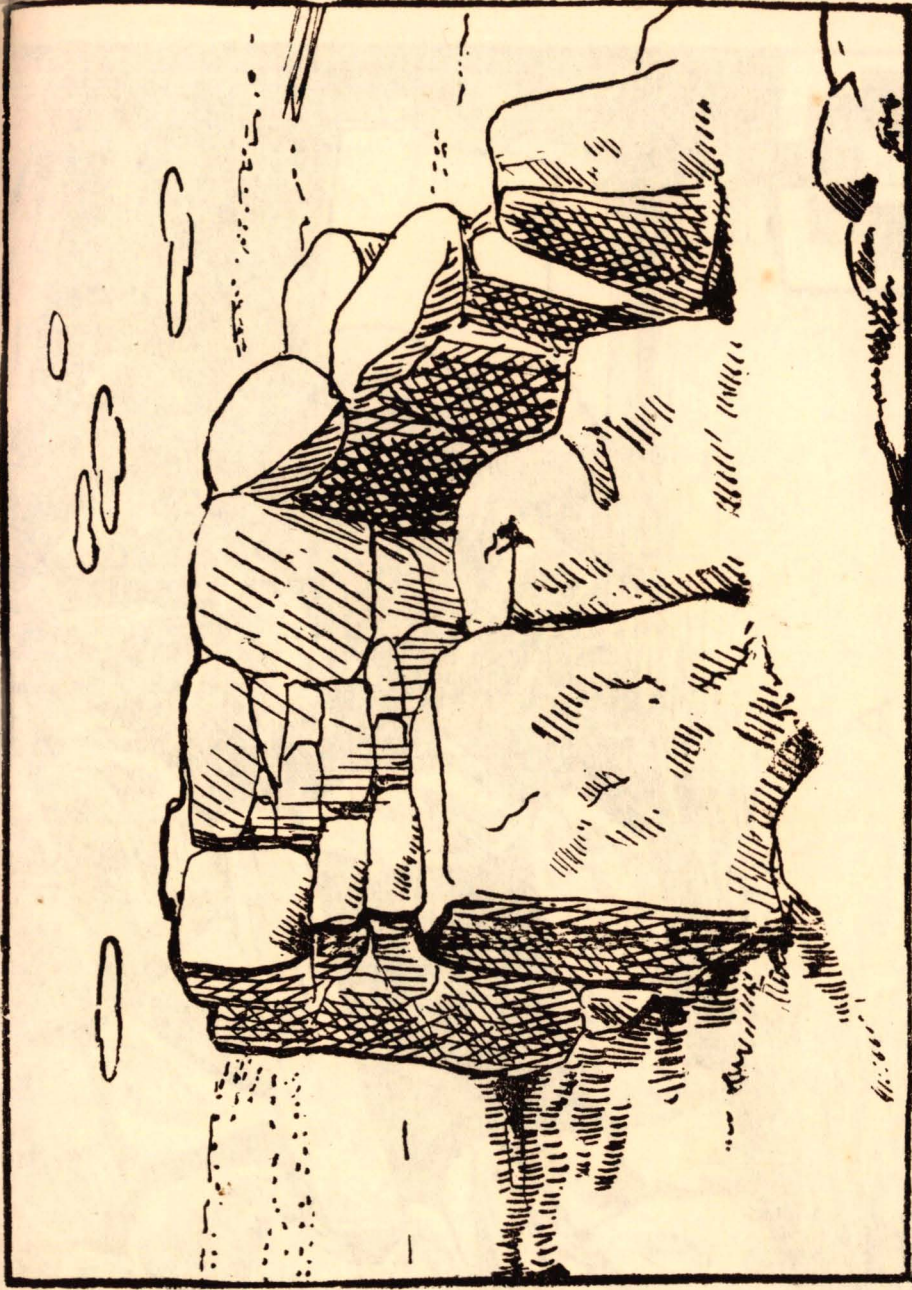
Vivienda Primitiva de los Puquinas. Ruinas de Huactalacta (Pocsi)



LAMINA XII

A.—Chulpa de Arcilla Mezclada con Paja
B.—Interior de piedra de la misma

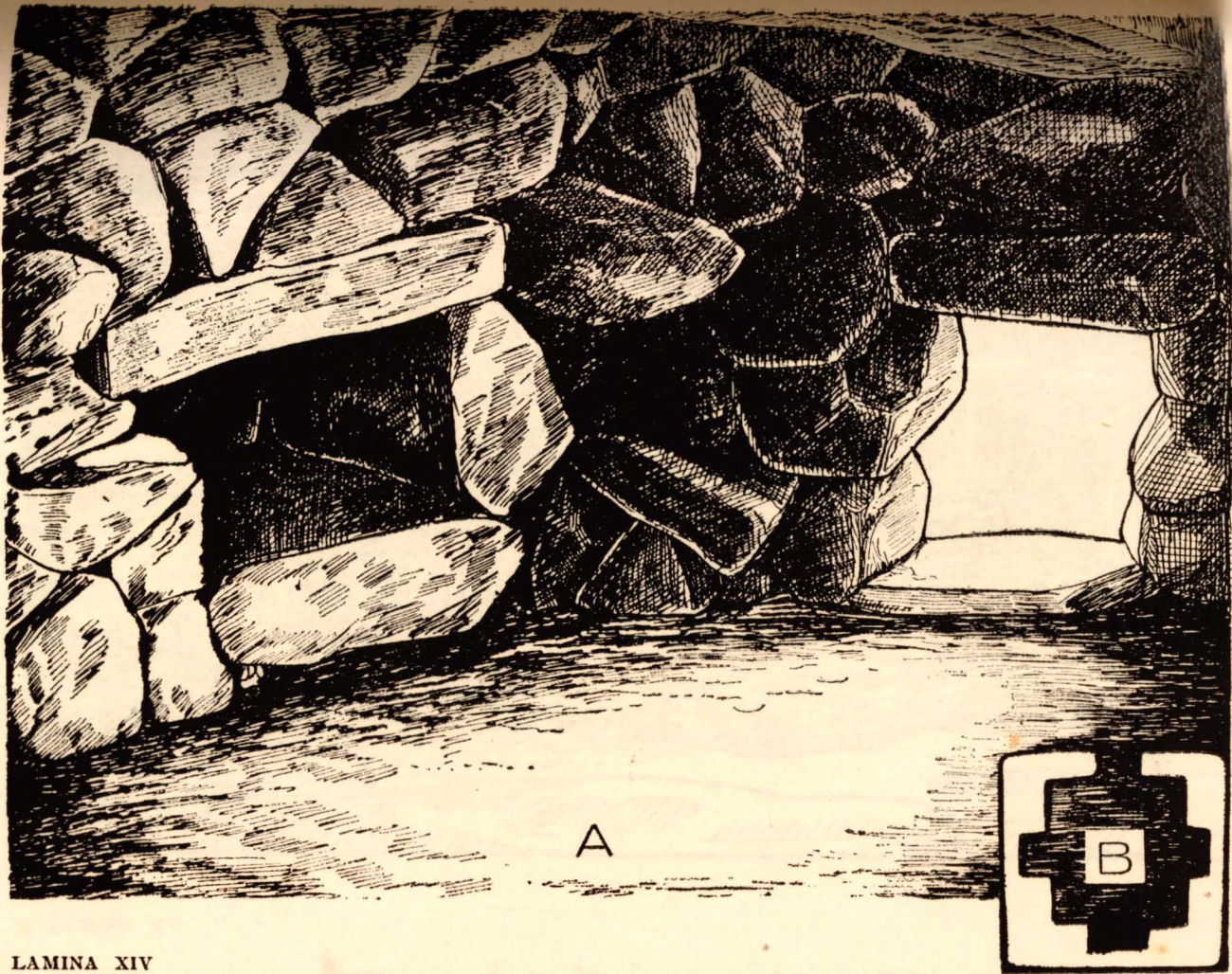
(Rinconada de Uzuña)



LAMINA XIII

Necrópolis de Tutalón

Vivienda Primitiva de Piedra Pircada. (Pocsi)

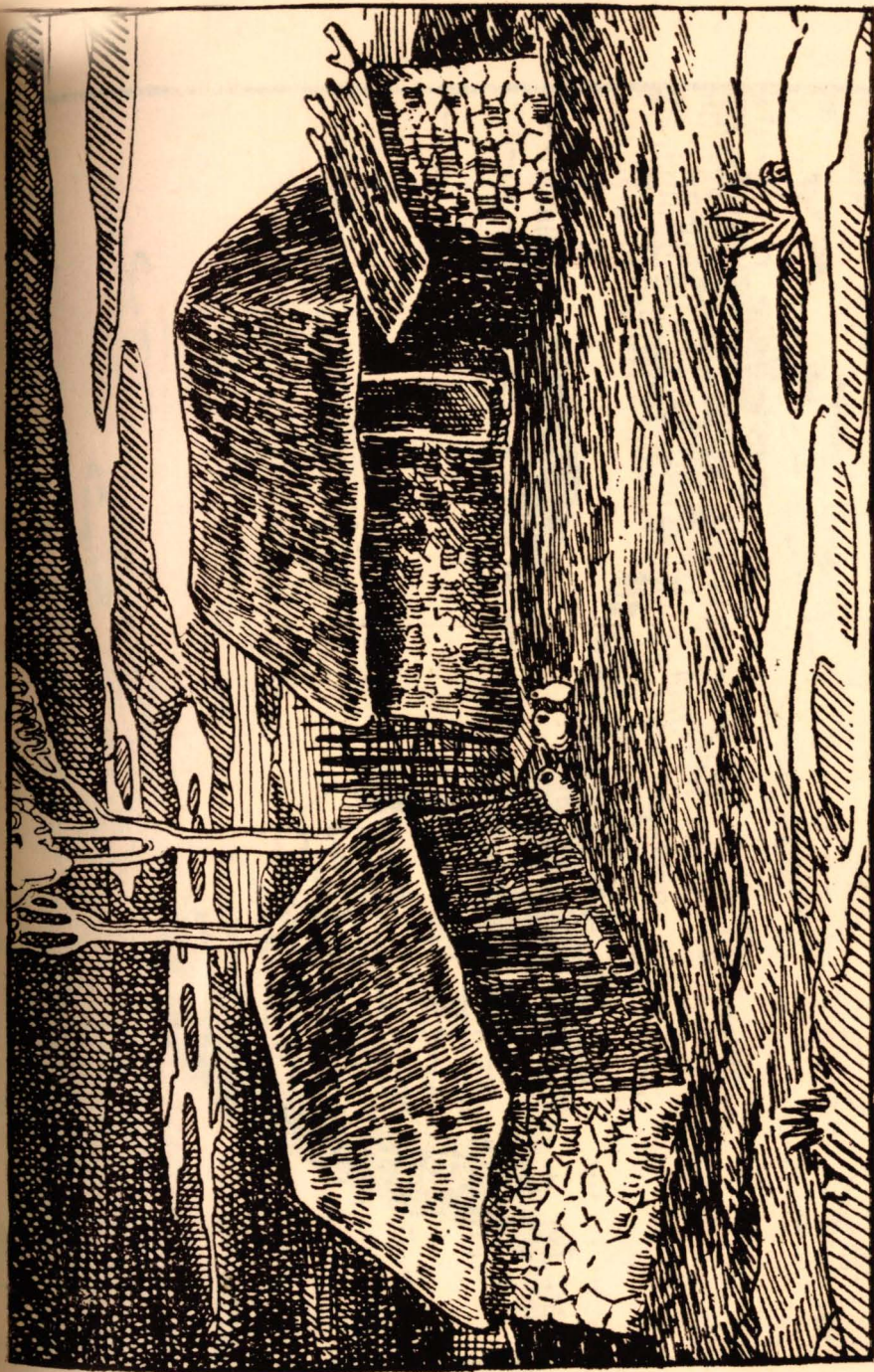


LAMINA XIV

Vivienda Cuadrangular Primitiva. Tatalón (Poési)

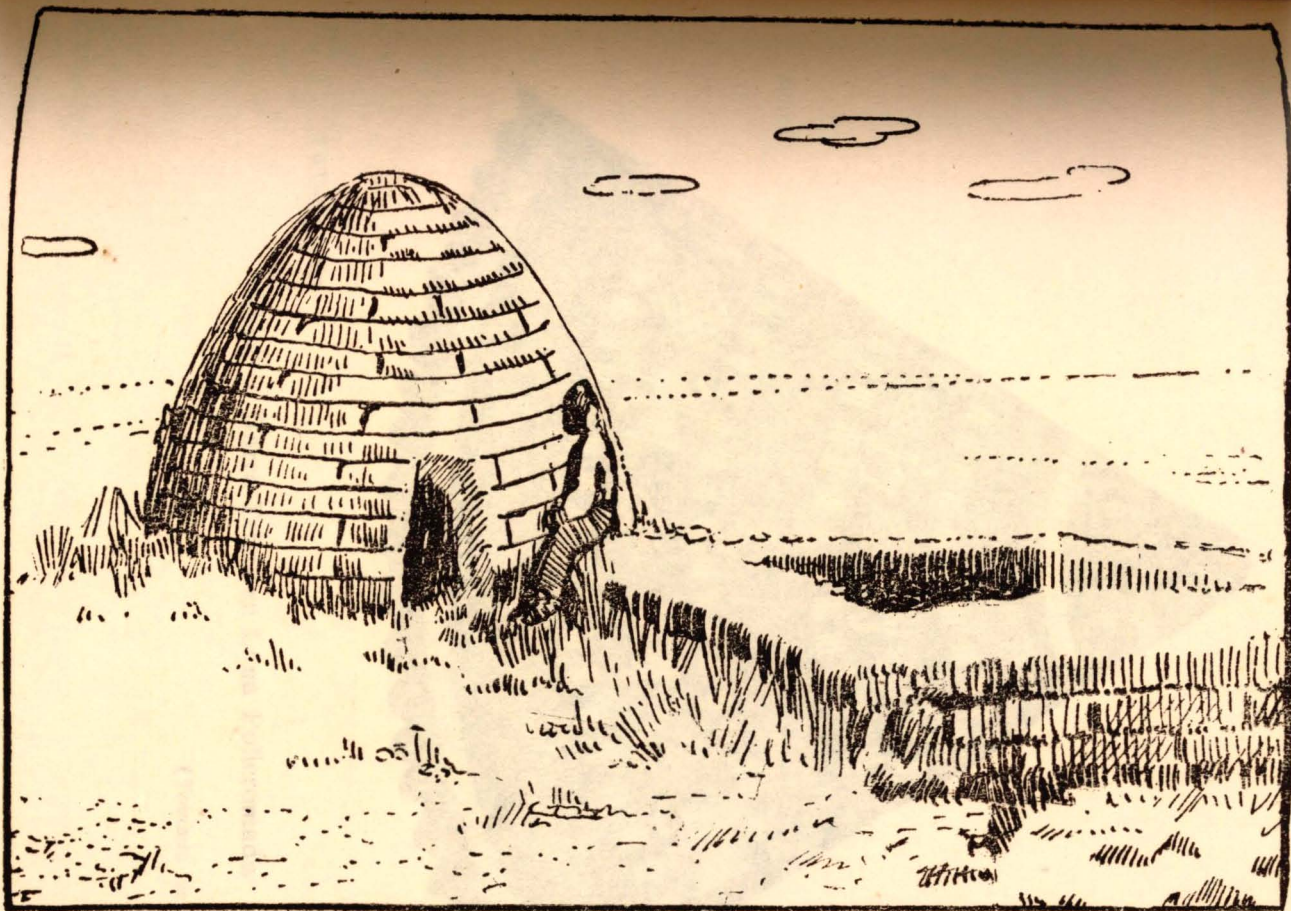
A.—Un Angulo con Puente y Alacena

B.—Plano



LAMINA XV

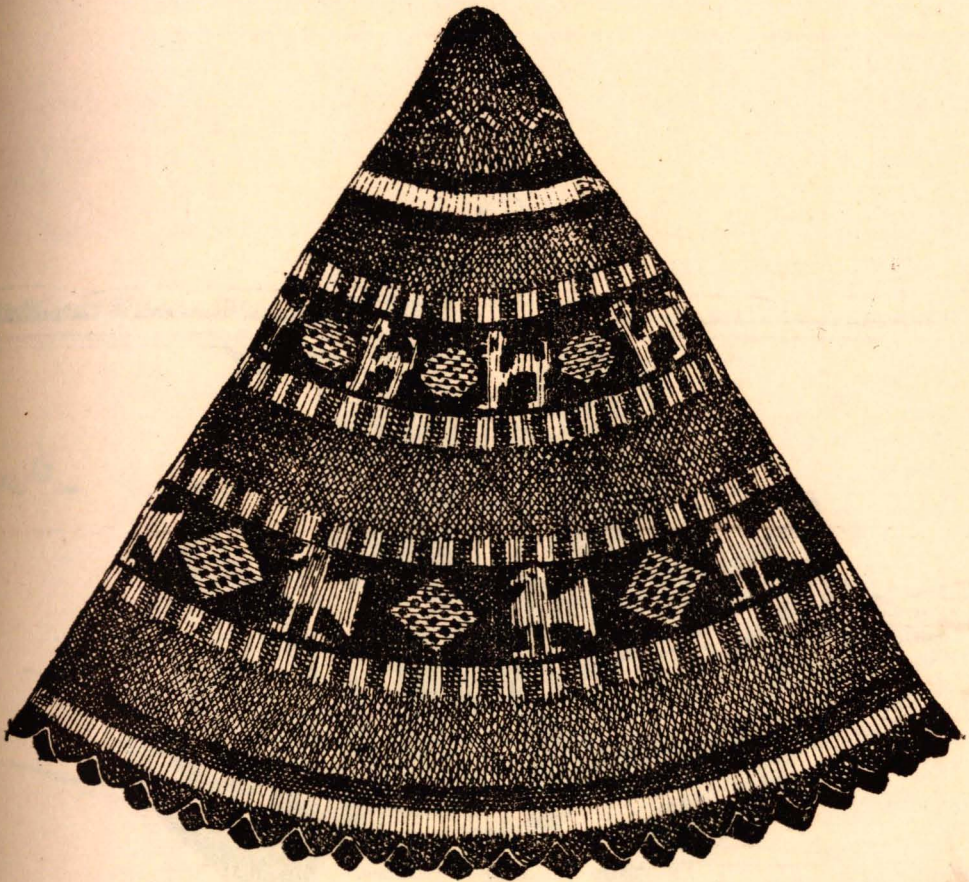
Vivienda de los Puquinas actuales, en Polobaya



LAMINA XVI

El pequeño islote Simillake, situado en el Lago Hakonta Palayani que sólo tiene en la actualidad dos viviendas, denominadas "Putuku", una de las cuales aparece en este dibujo.

(Tomado de Posnansky)



LAMINA XVII

“Khisi” o Gorro Tejido en Lana Policromada

(Tomado de Posnansky)



LAMINA XVIII

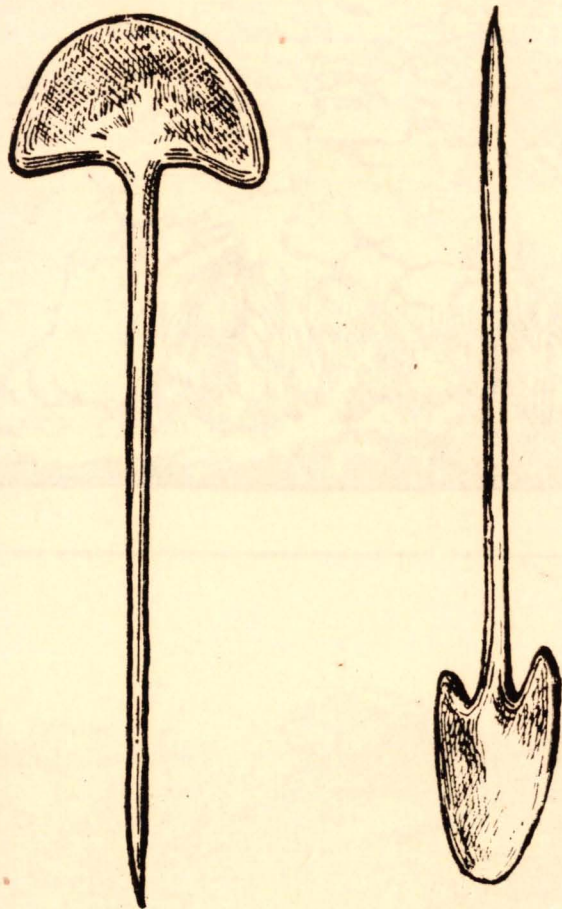
Balsas de los Uros de Iru-Itu

(Tomado de Posnansky)



LAMINA XIX

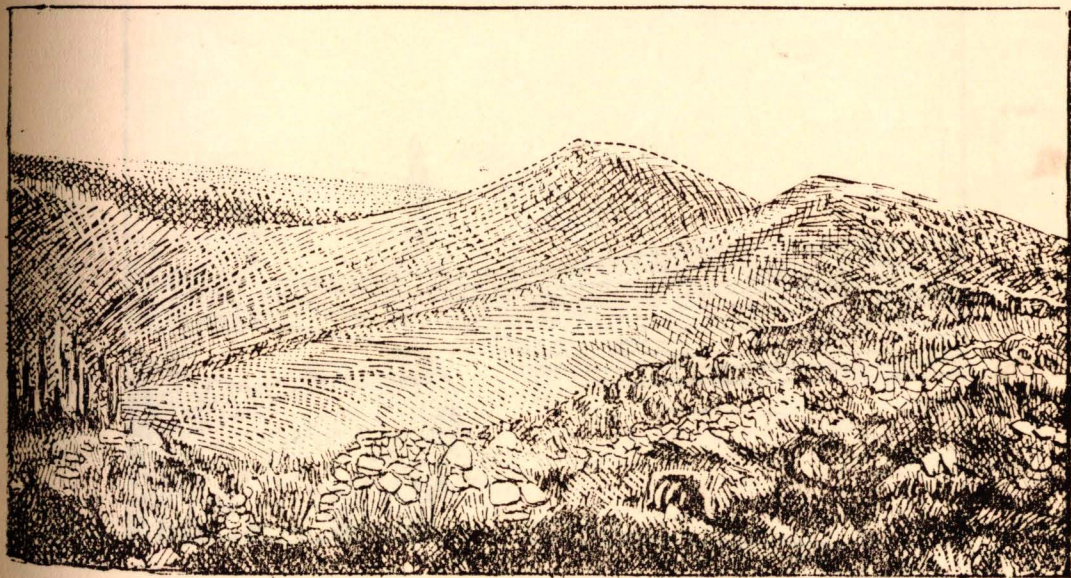
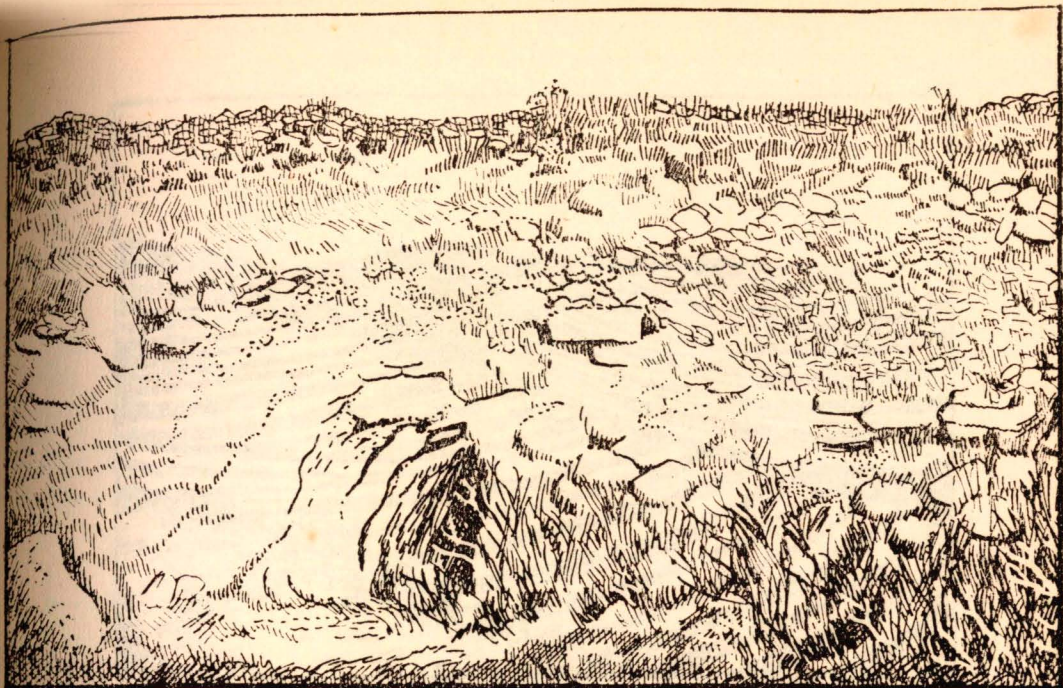
Mapa del Antiguo Territorio Ocupado por los Uros, según Paul Rivet



LAMINA XX

Tupu o Alfiler de Metal, procedente de Churajón

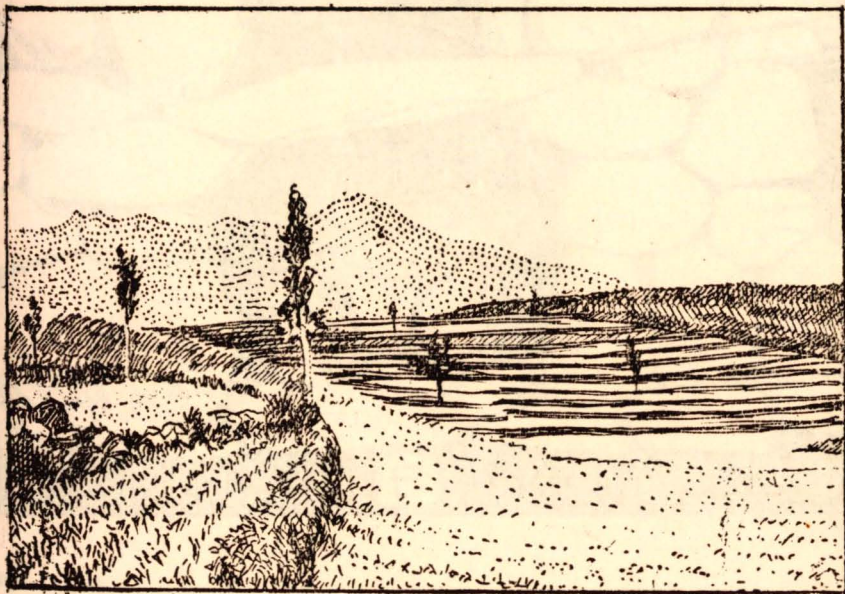
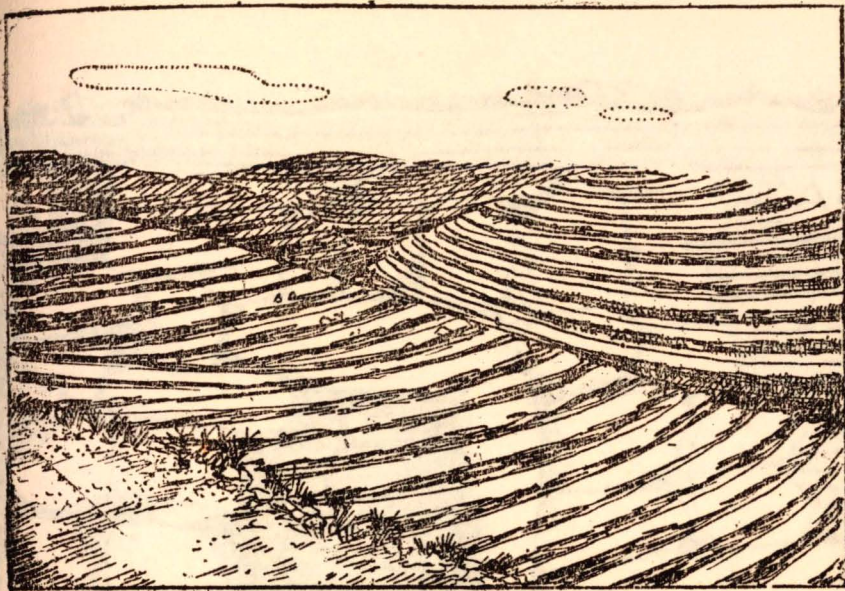
(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA XXI

Ruinas de Huactalacta

- 1.-Aspecto de las Excavaciones Efectuadas.
- 2.-Tumba Subterránea.



LAMINA XXII

- 1.-Andenerías Antiguas Cercanas a las Ruinas de Huactalacta.
- 2.-Campiña actual de Poci.



LAMINA XXIII

Kullpi o Tumba de "Tres Cruces"

A.—Terreno Actual

B.—Terreno Cuando fue Construída.



A



B

LAMINA XXIV

Cerámica Puquina

A—Cántaro y B.—Jarro. Hallados en la Necrópolis de "Tres Cruces"

(Museo de la Universidad de Arequipa)

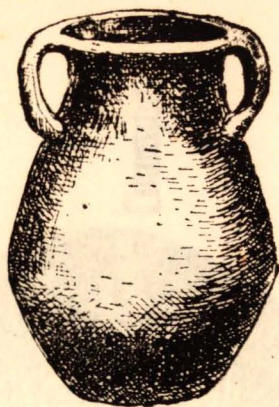


LAMINA XXV

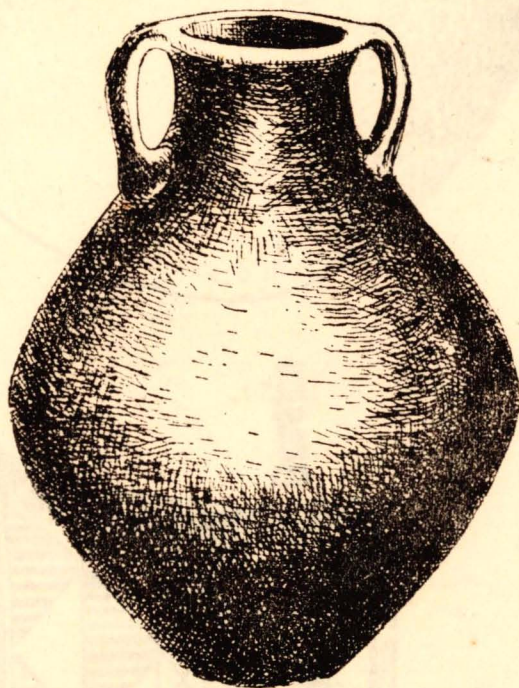
Cerámica Puquina

Procedente de la Necrópolis de "Tres Cruces"

(Museo de la Universidad de Arequipa)



A



B

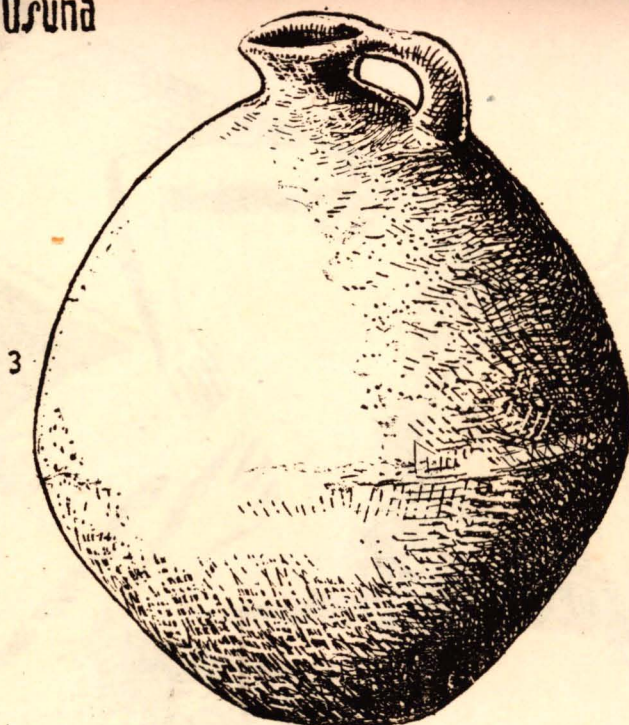
LAMINA XXVI

Cerámica Puquina

A.—Olla de la Zona de Misti, Bajo Arequipa. (Tres Cruces.—Tingo)

B.—Olla de la Zona de Tola o Alto Arequipa. (Churajón)

(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA XXVII

Arte Puquina

1.—Pieza de Cobre de 3 cm. 2.—Vaso de Madera. 3.—Antora de Arcilla,

(Museo de la Universidad de Arequipa)



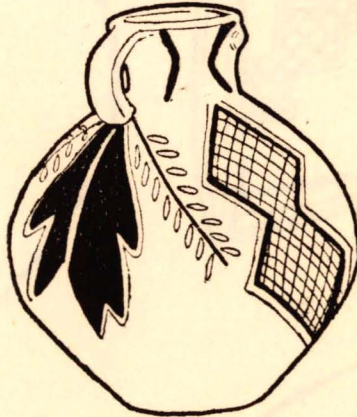
LAMINA XXVIII

Diosa de la Fecundidad (Churajón)

(Museo de la Universidad de Arequipa)



Polo baya

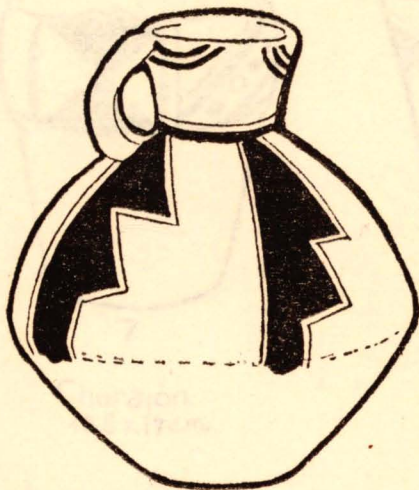
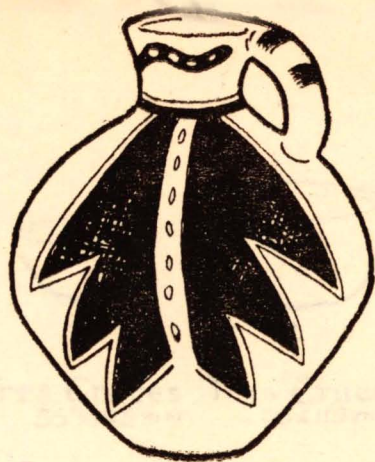


Churajon

LAMINA XXIX

Orígenes del Signo Escalonado en el Arte Puquina

(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA XXX

Evolución del Signo Escalonado en el Arte Puquina

Cerámica de Churajón

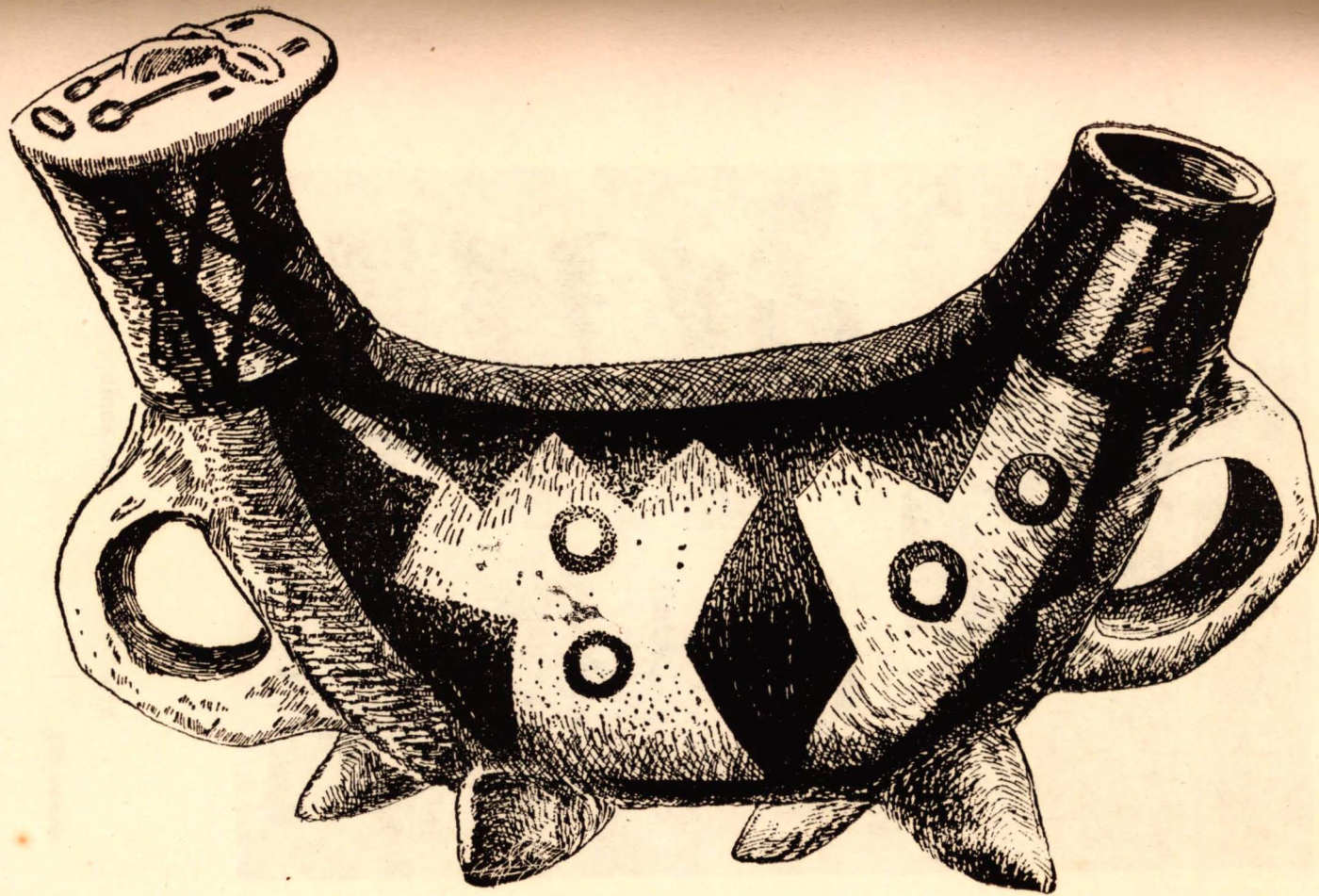
(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA XXXI

Evolución del Vaso Puquina

(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA XXXII

Cerámica Puquina Procedente de Yarabamba

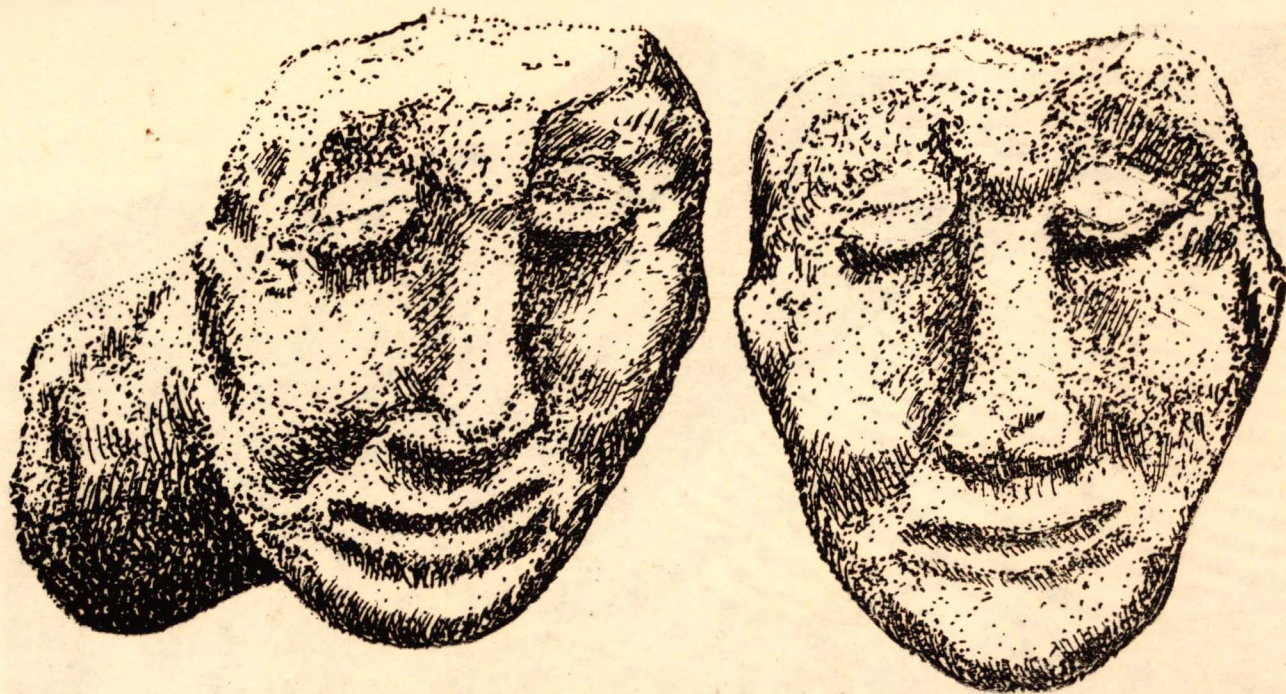
(Museo de la Universidad de Arequipa)



LAMINA XXXIII

Puquinas Mendeleados Actuales

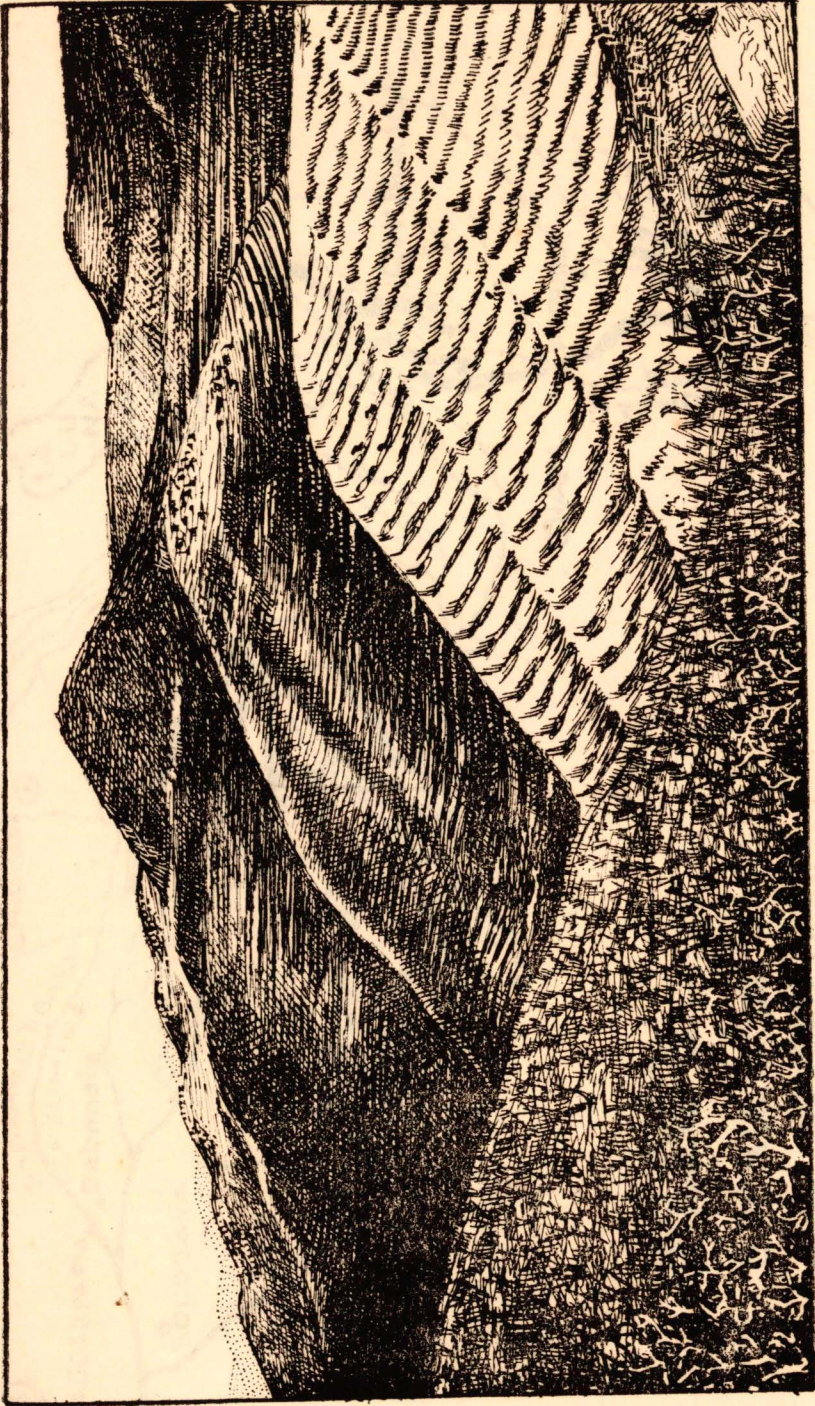
(Polobaya)



LAMINA XXXIV

Dos aspectos de una Cabeza Humana en Piedra. Tiahuanaco

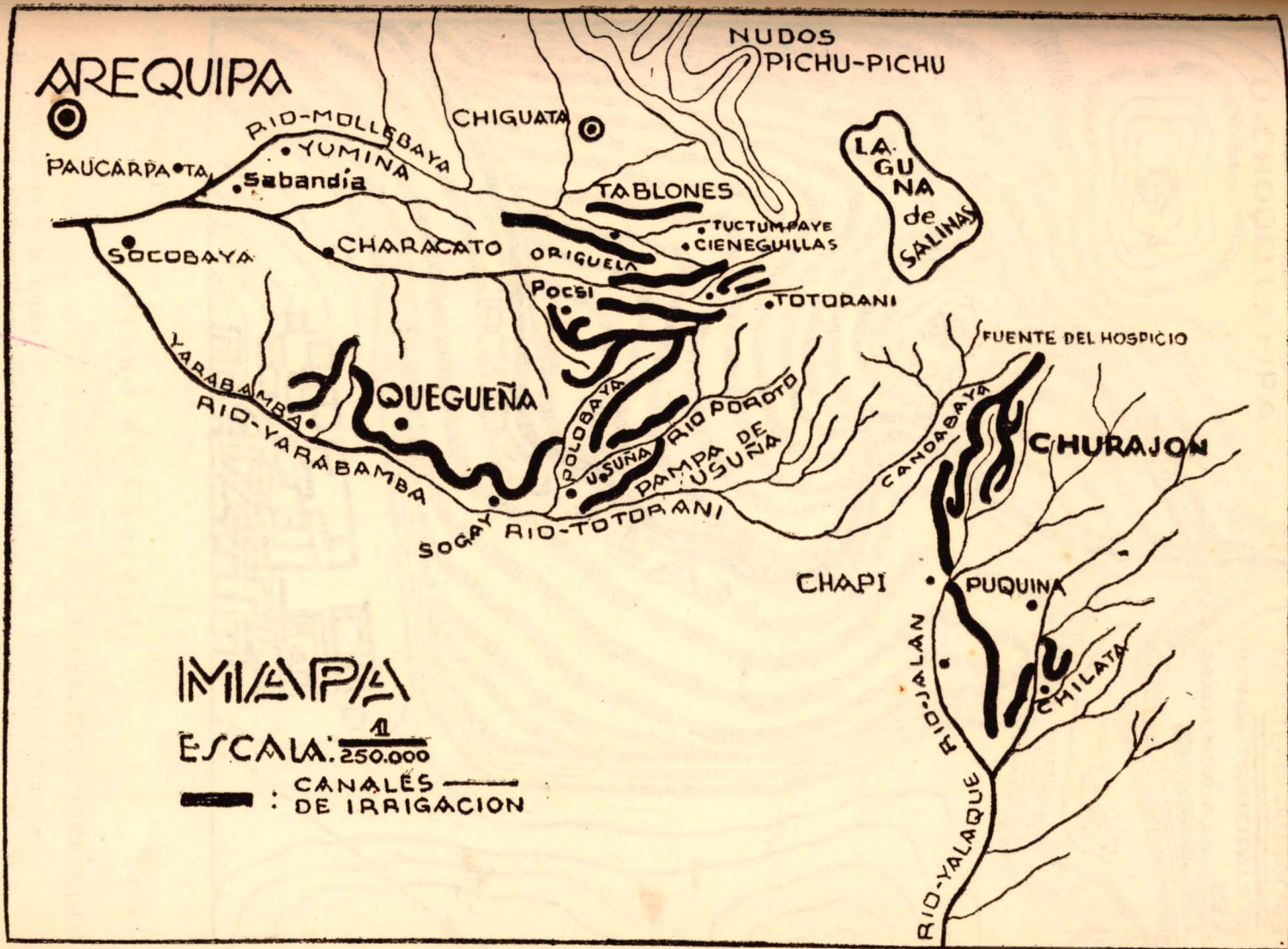
(Tomado de Posuansky)

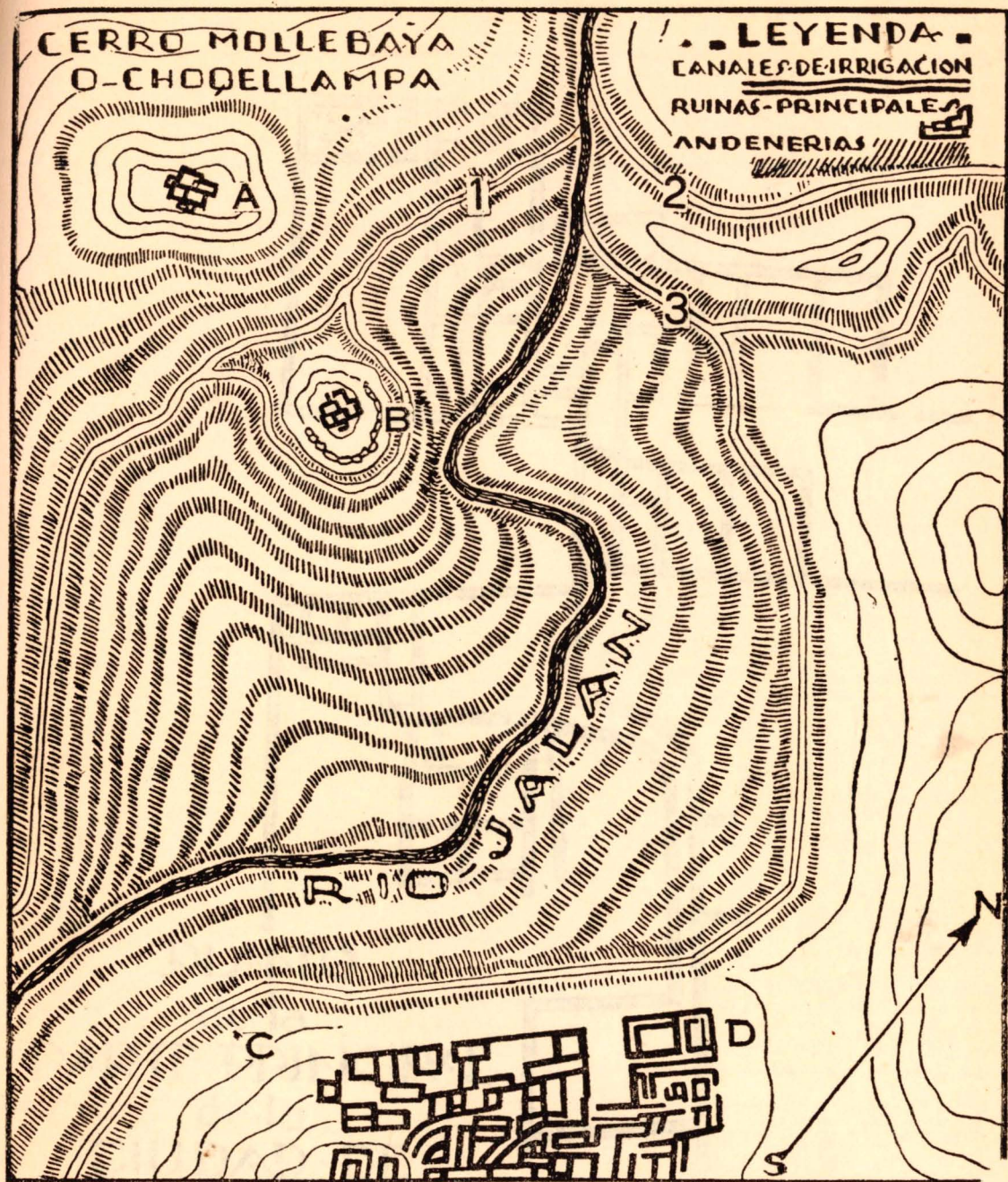


LAMINA XXXV

Trabajos de Irrigación Artificial

(Charajón)





LAMINA XXXVII

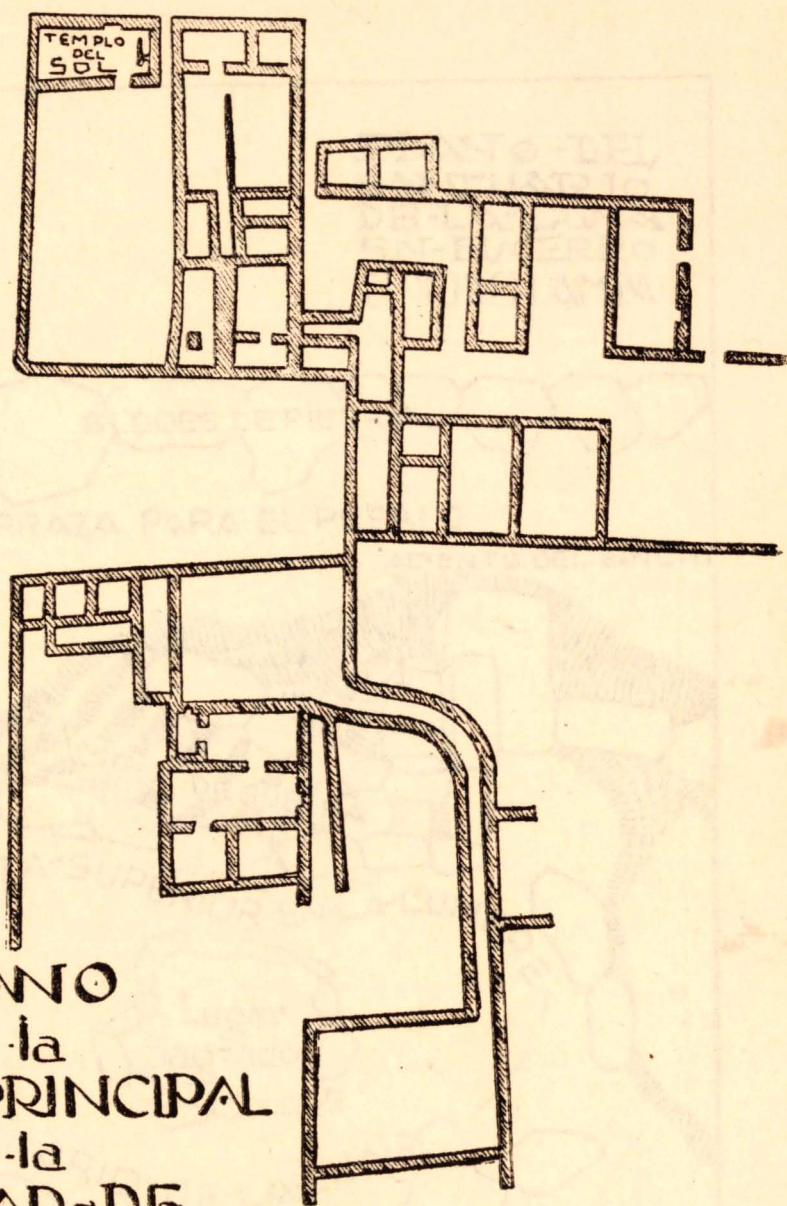
Plano de Churajón

RUINAS

- A.—Santuario de la Luna
- B.—Palacio Dominante del Sinchi y Fortaleza
- C.—Ruinas de Churajón
- D.—Templo del Sol.

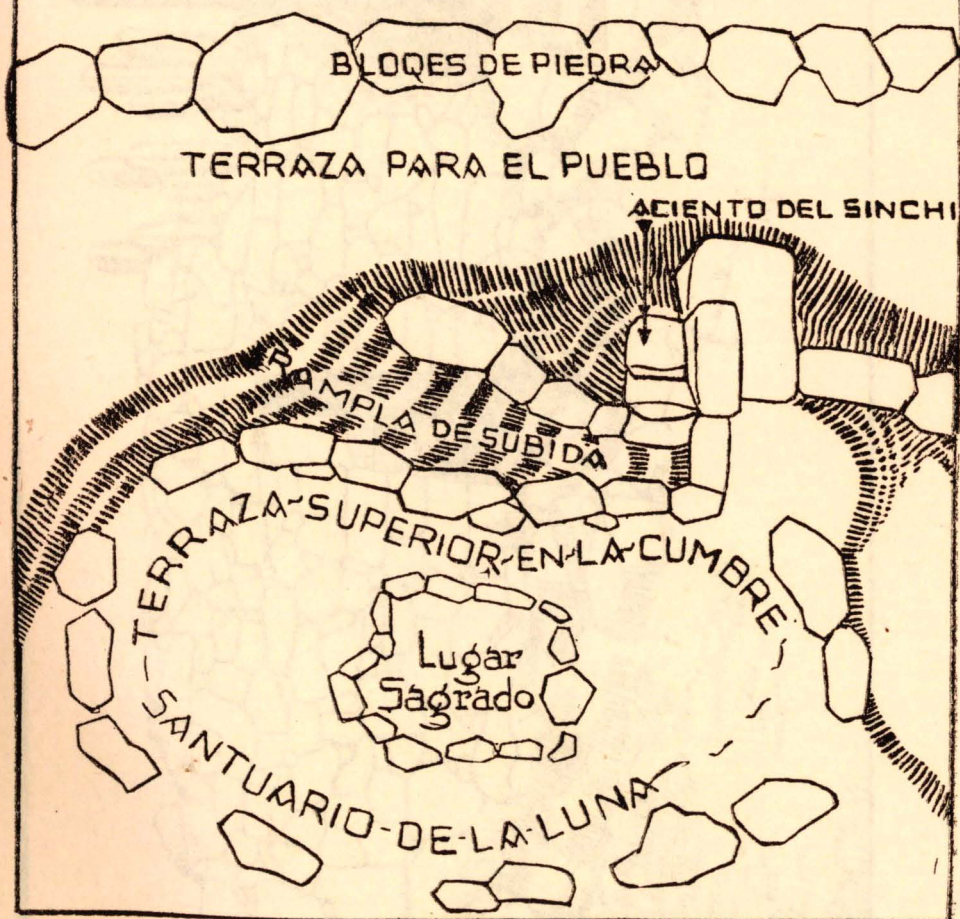
CANALES DE IRRIGACION

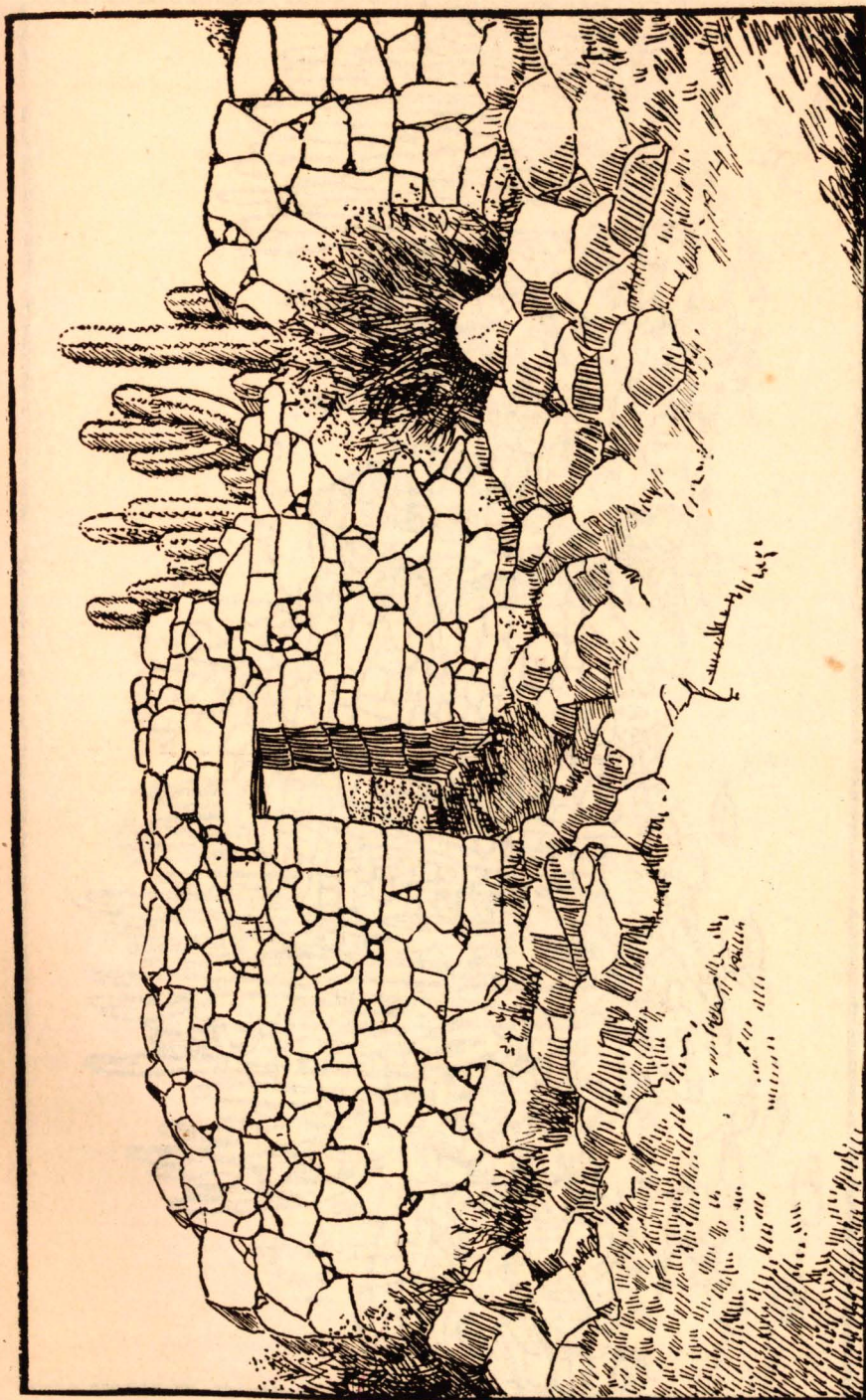
- 1.—Canal Principal
- 2.—Canal Secundario
- 3.—Canal Madre



PLANO
de la
PARTE PRINCIPAL
de la
CIUDAD-DE
CHURAJON

PLANO DEL
SANTUARIO
DE LA LUNA
EN EL CERRO
CHOQUELLAMPA





LAMINA XL

Puerta Piramidal en las Ruinas de Churajón



Ruinas del Templo del Sol (Churajón)



LAMINA XLII

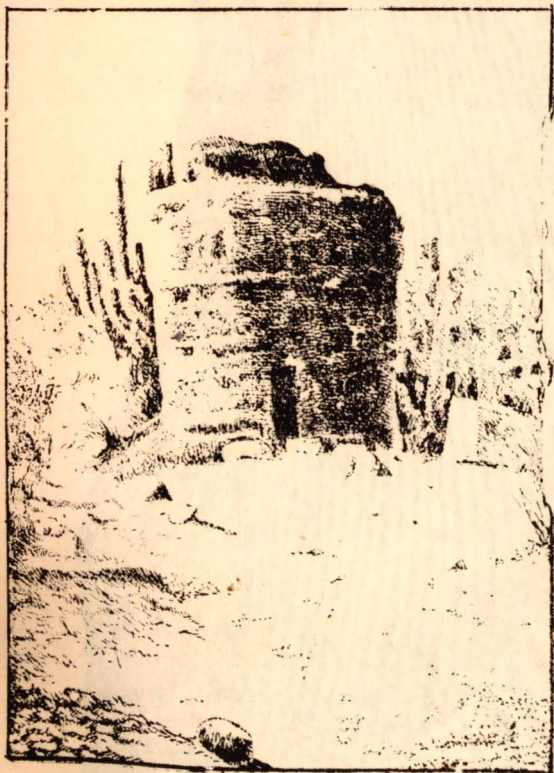
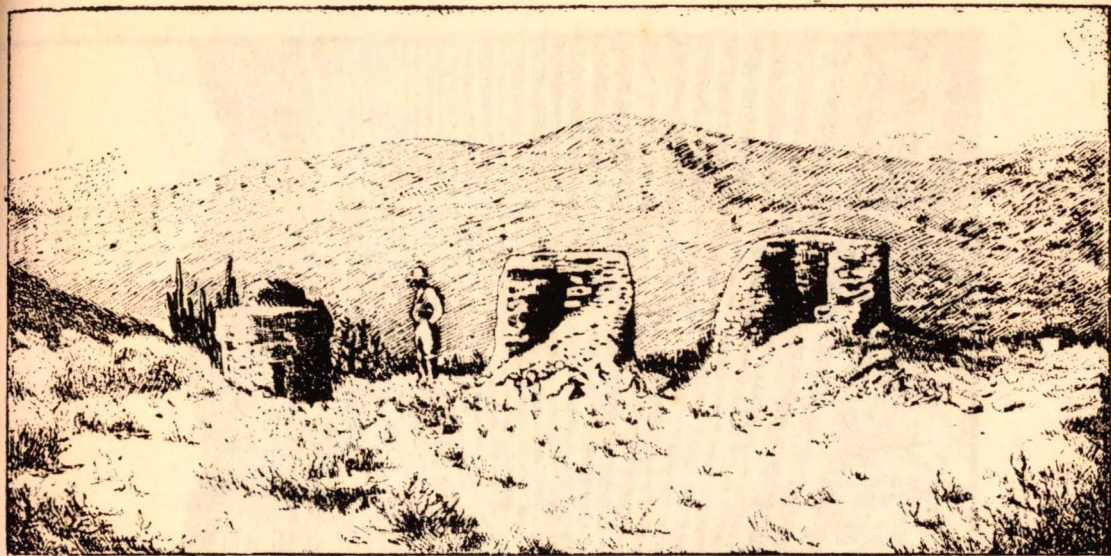
Puerta de entrada hacia el patio de un Adoratorio. Delante del bano de esta puerta se ve una taza de toba volcánica fragmentada en tres partes

(Churajón)



LAMINA XLIII

Una de las chulpas mejor conservadas de Churajón, cuyas paredes son de adobes. Cerca de la chulpa se ve una tumba profanada



LAMINA XLIV

Grupo de Chulpas al pie del Cerro Choquellampa



LAMINA XLV

Maravilloso Panorama que ofrece la Gran Irrigación Artificial de los Puquinas

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA DEL
MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA, EN
LIMA (PERU), EL DIA VEINTE DE JUNIO
DE MIL NOVECIENTOS CUARENTINUEVE.